

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

LA PRINCESA DE VIANA

ÍNDICE:

CAPITULO I

De cómo Mosen Pierres de Peralta conoció que la villanía de Mendavia no era lo que parecía

CAPITULO II

Del encuentro que tuvo un capitán de aventureros con una religiosa de San Benito

CAPITULO III

De cómo el hijo de un judío puede tratar de tu a una princesa cristiana

CAPITULO IV

En que se refieren sucesos antiguos, que maguer parezcan impertinentes, atañen al verdadero conocimiento de nuestra historia

CAPITULO V

De lo que pueden aprender los hijos de los Padres; y de lo que pueden amar los sobrinos a los tíos

CAPITULO VI

De cómo en casos de amor lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan a casa

CAPITULO VII

De cómo D. Gastón de Fox se hallaba entre la espada y la pared

CAPITULO VIII

De cómo el capitán de aventureros salio del Castillo de Orthés sin decir tus ni mus, y de cómo a su salida tropezó con una persona que le llamó muchas veces

CAPITULO IX

Donde una judía acaba de contar la historia que dejó interrumpida cierto cristiano

CAPITULO X

De cómo el capitán de aventureros entendía muy poco en achaque de arengas

CAPITULO XI

De cómo Doña Blanca de Navarra se entretenía en el castillo de Orthés y de las

visitas que allí tenía

CAPITULO XII

En que se manifiesta que al capitán de aventureros no se le pudrían los secretos en el cuerpo

CAPITULO XIII

Donde se prueba lo conveniente que es tomar el fresco, cuando los ánimos están acalorados

CAPITULO XIV

No firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas

CAPITULO XV

De cómo el capitán de aventureros al conocer el crimen de Doña Leonor de Fox, quiso hacer una de las suyas, y de cómo se lo impidió la Princesa.

CAPITULO XVI

En que se da fin a la historia lastimosa de la Princesa de Viana

CAPITULO I

De cómo Mosen Pierres de Peralta conoció que la villanía de Mendavia no era lo que parecía

Terminaba el otoño de 1461 cuando a la puerta de una humilde choza del arrabal de Mendavia, pequeña villa de Navarra, donde tuvieron principio los extraordinarios acontecimientos que vamos a referir, apareció una hermosa y apuesta villana, que fue a sentarse en un pequeño banco de blando césped, guareciéndose de la menuda lluvia bajo el frondoso toldo de pámpanos y dorados racimos que coronaba el pajizo techo de la cabaña. Púsose luego a retorcer con su pequeña y delicada mano el pardo lino sujeto a vetusta rueca; pero sus dedos, cuya blancura hacía resaltar el oscuro copo, se mostraban algo torpes en tan grosero ejercicio.

Aparentaba tener unos treinta años de edad, y en su continente altivo y en la peregrina perfección de sus facciones, hubiérase tenido por una de aquellas matronas romanas, que desde los primeros puestos de la república pasaban sin pena a la oscuridad de la vida doméstica.

En aquella época contaba la muy noble villa de Mendavia con unos ochenta y dos vecinos cristianos y tres judíos, y pertenecía al muy magnífico señor D. Luis de Beaumont, Conde de Lerín, porque al Rey D. Juan II que a favor de las revueltas y disturbios se burlaba ya de las cortes y de los fueros, se le había antojado quitársela a Don Íñigo de Stúñiga su legítimo dueño. No hacía mucho tiempo que la villa contaba con doble número de habitantes, pues amén de los nobles, pasarían de mil los labradores

pecheros; pero las guerras intestinas en que estaba ardiendo el reino de Navarra asolaron de tal manera a Mendavia, que aquellos quedaron reducidos a diez, y muy pobres. Mencionamos este hecho para que el discreto lector, después de saber que en igual proporción se amenguaba la población de todo el reino, pueda hacerse cargo de lo mal parado que estaría entonces aquel país infortunado.

Uno de los diez labradores pobres que habían sobrevivido a los desastres de la guerra civil, era Fortuño Garcés, que en compañía de Aldonza su legítima consorte, ejercía aquella honrosa y venerable profesión, considerada entonces como una de las más viles y despreciables de la tierra. ¡Tal era el vuelco que habían recibido las ideas en aquellos tiempos, cuando en otros no muy lejanos se vieron Reyes que al empuñar el cetro, tenían que soltar la esteva de sus manos!

Pero ni su pobreza, ni su degradación social estorbaba que Fortuño y Aldonza tuviesen virtudes, y lo que es más, virtudes que cuestan dinero como la hospitalidad. Una mañana apareció a la puerta de su choza la gentil labradora desconocida de toda la vecindad, y sus honrados huéspedes decían a cuantos iban a informarse de lo que no debía importarles, que la recién venida era una cuñada de la tía de la suegra de un hermano suyo, avecindado en Dueñas, y que habiéndose muerto el hermano de la suegra de la tía de su cuñada, venía la infeliz a refugiarse al seno de sus más próximos parientes. Quedaban ellos convencidos, lo cual no depone muy en favor del caletre de aquella gente, bien que algunas crónicas afirman que aunque no quedasen muy satisfechos con la explicación, cuando menos guardaban silencio, lo cual indica que debía sobrarles circunspección y prudencia. La misma soberana hermosura y melancólica dignidad del semblante de la castellana, era capaz de imponerles respeto, y por otra parte su mucha gravedad y retraimiento la ponía al abrigo de las murmuraciones.

En la tarde de que vamos hablando había quedado sola momentáneamente, y queriendo en casa respirar el aire del campo, o temiendo que la tristeza se apoderase de su corazón dentro de aquel angosto, oscuro y miserable recinto, salió a continuar su tarea fuera de la puerta de la cabaña, desde la cual se descubría una dilatada pradera que el Ebro regaba con sus bulliciosas ondas, coronada de frondosas colinas, que en escalones gigantescos iban subiendo hasta convertirse en azuladas montañas. Bañaba la gentil labradora las pardas hebras mas bien con lágrimas de sus ojos que con la humedad de sus labios, volviendo frecuentemente la cabeza con estremecimiento al más leve rumor que entorno resonase, como corcilla temerosa que más de una vez ha burlado la activa persecución de los cazadores. Pero como viese que nadie la miraba, dejó caer el huso de las manos, sacó la rueda de la cintura, arrojándola lejos de sí, con cierto desdén, y tendió sus miradas por la dilatada llanura, elevándolas de vez en cuando al firmamento.

Los ojos de la villana brillaron entonces con un rayo de melancólica alegría y se dilataban más y mas sus negras pupilas como si quisiese disfrutar ávidamente del hermoso aspecto de la naturaleza. El toscó, pero cándido lino que cubría su seno, retemblaba como las hojas del árbol revelando la agitación de su pecho cada vez más extremada, hasta que no pudiendo contenerse, prorrumpió con lastimera voz en estas sentidas palabras:

-¡Qué hermoso es el campo, Dios mío, para quien puede verle con sosiego y disfrutar con tranquilidad y holgura de sus encantos! ¡Oh!, si alguna cosa es capaz de hacerme olvidar

la amargura de mi vida pasada, es sin duda este suave perfume que exhalan las flores escondidas al abrir sus cálices sedientos a la plácida lluvia con que el cielo las regala. Bello es este ambiente que dilata mi pecho, esta luz que ilumina mi corazón, esta soledad que nada me hace temer. ¡Sola! ¡Dios mío, siempre sola, y a merced de extraños, contrariada en todos mis gustos aun los más inocentes y sencillos, repudiada por mi marido, perseguida de muerte por mi padre, y privada hasta de los consuelos de un hermano, del único ser a quien amo y a quien sin duda por eso tan cobarde y vilmente han encarcelado! ¡Apenas tengo un palmo de tierra donde ponerme al abrigo de mis perseguidores, y sin embargo todo cuanto veo, todo es mío. ¡Gran Dios!, exclamó de nuevo estremecida, creo haber oído pasos dentro de casa; será tal vez la pobre anciana que cuida de mí con tanto esmero. Mis enemigos deben ignorar que yo me oculté en este sitio: es el miedo, es el sobresalto en que vivo hace tantos años, que exalta mi imaginación y finge estos rumores.

Los rumores sin embargo eran ciertos. Dos caballeros completamente armados de pies a cabeza, habían penetrado en la casa por la puerta trasera que daba a unos corrales, donde a la sazón Aldonza se encontraba, que al verse con un puñal en la garganta tuvo que guardar silencio. La disfrazada labradora hubiera sentido el roce de las armaduras, si en aquel mismo instante no le llamara la atención un gentil mancebo que por la parte del campo venía hacia ella contemplándola con inefable dulzura. Era éste el hijo de Samuel, uno de los tres vecinos judíos de la villa que al poco tiempo de la aparición de la castellana se había convertido al cristianismo, bautizándose con el nombre de Gimeno, el mismo con que se hacía llamar la desconocida.

Estos dos hechos referidos sencillamente, nos ahorran algunos párrafos de ponderaciones acerca del profundo amor que se abrigaba en el corazón del antiguo israelita. Sólo tenemos que advertir, que su pasión, tal vez por ser tan grande, estaba contenida en los límites del respeto. Pudieron en buen hora revelarla las deslumbrantes miradas de sus ojos; pero jamás osó romper el sello de sus labios. Acaso la villana descubrió la impresión profunda que su hermosura causaba, tal vez no le era indiferente su descubrimiento, pero se guardaba muy bien de alentar una pasión imposible... desatinada y loca.

Mientras departían ambos amigablemente, fuera de la casa uno de los caballeros observaba por entre los calados hierros de su visera el rostro de Gimena prestando el mayor cuidado a la conversación que con el mancebo tenía.

El otro no mostraba el mayor interés en hacer descubrimiento alguno, y teniendo agarrada fuertemente con su manopla a la amedrentada dueña, daba de cuando en cuando evidentes señales de impaciencia.

-Ella es, Sancho, dijo el primero en voz baja, y con acento conmovido.

-Imposible, Mosén Pierres.

-¡Pues qué!, ¡la conoces tú! ¿Sabes a quién buscamos?

-¡Voto al diablo!, cómo queréis que la conozca cuando sólo me habéis dicho: Sancho amigo, tal vez tengamos que andar a cuchilladas con los Beamonteses, porque les vamos

a robar la más hermosa dama que se pasea orillas del Ebro; y yo no veo ahí que eso tenga trazas de dama, sino de una miserable labradora que no merece la pena.

-Por esta vez, Sancho, creo que te dejas llevar de las apariencias. Ésa que ves ahí, es nada menos que la Princesa Doña Blanca, hija de nuestro Rey y Señor D. Juan II de Aragón y de Navarra, y hermana del desgraciado y rebelde Príncipe de Viana.

-¡Os repito que es imposible! La Princesa Doña Blanca debe estar ahora en la ciudad de Medina... Y sobre todo, que sea que no sea, poco se pierde en robarla trasladándola por algunos días a vuestro castillo de Peralta, donde tendrá un hospedaje más digno de su sangre o de su hermosura.

-Es que, si ésta no fuese la Princesa de quien debo apoderarme en nombre del Rey, maldita la gracia que tendría entrar en combate por una villana con toda la guarnición del castillo de Mendavia.

-Pronto saldremos de dudas, dijo Sancho de Erviti, y luego soltando el brazo de la dueña para amarrarla por la garganta, añadió brutalmente: ¡Ea!, bruja maldita, dinos la verdad, o te ahogo con dos dedos lo mismo que a un pichón, ¿quién es la moza que tienes en casa?

-Señor, deuda mía es.

-Mientes, vieja de Satanás, le interrumpió Sancho apretando un poco el dedo pulgar y el índice como una tenaza de hierro. Y no me chilles, continuó, que si aprieto un poco más, no vuelves a murmurar en lo poco que te falta de vida.

-Pues bien... suélteme su merced... Señor caballero... Es cierto que no es parienta mía... pero, no la conozco... Créame vuesa merced: aquí la trajo un caballero... calada la visera, entregó un bolsón a mi marido Fortuño... habló con él... y se marchó sin descubrirse...

-¿Qué señas tenía?, preguntó Mosén Pierres.

-No le vi la cara, a fe de Aldonza...

-¿Era pequeño, no muy gordo... de voz áspera... seca...

-Sí señor... sí...

-El Conde de Lerín, dijo Peralta. Sin embargo, todavía temo equivocarme. Es muy expuesto habérmolas con todo un pueblo...

-¿Y por qué no si estamos armados?

-¿Pero no te haces cargo de que nos hemos metido en un pueblo rebelde que pertenece en cuerpo y en alma a ese viejo Conde de Lerín, cabeza del bando del Príncipe y de la Princesa de Viana contra el Rey nuestro Señor? ¿No reparas con esa tu terquedad, que Dios maldiga, que el pueblo más cercano de nuestro bando dista tres leguas mortales de camino más llano que esa pradera, y nos podrían dar alcance las caberías del Conde?

-¿Sabéis qué significa todo eso en buen romance?

-Significa, respondió Mosén Pierres de Peralta, que desde el día en que se desposó Doña Blanca en Valladolid con D. Enrique de Castilla, no he vuelto a verla y temo que su fisonomía se me haya despintado.

-Gentil modo de disculparse, repuso Sancho de Erviti, todo eso es miedo y nada más.

-¡Voto a San Fermín nuestro patrón bendito, exclamó Mosén Pierres, que cuando acierte a salir de este pantano he de castigar vuestra insolencia!

-Pues de este pantano salimos muy fácilmente. ¿Tenéis duda de si es la Princesa de Viana esa labradora que charla con ese mancebo? Pronto lo voy a saber.

-¿De qué modo?

-Escuchad; y levantando la voz dijo Sancho, de modo que los de afuera pudiesen oírlo: ¡Doña Blanca! ¡Doña Blanca!

Pero antes que hubiese pronunciado por segunda vez este nombre, ya la Princesa lanzando un grito agudo había echado a correr desatentada hacia una ermita que se alzaba en medio de la pradera y cerca de la cual pacía una torada.

Gimeno la seguía de cerca procurando en vano detenerla con sus voces.

-Lo ves, pecador de mí, dijo Peralta, ¿ves como con tu maldita terquedad has ahuyentado la caza?

-Nada de eso, respondió con mucha calma Sancho de Erviti, cuando la paloma escapa de las redes se coge una ballesta y con la punta de un venablo se la sorprende en medio de su remontado vuelo.

-¿Qué vas hacer, desdichado?

-A dispararla un ballestazo. Al fin, ¿para qué la quiere el Rey, sino para darla un jicarazo como ha hecho con su hermano el Príncipe de Viana?

-No: es preciso apoderarnos de ella viva... Tú no sabes... Es condición precisa para cierto enlace. ¿Pero lo ves? Ya es tarde... Un novillo se desmanda de la torada... le sale al encuentro, la persigue... la acosa... La Princesa ha caído de rodillas. El toro la acomete... ¡Ay infeliz!, ¡ya no hay remedio!

Un grito de terror salió de aquella choza, escapado simultáneamente de los labios de los tres personajes que en ella se cobijaban.

El soberbio animal, bramando de coraje, y más irritado con la fuga y los vivos colores de la saya de la Princesa, bajaba ya la testuz para clavar en ella sus agudas astas, cuando el robusto mancebo que la seguía se interpuso repentinamente delante del toro, sosteniendo con él una lucha rabiosa y desesperada que no hubiera podido continuar por mucho tiempo, si rápido como el relámpago y con agudo silbo no hubiese venido un venablo a enclavarse diestramente en el corazón del toro que doblando las rodillas bajo los hercúleos brazos de Gimeno, cayó revolcándose en su propia sangre.

Aquel venablo, como supondrán nuestros lectores, había salido de la ballesta de Sancho de Erviti, que al oír exclamar a Mosén Pierres que ya no había remedio para Doña Blanca, sólo por probarle lo contrario, arrojó la flecha con la misma indiferencia que lo hubiese hecho teniendo por blanco el corazón de la Princesa.

Cayó ésta desmayada con el susto y la agitación, y ambos caballeros pudieron fácilmente transportarla a la cabaña, desde la cual poniéndola en el arzón delantero de uno de sus mejores caballos, a todo escape se encaminaron a Peralta.

Gimeno herido gravemente, desarmado, sin fuerzas y sin aliento observó estupefacto todos estos rápidos movimientos: parecía un sueño horrible cuanto pasaba delante de sus ojos, no acertaba a dar crédito a sus sentidos; pero cuando casi arrastrando fue hacia la cabaña y se encontró sin su Gimena, cuando a sus lastimeras voces que hacían resonar aquel nombre adorado vio que sólo respondían los sollozos de Aldonza, persuadido de su desventura, juró libertar a Gimena de las manos de sus raptos o derramar por ella hasta la última gota de su sangre.

CAPITULO II

Del encuentro que tuvo un capitán de aventureros con una religiosa de San Benito

En las Bardenas reales de Tudela, montes erizados de robustos pinos y gigantescas rocas que se extienden desde aquella ciudad al reino de Aragón, un año después del rapto de la Princesa de Viana, existía un aventurero, mitad bandido, mitad soldado, que hacía algún tiempo era el terror de aquella fragosa comarca. Tan frecuentes y espantosos eran los crímenes que en aquellos pinares se cometían desde los tiempos más remotos, tan antigua y tradicional la existencia de un salteador de caminos en aquellas frondosas breñas, que los veinte y cinco pueblos comarcanos que las rodeaban, se habían unido en hermandad para perseguir mancomunadamente a los malhechores, siendo uno de los terribles artículos de aquel pacto: «que cogiendo a los malhechores *infraganti*, los ahorcasen, sin esperar orden del Rey ni de la justicia». Tan crueles disposiciones habían sido estériles, quizá por su misma dureza; los bandidos íbanse sucediendo de generación en generación, desde siglos atrás, con la misma regularidad, con la misma precisión y rapidez que los Príncipes se suceden en una monarquía, cuyo origen se pierde en el abismo de lo pasado. El último bandido, rey de aquellas montañas, se llamaba Sancho de Rota y había eclipsado la horrible fama de sus antecesores por la muchedumbre y enormidad de sus crímenes. Hacía sin embargo poco más de un año que aquel hombre desolador, espanto de todo el reino de Navarra, había muerto en un encuentro y todos esperaban que el sucesor apareciese.

No se hizo mucho de esperar; al siguiente día se vio a la cabeza de veinte forajidos, un formidable guerrero cubierto de hierro de los pies a la cabeza. Poco podemos decir de su figura, pues rara vez levantaba la visera de su casco, y jamás se desnudaba de su armadura: sólo se distinguía en el combate por su valor, y cuando su lanza o espada estaban ociosas, su gentileza, su apostura revelaban al punto la superioridad que sobre los demás ejercía. Como si fuese un noble y generoso paladín; como si olvidase que

mandaba una gavilla de salteadores y no una compañía de soldados, había hecho pintar en su escudo un emblema que nadie podía adivinar.

Poco tiempo después de haber tomado el mando de aquella gente desalmada, no sin admiración y asombro de sus camaradas mismos, se le vio salir a la cabeza de su partida del áspero y quebrado terreno que nunca habían abandonado; y lo que es más extraño, descender a las inmensas llanuras de Peralta, sin que ninguno de los pueblos de la hermandad le hostilizase. Hasta entonces aquel reino de malhechores enclavado en otro reino, jamás había tenido otras alianzas que las del brazo con la espada, jamás había tenido otros amigos que las cuevas de las rocas, la espesura de los pinares y la aspereza de las montañas: todo prisionero que ofreciese probabilidades de un buen rescate, todo caminante que llevase bien repuesto de florines el bolsillo, era su enemigo capital: jamás entre ellos se había alzado otro pendón que el del exterminio, ni otro grito que el de muerte; hasta que un día después de una arenga del capitán en que reveló los grandes tesoros que el Rey D. Juan II les ofrecía con tal de que hiciesen guerra a muerte al partido Beamontés, contrario del de Agramont, seducidos por las brillantes promesas y ruda elocuencia de su caudillo, gritaron todos unánimemente: «¡Viva el Rey D. Juan II! ¡viva el bando Agramontés! y al eco de estas aclamaciones y bajo el manto protector de las leyes, se entregaron los facinerosos a sus antiguos desórdenes, derramándose ya como un torrente asolador por todo el reino, aunque apoyados siempre en sus guaridas.

Sentados estos precedentes necesarios para la inteligencia y claridad de los sucesos de esta historia, continuaremos ahora la narración interrumpida.

Por una estrecha y escabrosa senda de la falda del Norte de los Pirineos, y con mucha más lentitud de la que desearan, dos caballeros se dirigían una tarde del mes de Diciembre del año 1462 desde el interior de Navarra a la capital del Señorío de Bearne. Cabalgaba el primero en un corcel rodado de asaz impetuosos bríos que mal su grado tenían que estrellarse en la escabrosidad del camino, abierto las más veces en peña viva, otras surcado por cauces desamparados de antiguos torrentes y embarazado las restantes por robustos troncos de corpulentas hayas y altaneros pinos, aterrados por los huracanes: iba armado de punta en blanco, puesta la lanza en la cuja y sujeta al brazo derecho con una correa, mientras que en el izquierdo embrazaba una rodela de templado acero, en la cual estaba pintado un sabueso con el hocico cerca del suelo y en ademán de seguir la pista, con estas palabras por orla «Hasta que la encuentre». Montaba el segundo un jaco alazán que sin duda por la inveterada costumbre de andar por las montañas y con una impavidez y serenidad que sólo dan los muchos años, suelto y ligero como una cabra, saltaba de peñasco en peñasco, y de precipicio en precipicio; era su dueño un hombre de unos cuarenta años, rechoncho y colorado, con áspera y cerdosa barba negra, ojos negros igualmente pero alegres y pequeños: llevaba un capacete de hierro, escudo y coraza de cuero con una espada descomunal que para ser tan grande como él, no le faltaba mas que haberla estirado una tercia.

Debía estar aquel país en no muy holgada y pacífica situación cuando para ir a bodas, que en efecto no era otro el objeto de su viaje según de las pocas palabras que pronunciaron se infería, caminaban con tanta prevención de armas ofensivas y defensivas.

Después de haber andado un largo trecho con la espuela ociosa y la rienda tirante para sostener a los caballos que a cada paso hacían genuflexiones, llegando muchas veces a besar el suelo, en una llanura a cosa de media legua de Orthés, picaron un poco los caminantes, cuando de repente detuvo el primero las riendas a su trotón, y levantando la visera, dijo volviendo el rostro al que siempre se mantenía a respetuosa distancia suya:

-¡Fermín!

-Señor.

-¿Qué es eso?, ¿te quedas atrás?

-¡Cá!, no señor, sino que no puedo seguir; este babiaca, que Dios maldiga, sólo sirve para trepar por las rocas; pero en saliendo a lo llano no tiene sentido.

-Oye, Fermín. ¿No sientes hacia el camino de San Juan de Pie de Puerto ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras?

-Vuesa merced debe tener los cascabeles en la cholla; porque lo que es yo, no oigo una palabra.

-Sin embargo, téngalos, o no los tenga, repuso el caballero, que sin duda estaba acostumbrado a las chanzas de Fermín, yo los siento cada vez más clara y distintamente, y es preciso averiguar de dónde viene un ruido tan extraño.

-¡Señor, Señor!, vuesa merced tiene razón, ésas deben ser acemilas que irán cargadas con tesoros para el Rey de Francia que diz que está entre San Juan de Luz y Fuenterrabía para hacer las paces. ¡Ay Señor!, famosa ocasión, si estuviésemos en los pinares de las Bardenas, de echar el guante a esos regalos por vía de merienda.

Apenas tuvo tiempo el buen Fermín de acabar esta última frase; porque el caballero echando atrás el brazo, sacándole de la correa y dando media vuelta a la lanza fue a descargar con el cuento tan tremendo golpe en las espaldas de su escudero, que si éste no acierta a poner delante el escudo de cuero, sin duda alguna que no lo cuenta por gracia.

-¡Miserable!, dijo el caballero con el trémulo acento de la cólera, ¿aún no habéis llegado a comprender tú y tus compañeros que ya no estáis a las órdenes de un bandido, sino a sueldo de un capitán del Rey?

Fermín escondió la cabeza entre los hombros y a pesar de su pequeña estatura hubiera deseado en aquel momento reducirse a la más mínima expresión. Conociendo la condición iracunda y genio pronto del Caballero se guardó muy bien de replicarle; pero escuchándose más de cerca el sonido de las campanillas y el trote de las cabalgaduras, le dijo con voz humilde y ademán contrito.

-¿Señor?, quiere vuesa merced que me adelante un poco a ver si esa gente es alguna partida de rebeldes Beamonteses, que han jurado hacernos tajadas si caemos en sus manos?

-No: permanezcamos aquí en esta llanura donde sería mengua tomar otras precauciones que las de blandir la lanza: si son enemigos no los llevaremos a la espalda, y si amigos es regular que se dirijan a Orthés como nosotros a celebrar las bodas del esclarecido D. Gastón de Fox, Príncipe de Bearne, con Madama Magdalena, hermana del Rey de Francia Luis el Onceno.

-Ese D. Gastón, repuso Fermín, ya sin sobresalto ni temor alguno y volviendo a tomar su tono familiar; ese D. Gastón debe ser un guapo mozo a quien vuesa merced salvó la vida en un encuentro?

-No te equivocas; pero déjate ahora de preguntas y mira el pelotón de gente que asoma allá por donde el sol se está poniendo.

Fermín volvió en efecto la cabeza al occidente, y en el alto de una vecina loma vio cuatro caballeros armados también de punta en blanco y en medio de ellos una litera conducida por dos arrogantes mulas, cuyas cabezadas estaban llenas de campanillas y cascabeles, y coronadas de un airoso gallardete con cintas y perifollos de estambre de mil colores. Al lado de las cabalgaduras iban también dos fornidos villanos del país. No se sabía si aquellos caballeros eran guardia de honor de la persona que debía ir encerrada en la litera, o desalmados malandrines que mal su grado la llevaban cautiva.

Esta duda debía muy pronto aclararse, porque uno de la escolta se adelantó un buen trecho al advertir el ademán resuelto del Caballero de la divisa y de su escudero Fermín, y en voz robusta que resonó en el silencio de los valles gritó a cierta distancia:

-¿Quién va allá?

-Navarra por Agramont, le contestó otra voz no menos robusta, pero más sonora.

-¡Oh!, somos amigos, repuso el de la escolta. Si la fama de vuestra gallardía, y la divisa de vuestro escudo no miente, sois el capitán de aventureros más valiente que ha conocido Navarra.

-Soy el capitán de las Bardenas Floristán de Acuña, dijo modestamente el caballero, para serviros y para servir a esa noble dama que sin duda traéis de luengas tierras a las bodas del Príncipe D. Gastón.

Floristán había pronunciado estas palabras dirigiendo su voz hacia la litera que cada vez se iba acercando más, y por entre la enrejada visera de su yelmo lanzaba curiosas miradas para descubrir el secreto que aquel mueble encerraba.

-Señor capitán, me habéis dicho vuestro nombre, razón es que sepáis el mío: estáis hablando al Infanzón Mosén Sancho de Erviti.

El capitán de aventureros hizo un saludo con su lanza al caballero de los ejércitos del Rey de Navarra, y comprendió que algún distinguido personaje debía ir oculto en la litera.

-Mosén Sancho, le dijo, estoy enteramente a vuestro servicio.

Y como escuchase dentro de la litera tristes y prolongados suspiros femeniles continuó diciendo: también mi espada y mi lanza están al servicio de la acuitada doncella, a quien sin duda vais escoltando.

Sancho de Erviti iba aproximándose al Caballero para decirle sin duda algunas palabras en secreto cuando una voz dolorida salió del fondo de la litera diciendo:

-¡Caballero!, ¡si sois digno de este nombre, doleos de una infeliz cautiva!

-Floristán, dijo visiblemente alterado el recién venido, nosotros vamos de prisa y no podemos detenernos.

-¡Doleos de mí, Caballero!, continuó la voz de la litera, casi confundida con los sollozos.

-Adelante, adelante, gritó Mosén Sancho picando con la punta de su lanza a las cabalgaduras; pero Floristán se había puesto en medio del camino con la lanza en ristre y con firme acento y ánimo decidido le dijo:

-¿Quién es esa señora que lleváis cautiva?

-¿Os empeñáis en saberlo?, no es verdad, contestó Don Sancho.

-Sí.

-Es decir, señor Capitán, que queréis que os lo diga por fuerza.

-¡Os digo *que sí!*, replicó impaciente el caudillo de aventureros.

-Antes que me lo preguntaseis iba a satisfaceros, pero visto el empeño que formáis os digo *que no*.

-No dais un paso adelante si no ponéis en libertad a esa señora cualquiera que sea.

-¿Y cómo pensáis impedírmelo, miserable bandido?, repuso Sancho de Erviti arremetiendo con furia al caballero que le recibió con gentil denuedo.

Trabóse entonces un desigual y sangriento combate: el escudero, desnudando su formidable espada se puso al lado de su señor, que entretenido con Sancho de Erviti y su paje, sin duda hubiera sido envuelto entre los cuatro de la escolta. Al primer encuentro, saltaron hechas astillas las lanzas de los dos caballeros que habían tropezado en las rodellas; echaron luego simultáneamente mano a las espadas y tan tremendos y repetidos tajos se sacudían que formaban un espantoso estruendo sobre las armaduras, como los mazos que en la fragua aplastan el hierro candente sobre el yunque. Saltó por fin de un mandoble el casco de Mosén Sancho y otro mandoble dirigido a la cabeza, pero que por fortuna se desvió sobre el hombro, hizole oscilar sobre la silla y caer luego en tierra con un fragor tan tremendo, como el de un roble de cien siglos derribado por el rayo. El caballo del capitán dobló entonces las rodillas y derramando un río de sangre por la cabeza cerró para siempre los ojos enclavados tristemente en su jinete.

Tendió éste la vista alrededor y vio en torno suyo tres guerreros tendidos en el suelo, Mosén Sancho y uno de los escuderos de la comitiva, y el desdichado Fermín, cuyo

auxilio le había sido tan eficaz. La litera, los villanos y dos jinetes, habían continuado su marcha huyendo sin duda de aquel encuentro. D. Floristán no tuvo tiempo siquiera para cerrar los ojos a su escudero y montando en el caballo de Sancho de Erviti, hundió las espuelas en sus ijares y a los pocos minutos alcanzó a la litera.

Los dos escuderos que habían sobrevivido al combate, y que tal vez por orden de su señor seguían escoltándola apresurando la marcha de las cabalgaduras, huyeron despavoridos apenas vieron de cerca al formidable capitán de aventureros, el cual echando pie a tierra, teniendo en una mano las bridas del caballo, y abriendo con la otra la puertecilla de la litera, se encontró con una religiosa de S. Benito cuyo rostro estaba cubierto con un velo.

-Señora, la dijo el caballero con respetuoso acento, sois libre: ahora decidme adónde queréis ir y hasta ponerlos en salvo os iré acompañando al cabo del mundo.

La religiosa no le respondió.

-Señora, volvió a decir, no tengáis pavor, soy yo, soy vuestro libertador.

Tampoco le contestó.

Reparando entonces Floristán en su inmovilidad y en la extremada palidez de sus manos se determinó a levantar el velo para ver si estaba desmayada. Ejecutó al principio esta operación con sobrada timidez, pero viendo que la dama no se lo impedía, echó de un golpe el velo a las espaldas de la desmayada religiosa.

Un estremecimiento general paralizó la lengua del caballero, llevó inmediatamente la mano a su visera para levantarla, creyendo sin duda que sus calados hierros ofuscando sus miradas no le dejaban ver la realidad; se restregó los ojos como si despertase de un sueño, el pecho le temblaba bajo la coraza de acero, los latidos de su corazón eran violentos.

-¡Es ella; no hay duda: es ella!, exclamó Floristán con trémulo y profundo acento, y luego lanzando un grito de gozo inefable:

-¡Gimena!, repitió, ¡Gimena mía!

El eco de su voz era tan fuerte, vibrador y penetrante que no pudo menos de llegar al corazón de la Princesa, que abriendo poco a poco sus párpados, mirando con asombro a su alrededor, clavó sus atónitas miradas en el semblante del mancebo que la contemplaba en dulcísimo arrobamiento de alegría, y prorrumpió también en esta sola palabra.

-¡Gimeno!

Los dos amantes se confundieron en un estrechísimo abrazo.

CAPITULO III

De cómo el hijo de un judío puede tratar de tu a una princesa cristiana

Pasados aquellos primeros momentos en que agobiados bajo el peso de una súbita impresión de alegría, ni la Princesa ni Gimeno podían hablar, ni pensar en otra cosa que en el gozo de volverse a ver; el Capitán fue el primero que rompió el silencio.

-Pero ¿qué es eso, Gimena?, ¿tú con hábito de religiosa? ¿Por ventura te habré arrancado de un cautiverio para conocer, que vives por tu mal, en otro mayor?

Gimena en vez de contestar a esta pregunta, no menos admirada que su libertador le dirigió la siguiente:

-¿Y tú, Gimeno, qué cambio tan repentino y tan extraño has sufrido? ¡Si no acierto a dar crédito a lo que ven mis ojos!, ¡si parece imposible que el valeroso guerrero que me acaba de libertar de doble número de contrarios, sea el tímido mancebo que me acompañaba en mi cabaña de Mendavia!

-Tan imposible por lo menos como el que tú, sencilla labradora de las riberas del Ebro, vengas escoltada por cuatro caballeros y escondida en una litera que no la tienen mejor nuestros Monarcas. ¿Qué transformación es ésta?

-Parece, Gimeno, parece en efecto que estamos aún bajo la influencia de un sueño del que nunca quisiera despertar. ¡Yo libre de mis perseguidores, yo dueña de mí misma, de mis acciones, de mis palabras; yo puesta en salvo por un hombre que me quiere por mí misma, por lo que yo tengo, y no por lo que me han dado los demás!...

-Sí, la interrumpió Gimeno con una nube de tristeza, la única que empañaba aquel sereno y esplendente cielo de felicidad; sí, lo has conocido al fin, yo te amo y te amé desde el primer instante en que te vieron mis ojos. Este amor, como si fuese un rayo celestial, iluminó mi entendimiento, abrió los ojos de mi alma a la fe, y para identificarme contigo quise que nuestras oraciones fuesen dirigidas a un mismo Dios, y que si no podíamos unirnos en la tierra, cuando menos en el cielo tuviésemos una misma morada. Cuando por una aventura tan extraña como increíble desapareciste de mis ojos, en el momento mismo en que acababa de librarte de una muerte sangrienta y desastrosa, faltó a mis ojos la luz, faltó la vida a mi corazón, faltó a mi alma la ventura y el reposo. Entonces resolví buscarte por todas partes, arrebatarte a tus raptos la presa de entre sus garras, ¡ay!, pero no creí después de dos años de afanes y de lides, ¡no creí volverte a ver cubierta de un velo que es un escudo impenetrable para mi dicha!

La Princesa se sonrió tristemente al escuchar estas últimas palabras. Es verdad que se hallaba cubierta con el sagrado velo de las vírgenes del Señor, pero este obstáculo era quizá el menor que se oponía entre la heredera, o legítima dueña, por mejor decir, del trono de Navarra, y el hijo de Samuel Leví, rico judío de Mendavia.

Tal era sin embargo la dulce melancolía y la ardiente pasión que rebosaban las miradas de Gimeno, tan poco acostumbrada se hallaba Doña Blanca al sincero lenguaje del afecto y del cariño, que embriagada como a pesar suyo, en aquel perfume deleitoso y en los mágicos acentos del Capitán, no tuvo valor para dejarle en el error de que el hábito que traía encadenaba su corazón; ni menos aun para revelarle la elevación de su cuna, el abismo que les separaba, para pronunciar en fin una palabra que hubiera confundido por

siempre y anonadado a Gimeno. Con voz trémula y semblante ruboroso, después de un momento de pausa dijo a su libertador:

-¡Gimeno, el hábito que llevo me ha sido impuesto por la fuerza... soy libre gracias a tu valor... enteramente libre!; mis labios no han pronunciado otros votos que por la ventura de mis amigos y contrarios.

-¡Oh, basta, basta!, respondió el Capitán, cuyo rostro estaba radiante de júbilo y felicidad; yo no puedo aspirar a tus amores; el empeño que manifiestan tus enemigos en perseguirte, el aparato de que te veo rodeada, el mismo porte distinguido con que apareces a mis ojos como una reina, todo eso me hace comprender que no eres tú lo que aparentabas ser en Mendavia. Era yo entonces un mozo sin experiencia, privado hasta de la facultad de pensar, porque mi alma toda sólo estaba ocupada en sentir; pero durante estos dos años he reflexionado mucho, porque he padecido más. Tú debes ser cuando menos hija de algún hidalgo y bien nacida, porque los caballeros te escoltan y se dignan descender hasta robarte: es imposible, pues, que puedas abrigar amor alguno hacia el hijo de un judío, que no sabe si en este momento está cometiendo un desacato, hablándote como allá, bajo el emparrado de tu choza, como a la gentil villana de Mendavia.

-¡No, no; prosigue, le respondió la Princesa como arrastrada a pesar suyo por el grato murmullo de aquella voz encantadora; trátame como a tu igual: una vez te debo la vida, y otra mi libertad, y la nobleza de tu alma suple con creces la que pueda faltarte por tu cuna!

-Pues bien, repuso el caballero como alentado con una vaga esperanza; tal vez como he dicho seas hija de un hidalgo, o quizá de un Infanzón, en cuyo caso, yo, pobre reptil que me arrastro por el suelo que pisas, no tendré más contento que el de seguir a tu lado, como un perro tras de su amo y dar la vida por defenderte; pero a lo menos podré levantar hasta ti mis ojos, podré pensar en ti sin que sea ofensa para el Señor, como lo fuera estando tú consagrada a su servicio. Ahora, dime adónde quieres que te conduzca, porque la noche se viene encima y es preciso pensar en retirarnos.

-Pero ¿en qué país estamos? ¿A dónde me llevaban?

-Pues qué ¿lo ignoras?, respondió con asombro el Capitán.

-Absolutamente: anoche me sacaron del convento de San Juan de Pie de Puerto, con anuencia de la Abadesa, cuatro caballeros cubiertos de hierro de los pies a la cabeza, y encerrándome en esta litera, tratándome con respeto, pero con increíble severidad, sin detenernos nunca en pueblo alguno, y sólo sí en el campo el tiempo preciso para que comiésemos nosotros y las cabalgaduras, me han traído por un país montañoso sin que mis lágrimas ni mis súplicas pudiesen ablandar el empedernido corazón de mis raptos: ni una sola vez han levantado delante de mí la visera de su casco, ni una sola palabra han respondido a mis preguntas.

-¡Es cosa singular lo que te sucede! pero es necesario que no nos detengamos aquí por más tiempo. El sol acaba de ponerse y es preciso buscar albergue donde pasar la noche. Afortunadamente no lejos de aquí tengo un amigo en cuyo castillo podrás permanecer

segura: entonces me contarás tus aventuras y me reservo también para la noche el referirte las mías.

-Entre tanto, respondió la Princesa, yo meditaré el partido que me conviene seguir en esta ocasión.

Y entre ufano y melancólico, después de dirigir a la Princesa una ardiente mirada, cerró el Capitán de aventureros la puerta de la litera, y dijo a los villanos que la acompañaban:

-¡Adelante, muchachos!, antes que cierre la noche es preciso que llegemos a Orthés.

Los dos villanos se le quedaron mirando con aire entre socarrón y estúpido.

-¡A Orthés! Todo el camino adelante, ¿no lo habéis entendido?, repitió el caballero.

-¡Sí, señor! lo hemos entendido perfectamente, respondieron los conductores.

Y encogiéndose de hombros con una sonrisa brutal, arrearon las mulas y se dijeron el uno al otro:

-¡Caramba, Juancho, para esto, maldita la necesidad que tenía de haber despachado dos hombres al otro barrio!

-El diablo que entienda a esos caballerotes, ¡Francho amigo! y mirando de reojo, tan pronto a la litera como al Capitán, continuaron su camino.

El Capitán de aventureros radiante de júbilo y embebecido en sus amorosos pensamientos no advirtió la sonrisa maligna de los villanos.

CAPITULO IV

En que se refieren sucesos antiguos, que maguer parezcan impertinentes, atañen al verdadero conocimiento de nuestra historia

En medio de la oscuridad de la noche, templada un tanto por los rayos serenos de la luna ocultos a veces tras de las ráfagas ligeras que surcaban el espacio, alzabase el castillo de Orthés perteneciente a los Condes de Fox y Príncipes de Bearne, despidiendo por los pintados vidrios de sus afiligranadas ventanas, nubes de fulgor y de aromas que parecían envolverle en una atmósfera regalada. De cuando en cuando brotaban también raudales de tumultuosa y plácida armonía, y el alcázar todo parecía temblar bajo las cadenciosas plantas de numerosos danzadores.

Henchido estaba el venturoso castillo de la flor y nata de los Gentiles-hombres y caballeros de Francia, de los Ricos-homes, Grandes Maestros, Infanzones e hidalgos de Aragón, de Castilla y de Navarra, ostentando los españoles sus anchas y majestuosas túnicas bizantinas de riquísimo paño de seda, y brocado de oro, guarnecidas con blancas pieles discretamente adobadas, con que solían en ocasiones solemnes honrarse y honrar a sus elevados huéspedes, mientras que los franceses llevaban el traje corto, que tan común

se iba haciendo en aquella época, aunque sin los brillantes y variados colores con que los caballeros de otras naciones se engalanaban.

Todos a la sazón estaban amigablemente confundidos en el desorden con que siempre terminan las fiestas más bien preparadas, en torno de mesas espaciosas, donde se veían esparcidas anchas y labradas copas de plata y oro, frascos enormes de vidrio, cubiertos con doble tejido de esparto y restos de viandas y platos, que habían sobrevivido a la espantosa catástrofe, en que perecieron las aves más exquisitas que pueblan los Pirineos, las reses más pingües de sus valles; los más exquisitos pescados de las sombrías olas del Océano, y hasta las delicadas truchas de las cristalinas aguas del Gave. El prolongado salón, teatro de las famosas hazañas de aquellos nobles caballeros, tan dispuestos y poderosos para acabar con interminables y compactas hileras de frascos de Peralta, Burdeos y Champaña, como para derrotar las descreídas turbas de los moros de Granada, el salón, repetimos, colgado de rica tapicería veneciana y adornado con los retratos de los Condes de Fox y señores de Bearne, demostraba ya el refinamiento a que la arquitectura gótica había llegado en aquella época, por el exquisito y menudo trabajo de la magnífica techumbre que, dorada por los más diestros artífices, parecía una ascua inmensa al rojo resplandor de las bujías. Todos los sillones tenían en su respaldo recamadas las armas de los Príncipes compuestas de toros y roeles. Entre los caballeros franceses figuraban en primer término el Duque de Borbón y Messire Juan de Rohan, al frente de los caballeros Navarros parecían estar el inflexible y duro Mosén Pierres de Peralta, y el Marqués de Cortes, y entre los castellanos sobresalía por su arrogancia y apostura D. Ruy Díaz de Mendoza.

No había dama alguna que pudiese templar algún tanto la ruda franqueza que reinaba entre aquellos señores; pero los ecos de dulces y lejanos instrumentos llegaban de cuando en cuando a resonar en el aposento, como para demostrar que el placer y el júbilo no le pertenecía exclusivamente.

Acababa entonces de contar el Duque de Borbón una historia interrumpida a cada paso por las ocurrencias asaz atrevidas del auditorio; y el Marqués de Cortes no escarmentado aún, quiso entretenerle con nuevas aventuras creyendo sin duda cautivar la atención de los caballeros, ora con su buen decir y mansa y apacible condición, ora por lo extraordinario de las revelaciones que iban a salir de sus labios.

-Señor Duque, le dijo: lo que acabáis de contar maldita la gracia que tiene: sucesos algo más extraños y mucho más ciertos han acaecido el año de mil cuatrocientos y... no me acuerdo exactamente.

-¡Al caso, al caso!, gritó Messire Juan de Rohan, desocupando una ancha copa de oro de vino de Peralta, ¿qué nos importa la fecha?

-Probablemente lo mismo que la relación, dijo el Duque un tanto picado.

-Pues, señor, prosiguió el Marqués con mucha calma, era el año de 1442 hacia el mes de...

-Marqués ¡por Jesucristo vivo!, que no seáis machaca. ¡Vive Dios que me agrada la puntualidad!

-Messire de Rohan, ¿quién os estorba que llenéis la copa de Peralta las veces que se os antoje?

-A la verdad que no adivino quien puede ser capaz de tal audacia, contestó el caballero francés, y voy a hacer la prueba media docena de veces a ver si me equivoco.

-Proseguiré mi cuento, repuso el impertérrito Marques, sin provocaros a tales esfuerzos; porque os aseguro, Messire Juan, que vuestra cabeza no está para mucho. Acababa pues de tremolar en Nápoles por vez primera un pendón con barras aragonesas, cuando el magnánimo Alfonso, uno de los mejores monarcas de este siglo...

-¡Alfonso, el usurpador! ¡Alfonso el adúltero! ¡Basta!, interrumpió el Duque de Borbón con amargura.

-Francés sois, buen Duque, y a fe que se os conoce. Nunca será usurpador el Príncipe que triunfe de sus enemigos y sepa conservar sus conquistas por tantos años como el Rey D. Alfonso de Aragón. ¡Adúltero! Tended los ojos en derredor de todos los Príncipes y grandes señores de Europa, ¿quién de ellos será el inocente que pueda tirarle la primera piedra? Tenía el Rey una esposa infecunda, respiraba la ardiente atmósfera de un clima abrasador, donde la celebrada hermosura del país no es comparable a la belleza de las mujeres: error fue, lo confieso, pero error que la pasión disculpa. Enamoróse pues Don Alfonso de una dama pobre, y hermosa como un ángel, y como viviese en el Borgo, iba el Monarca disfrazado a verla todas las noches. Hacía algún tiempo que en el rostro de D. Alfonso se notaba una impresión particular: su inquietud era extremada; pero el júbilo de su corazón rebosaba en el semblante, dando a conocer que esperaba con sobresalto algún acontecimiento venturoso. Un día por fin avisáronle que era padre: temblando de amor y de alegría, embozado en su capa y acompañado de uno solo de sus más fieles servidores, fue a conocer y a abrazar a su hija porque, en efecto, era una niña la que su amante acababa de dar a luz. Encontró la puerta cerrada: llamó a Raquel la judía, madre de leche de su querida, y nadie le respondió. Tornó a llamar con la aldaba, y siempre el mismo silencio. El corazón de Alfonso comenzó a latir con violencia: rugía la tempestad dentro de su pecho: furioso ya, llamaba con voces y aldabazos a un tiempo mismo; con la fuerza de la desesperación desquició la débil puerta, traspasó el dintel, llamando a voces a la madre de su hijo, y sólo el eco de su voz resonaba en aquellas lúgubres y tenebrosas habitaciones. Anduvo a tientas de uno en otro aposento, hasta que hollando sus pies un cuerpo humano tendido en tierra, estuvo a punto de caer, y un rayo de luna penetrando entonces por la ventana abierta del aposento iluminó las rígidas facciones de la dama. El grito pavoroso que lanzó entonces el infortunado Alfonso era capaz de conmover las entrañas más endurecidas. ¡Tenía a sus pies el cadáver de la madre de su hija! Quedó inmóvil de terror y espanto, y pasados algunos momentos despertó de su letargo, rugiendo como la leona que ha perdido sus cachorros, llamando a su amada, llamando a su hija, llamando a la hebrea, llamando en vano al cielo mismo, que se mostraba tan sordo a sus clamores como todo cuanto le rodeaba.

-Desde que oí nombrar a la judía me dio muy mala espina, dijo Mosén Pierres de Peralta.

-Pero, ¿quién os ha contado tan peregrina historia?, añadió Ruy Díaz de Mendoza.

-Nadie, respondió el Marqués, yo mismo la he presenciado.

-¡Vos!, exclamaron todos a un tiempo.

-Sí; yo fui acompañando al desdichado Monarca, yo fui el confidente de sus amores.

-Pero sepamos, repuso el Duque de Borbón, si el cuento concluye tan bien como ha empezado.

-La relación señor Duque ha terminado ya: jamás el Rey ha logrado saber qué ha sido de su hija, ni de la hebrea, el ama de leche de su amada.

-Bien está, prosiguió el Duque de Borbón; ese cuento tiene al menos el mérito de poderse terminar con una moraleja: el Rey D. Alfonso había cometido un crimen y Dios le castigó en su pecado.

-Señor Duque, dijo el Marqués, si una flaqueza del corazón merece tan espantoso castigo, ¿con qué tormentos podrá expiarse un delito cometido con toda frialdad?, ¿que merecerá el asesino de la querida de Alfonso y el raptor de su hija?

El rostro del Marqués animado un tanto durante su relación, no dejaba de expresar un amargo resentimiento.

-Desearía saber, señor Marqués de Cortes, por qué hacéis esa pregunta al Duque de Borbón. -Porque el asesino fue un francés: el Duque de Anjou.

-¿Y osaréis sostenerlo en todas partes?

-Donde quiera.

-¿Ahora mismo?

-Salgamos.

-Señores, señores, exclamó Messire Juan de Rohan, que a pesar de sus repetidas caricias a la copa de Peralta conservaba más juicio que sus amigos; ¿qué nos importa todo esto? ¡A fe que sois quisquillosos en lo que no nos va ni nos viene! Mosén Pierres, Almirante soy de Francia, y señor de Montalván; pero en este momento daría todo, y mi mejor caballo encima, por vuestro condado de San Esteban y Señorío de Peralta.

-Es decir, por mis viñas, contestó Mosén Pierres con aire socarrón. Puesto que cada uno busca en casa de su vecino lo que tiene en la suya, ¡ea!, llenad mi copa de vino de Burdeos.

-Pensarán estos españolillos, murmuró el Duque de Borbón, que porque venimos vestidos de corto no tenemos una almena donde defendernos, ni un vasallo a quien mandar!

-Y lo aciertan, que es lo peor, le contestó el Almirante.

-¿Por qué?

-Porque todo se lo manda el Rey, señores, añadió en voz alta, y sin dejar nunca su tono jovial; todos vosotros habéis referido historias que por lo crudas y espantosas no se podían digerir, a no ser por este delicioso néctar de la ribera del Ebro: yo voy a referiros cosas más alegres. ¿Os acordáis de la embajada que tuve en Valladolid cuando la Princesa Doña Blanca de Navarra se desposó con el Rey D. Enrique IV de Castilla?

-¡Qué recuerdos tan impertinentes!, exclamó Mosén Pierres de Peralta.

-Bien se conoce, Messire Juan, que estáis ya calamocano; le dijeron al oído sus compatriotas ¿a qué mentáis la sogá en casa del ahorcado?

-¡Qué aspavientos son esos!, exclamó en alta voz el intrépido Almirante, a quien los vapores del vino no dejaban mucho lugar a la prudencia; todos habéis contado historias lúgubres para hacer espeluznar a los chiquillos: dejadme saborear los recuerdos de aquellos buenos tiempos cuando juré a la Princesa Doña Blanca sobre la cruz de mi espada no volver a danzar con persona alguna, después de haber tenido la señalada honra de haber bailado con ella, con la más hermosa de las reinas españolas. ¿Extrañáis por ventura que en todos los saraos me aparapeté siempre tras de las botellas? Pues no creáis que es por afición a la bebida, no, señores, es por huir de la tentación de faltar a mi promesa.

-¿Y la habéis cumplido con fidelidad?

-Como todas las mías, Mosén Pierres, aunque hayan sido extravagantes; como todas las palabras que se dan a una dama y a una Reina. Jamás se han visto mayores fiestas que las que entonces se hicieron desde que Doña Blanca entró por Logroño en el reino de Castilla. ¡Con qué magnificencia, con qué ostentación, con qué bizarría se portó entonces el Conde de Haro! ¡Aquella sí que era abundancia, aquellos eran manjares sabrosamente aderezados, no para los personajes de la regia comitiva, sino para el pueblo entero! ¿Os acordáis, Ruy Díaz, vos que también sostuvisteis justas por Doña Blanca, os acordáis del pregón que mandó echar el egregio Conde para que nadie comprase nada en los mercados, sino que todos, fuesen ricos y nobles, pecheros y villanos, tomaran de balde cuanto pidiesen, cuanto se les antojase? ¡Cuán prendado quedé entonces del carácter castellano! En el alcázar de Bribiesca había un salón convertido en verde prado de mullidos céspedes: otro figuraba un bosque donde se cazaban osos, jabalíes y venados, con cincuenta monteros y numerosas traíllas de lebreles y sabuesos; y todas las fieras que allí se cazaban venían a depositarse como en trofeo a los pies de la augusta y hermosa Doña Blanca, que sentada bajo un dosel de brocado carmesí presidía todas las funciones. Celebrábanse éstas de noche con tanta multitud de luces que no se echaba de menos la claridad del día. En otro salón se figuraba un anchuroso estanque lleno de peces de colores y exquisita pesca surcado por dorados esquifes, donde pescaban con redes o anzuelos, las más hermosas damas, y más bizarramente ataviadas. La gente toda rebosaba ventura y contentamiento, y ni una sombra de tristeza hacía presentir el tropel de desgracias que iban a sobrevenir a la infortunada Princesa, que pisando flores y alfombras orientales, aclamada por todos los pueblos, y respirando ámbar y esencias, llegó hasta Valladolid, donde por espacio de cuarenta días se celebraron torneos con armas corteses o afiladas, que con tanto valor mantuvo D. Ruy Díaz de Mendoza.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia el noble caballero que acababa de merecer los elogios del Almirante de Francia, y como estuviese cerca de la puerta del aposento, se reparó en una dama de continente altivo soberbiamente aderezada, que con los brazos cruzados en el pecho y cierta sonrisa maligna en los labios, estaba escuchando con imponente calma la entusiasmada relación del Almirante.

Ninguno de los circunstantes pudo contener una exclamación de sorpresa: el mismo Juan de Rohan dijo un tanto conmovido:

-¡Doña Leonor!

Tal era la influencia que aquella mujer de una belleza varonil, de audaz y penetrante mirada, sabía ejercer en el ánimo de los más ilustres varones de su tiempo.

-Sí, soy yo, dijo la Condesa de Fox acercándose lentamente al centro de aquel magnífico aposento: yo soy, Messire Juan de Rohan, que al oír los merecidos elogios que dispensáis a mi querida hermana Doña Blanca, no he debido interrumpiros con mi presencia para que vos sin duda por no ofender mi modestia, suspendieseis una relación que tanto me lisonjea.

Contrastaba de tal manera la irónica sonrisa de sus labios con la dulzura y suavidad de sus palabras, que el Almirante se quedó como sorprendido no sabiendo qué responder a la Condesa. Ésta sin embargo dueña siempre de sí misma continuó diciendo:

-Vengo también a daros una buena noticia, señor Almirante; mi muy amada hermana Doña Blanca de Navarra, esposa repudiada del Rey de Castilla, debe muy pronto hallarse en este alcázar para honrar con su presencia la boda de mi hijo.

-¡Será posible!

-¡La Princesa aquí!

-¿De dónde sale?

-¿Qué ha sido de ella?

Con estas exclamaciones fueron acogidas las palabras de la Condesa. Conocían los caballeros, aunque no en toda su extensión, el odio irreconciliable que separaba a las dos hermanas, y nadie podía dar crédito a una noticia tan extraña.

-No dudéis, Señora, que acabáis de darme una nueva que me colma de gozo, respondió por fin Juan de Rohan. ¡Vuelva yo a ver a la excelsa niña que no ha visto el sol de su ventura más que el día que precedió a sus desposorios, y vuélvala a ver en brazos de una hermana con quien hasta ahora se había creído enemistada, y no podrá menos de palpitar este corazón como en los días de mi juventud!

-La veréis, sí, la veréis en brazos de su hermana, a quien acaba de ceder todos sus derechos a la corona de Navarra; la veréis con el hábito humilde de religiosa, preferir una corona inmortal que Dios reserva a las almas que perseveran hasta el fin en su servicio, a

una corona que sólo puede soportarse como una carga, como una cruz que Dios nos impone.

Todos los caballeros se apresuraron a darle mil parabienes, y ella tomando el brazo de Mosén Pierres de Peralta desapareció dirigiendo altivas y triunfantes miradas sobre la frente de la grandeza de tres reinos.

-Pero Condesa ¿ha llegado ya?, le dijo el caballero en voz baja.

-Vendrá pronto.

-Es que, según mi cuenta, ya debía estar aquí.

-Estará.

-Y ¿tenéis confianza de que renuncie?, porque realmente me ha parecido un poco aventurada vuestra indicación.

-No tengo confianza, tengo seguridad.

-Señora, yo no me las prometo tan felices.

-Yo sí: tengo de ser Reina aunque sea por quince días, me lo ha prometido la hechicera Raquel, y lo seré. ¿Pero sabéis, Mosén Pierres, cuál es el verdadero objeto de mi venida?

-No lo puedo adivinar.

-Estoy buscando a mi hijo D. Gastón, y no lo encuentro en ninguna parte.

-¡Cómo! ¿El novio ha desaparecido?

-El novio no puede disimular la repugnancia de semejante enlace, y esto pudiera trastornar nuestros planes. Retiraos ya Peralta.

-Saludo a la nueva Princesa de Viana.

-La Reina futura de Navarra sabrá premiar vuestras atenciones y servicios.

Mosén Pierres dejándola en los salones de baile volvió a reunirse a sus compañeros de sobremesa.

CAPITULO V

De lo que pueden aprender los hijos de los Padres; y de lo que pueden amar los sobrinos a los tíos

Los mismos rayos de la siniestra luz que alumbraban el camino de Orthés a la Princesa de Viana, y a su valeroso libertador, penetrando por los vidrios de color de los arcos ojivales de una galería baja del castillo, iluminaban la ancha frente de un joven de diez y ocho años cubierta con un capirucho de terciopelo negro, sombreado por una pluma de nevado

cisne. La mano derecha sobre su daga y escondida la otra en los anchos pliegues de su gabán, paseábase bajo las desiertas y sombrías bóvedas de aquellos ánditos medrosos. Apuesto, bizarro y de gentil presencia, mostraba en su semblante y en sus movimientos la viveza natural de sus pocos años, y el despecho y la tristeza de que se hallaba súbitamente revestido, daban bien a entender que aquella flor, recién cortada del tallo de su ventura, conservaba todavía sus antiguos matices y perfumes. Eran sus pasos precipitados unas veces, lánguidos otras, y perezosos, y no pocas deteníase de improviso quedando inmóvil y triste como la estatua del dolor. Tan varios como sus pasos debían ser sus pensamientos.

Como el eco repetía sus pisadas en los ángulos de la galería, no advirtió que una señora, deslizándose como una sombra llegó con silenciosa planta, y se quedó contemplándole un momento en la oscuridad. El joven continuaba entonces tan distraído que no reparó en dos ojos que brillaban en las tinieblas. El roce del luengo traje de terciopelo que arrastraba la señora al aproximársele todavía más, le sacó por fin de su arrobamiento, y se estremeció involuntariamente al oír una voz seca y penetrante que le decía:

-¡Gastón!

Era en efecto el recién desposado Príncipe D. Gastón de Fox que se hallaba sorprendido en aquella soledad: su turbación no le dejó pronunciar una sola palabra.

-Gastón, hijo mío, volvió a repetir aquella voz un poco más suavizada, ¿daré crédito a mis ojos?, ¿es éste el sitio donde debo encontrarte la segunda noche de tus bodas? Dos reinos se desnudan de su pompa; y por ensalzar tu himeneo huérfanos quedan de sus más bizarras damas y de sus más claros varones: de luengas tierras viene al alcázar de Orthés la flor y la nata de los caballeros ¿y esquivas su presencia? ¿Qué tienes?, ¿qué te sucede?, ¿quién te ha ofendido? ¡Siéntese desde aquí la algazara del festín, el estruendo de las danzas, el eco plácido de los instrumentos: el júbilo tiende sus alas por todas partes; y tú, por quien tantas fiestas se celebran, por quien se congregan tanta grandeza y tanta bizarría, tú solo has de aparecer adusto y meditabundo, con una tristeza impropia de tus pocos años y de la dicha que te envidian!

-¿Y quién echa de menos, madre mía, respondió Don Gastón con su suspiro, quién fuera de vos advierte mi falta en los salones?, ¿qué necesidad tiene nadie de mi presencia para su dicha? Dejad, madre querida, dejad que permanezca solo. Aquí, al menos, ni se me escarnece, ni se me insulta.

-¡Escarnecerte! ¡insultarte! ¡No, no, es imposible! El hijo de Doña Leonor de Navarra insultado y escarnecido no se hallaría tranquilamente en este sitio, ciñendo espada.

-Sosegaos, Doña Leonor: las afrentas que han caído sobre mí no son de las que puede vengar el acero.

Pesaroso entonces el joven de las palabras que a su despecho le habían arrancado, asíola de la mano, y llevándola cerca de la vidriera de la galería, la dijo con ternura y efusión.

-Ahora que os encontráis aquí, madre mía, a solas con vuestro hijo; ahora que nadie nos ve más que el astro melancólico que contempla silencioso mi tristeza, ahora que el

famoso caballero Don Floristán de Acuña a quien debo la vida, decidme: ¿hay algún corazón en los salones de alcázar que eche de menos al desposado?

-¿Puedes dudarlo?, exclamó la Condesa con asombro, y añadió luego con una tibieza que denotaba el poco convencimiento que tenía de sus palabras: Magdalena, tu esposa, tiene la mayor inquietud...

-¡No!, os engañáis, o por mejor decir, queréis engañarme. La altiva hermana del Rey de Francia, la augusta Princesa que a mis castillos, toros y roeles de Fox y de Bearne junta sus lises de oro, bien lo sabéis, madre mía, es incapaz de amar. Necia, arrogante con el esplendor de su regia cuna, si tiene corazón, tan solamente late cuando el orgullo y la vanidad le arrullan.

-Pero Gastón, le interrumpió su madre, con una frialdad que dejó helado al ardiente mancebo: ¿qué importa para tu dicha, qué importa para que tú seas su marido y cuñado del Rey de Francia Luis el Onceno?

-¡Ah!, tenéis razón, contestó el joven con amarga sonrisa, tenéis razón: nada importa. Si yo, joven inexperto doblé mi cuello ayer a la coyunda del himeneo, desposándome con una mujer a quien desconocía, con una dama que puede brillar más bien por su altivez que por su hermosura, debo sin embargo sonreírme y vivir tranquilo, porque esta mujer indiferente, y que tal vez pueda llegar a serme aborrecida, es hermana de Rey más poderoso de la tierra.

-¡Pobre mozo! Todavía ignoras que los que nacen a la sombra de los tronos no nacen para amar; que su himeneo no junta corazón a corazón, sino estados con estados.

-Mozo soy, decís bien, madre mía, pero de poco tiempo a esta parte he aprendido a mi costa lo que ahora habéis querido enseñarme; y también he logrado saber que aquel de los esposos que se presente con mayor número de blasones, o con más títulos de dignidad, aquél será siempre el jefe y tendrá al otro consorte por esclavo.

-¿Qué decís, hijo mío?, le preguntó Doña Leonor con algún sobresalto.

-¿No me entendéis?

-¡Gastón, Gastón, quisiera no entenderte!

-Tened la bondad de oírme, Doña Leonor: suponed que vuestro hijo D. Gastón, sin haber visto de su esposa mas que la infiel imagen trazada por un pincel adulator, cede a los ruegos con que la importuna una madre tierna y cariñosa. Quiero ser más franco todavía; suponed que cede también vuestro hijo, fascinado por un rayo de ambición que brilla súbito ante sus ojos, y entrega por fin su mano indiferente y yerta a una mujer, que le entrega a cambio la suya con la misma frialdad, con la misma indiferencia. Verdad es que D. Gastón es hijo único de los Condes de Fox y Príncipes de Bearne: que su madre viuda es hija del Rey de Aragón y de Navarra Don Juan II. ¿Pero qué son todos estos timbres para la hermana del Rey Luis de Francia, cuyos ojos acostumbran a ver en torno suyo vasallos que ocupan tronos y arrastran púrpuras?, ¿qué es el condado de Fox?, ¿qué es el

principado de Bearne? ¿Qué es el señorío de Moncada?, ¿qué es todo esto a los ojos de Madama Magdalena?

El orgullo y la altivez de la Condesa se resintieron con las palabras de su hijo, y el orgullo y el amor propio heridos despertaron en ella una pasión más noble: el amor maternal.

-¡Ella, ella, exclamó, menospreciar a mi hijo!

-Vuestro hijo, Señora, se reconoce inferior a su mujer, y debe sufrir ese altivo desdén, esa arrogancia que le abrumba, que le humilla, que le escarnece en todas partes.

-No, no hubieras salido tu de mis entrañas para vivir con tanta afrenta: ¿pero qué te ha pasado?, ¿qué te ha dicho?

-¡Oh!, cuando ella se digna desplegar sus labios en mi presencia, pronuncia tan sólo lamentos por lo que ha perdido, desdenes por lo presente, temores por lo futuro.

-¡Calla, calla, hijo mío!, cada palabra tuya es un puñal para tu madre. ¡Ella despreciar a mi hijo! ¡Ella tenerle en menos! ¡Ella desconocer los tesoros que su corazón encierra! Bien hace, sí; bien hace mientras su oscura frente se confunde ignorada entre la muchedumbre de señores feudales. Bien hace; pero llegará el día en que el sol anublado aparezca de repente sobre las gradas de un trono, y lance desde allí vivos rayos de luz que le deslumbren.

-Madre, madre, ¿qué queréis decir?, le interrumpió Gastón gozoso y espantado a la vez por el impetuoso arranque de la Condesa.

-¡Nada! súbrelos hoy esos desprecios, y sepulta la cólera en el fondo de tu corazón, que si en vasallos manda tu madre, todavía somos vasallos de un Rey: todavía tenemos un hombre superior sobre la tierra. Pero llegará muy pronto el día en que ciñendo tu frente una diadema veas tan sólo a Dios sobre tu cabeza: a Dios tan sólo; pero a nadie más. ¿Lo dudas?, añadió Leonor, viendo a su hijo que le escuchaba atónito y confuso.

-¡Oh! no, no quiero dudarle, madre mía: nunca tuve mayor necesidad de creerlos; un trono necesito.

-Le tendrás.

-¡Cielos!

-Le tendrás; pero entonces...

-Entonces, exclamó Don Gastón fulminando con sus ojos, entonces cogeré la regia púrpura, y arrojándola a los pies de mi esposa le diré: «encubre tu arrogancia, encúbrela con ese manto que recibes de mi mano, en castigo de tu desvanecimiento». ¡Ah!, pero estos son delirios, madre mía: ¿cómo es posible que lleguen a realizarse?

-Escucha, le respondió la Condesa; tiempo es ya de revelártelo todo. Veo que tu corazón emprende con entusiasmo el camino de nuestra elevación y grandeza: este camino está

cercado de precipicios, está tal vez interceptado por importunos; pero el valor y la serenidad salvan de los primeros, y hay venenos que desembarazan de los segundos.

D. Gastón miró a su madre con asombro, casi con miedo; pero fascinado por su ardiente mirada no pudo abrir los labios: la Condesa continuó sin alteración ninguna.

-Hija soy menor del Rey de Navarra: para ascender al trono delante de mí tenía dos hermanos; pues bien, el primogénito, Carlos, el Príncipe de Viana, ha muerto, dijo Leonor con voz sombría; ha muerto en la flor de su juventud, como si el cielo hubiese querido imponerle un castigo por haberse rebelado contra su padre y su Monarca.

Hizo aquí la Condesa una pausa forzada, su frente se arrugó imperceptiblemente, y un pensamiento sombrío atravesó por ella, como los negros nubarrones que surcan el azul del firmamento impelidos al soplo de las tempestades. Su hijo entre tanto esperaba que llegase el fin de aquellas terribles revelaciones, como el jinete espera que su caballo desbocado le precipite en los abismos. Serena ya Doña Leonor, continuó con firme acento:

-Muerto el Príncipe de Viana, mi hermana Doña Blanca de Navarra es el único obstáculo, la única barrera que me separa del trono, y esa barrera también está salvada.

-¡Gran Dios!, exclamó D. Gastón con terror.

-No, nada temas. Esa Reina repudiada que imita en su conducta y en su ambición a mi hermano Carlos (Q. D. G.), no querrá obstinarse en seguir sus huellas hasta el fin de su carrera. No morirá como él, pero tendrá que hacer renuncia de su derecho, o vivir encerrada para siempre en este alcázar.

-Y ¿pensáis que a precio de tantos crímenes he de comprar una diadema? Os equivocáis. La corona de Navarra sería para mí un cerco de hierro candente que me abrasara la cabeza.

-Gastón, tus escrúpulos son ya vanos: cuanto tú digas viene ya tarde. ¿Por qué te parece que el Rey de Francia ha consentido en que su augusta hermana se despose contigo, que no eres más que el hijo de un Conde; contigo, que sin la muerte o la renuncia de Doña Blanca, nunca podrías pasar de ser hijo de un feudatario? Tiempo es ya de que lo sepas: un artículo de los contratos de esta boda, acordados entre el Rey de Francia y el Rey de Navarra y Aragón, mi augusto padre, es el que al día siguiente de los desposorios ha de venir a mi poder esa hermana rebelde, a quien yo no, sino mi padre y soberano quiere desheredar.

-¿Con que ya, según esto tenéis a buen recaudo en este castillo a la infeliz Princesa?

-Todavía no, contestó Doña Leonor; pero, ya lo ves, estoy tranquila. Uno de los caballeros más esforzados y más fieles servidores del Rey mi padre, el buen Sancho de Erviti ha ido a sacar a la Princesa del convento de San Juan de Pie de Puerto, donde ha permanecido encerrada desde la muerte del desdichado Carlos. Sancho me ha enviado a decir con un escudero suyo que llegaban esta noche sin falta alguna. Hoy mismo le revelaremos la muerte de su hermano; hoy mismo verá la orden de nuestro padre para que

renuncie a sus derechos, si no quiere ser de ellos ignominiosamente destituida: hoy mismo quedaré yo reconocida como Princesa de Viana. El Rey mi padre está ya con un pie en el sepulcro, y yo con otro sobre las gradas de su trono: déjame reinar un mes siquiera: déjame satisfacer esta ansiedad, la única de mi vida, que entonces yo mismo pondré sobre tus sienes la corona que arrancaré de mi cabeza, y toda mi ventura habrá de cifrarse en verte sobre el trono mirando con arrogancia y desdén a la mujer que te insulta.

Tan profunda fue la impresión que en el ánimo del generoso mancebo causaron las terribles revelaciones de su madre; tan humillado se encontraba a sus propios ojos, que sin responder una palabra, sin levantar la frente del suelo, encogiéndose de hombros, salió apresuradamente de la galería; y como si aquella soledad no fuese bastante profunda para ocultar su despecho y su vergüenza, se fue a sepultar en el fondo de una habitación en que solía morar antes de su enlace.

Al traspasar el dintel advirtió con disgusto que estaba iluminada aunque débilmente por una lámpara misteriosa. La luz es quizá el testigo más enojoso para las penas. Distráido sin embargo, íbase a dejar caer sobre un sillón de ébano con embutidos de marfil, cuando reparó que estaba ocupado por una religiosa. El arrogante mancebo, vencedor en tantas justas y torneos, y que a pesar de sus pocos años, había hecho con gloria la célebre campaña de Calahorra, no pudo menos de lanzar un grito agudo de terror y espanto. Nunca el alma está más dispuesta a la superstición que cuando se encuentra agobiada por el infortunio: nada entonces sucede que no parezca extraño y sobrenatural; nada que no sea el presagio de mayores calamidades, o el anuncio de la ventura. Abrumados por la espantosa verdad del mundo real, nos complacemos en lanzarnos a otro mundo donde creemos encontrar raudales perennes de consuelo. Tan sobrecogido se vio D. Gastón con el aspecto de aquella hermosa y arrogante matrona, cuyas pálidas facciones resaltaban más y más a la incierta luz de la lámpara y sobre el fondo oscuro del sillón, fascinóle tanto aquel hábito religioso que creyendo a la Princesa de Viana una aparición celeste, que de parte de Dios venía a conminarle con terribles penas, si osaba atentar a los derechos de la hermana de su madre, cayó de rodillas ante sus plantas exclamando con honda voz:

-¡Perdón, Dios mío!

Asustada la Princesa al ver los extraños ademanes, y al escuchar la inexplicable exclamación del caballero, huyó despavorida de su lado.

-¿Quién sois vos?, le dijo entonces D. Gastón, que comenzaba a salir de su alucinamiento.

-Soy una dama desgraciada, le respondió con trémula voz Doña Blanca, una señora que ha venido a pedir hospitalidad a este castillo.

-Yo soy su dueño, y Dios nos manda partir nuestro pan y nuestra fortuna con los huéspedes que nos honran. ¿Pero quién sois vos?, ¿quién os ha traído aquí?, ¿habéis venido sola?

-Permitidme, caballero, que no responda más que a vuestra última pregunta. He venido acompañada de un guerrero que dice ser amigo, muy amigo del dueño de esta casa.

Vuestros criados le han reconocido al pronunciar algunas palabras en voz baja, y me han conducido a este aposento: el caballero ha ido en busca vuestra, y entre tanto, sin haberle visto como presumo, os habéis presentado.

-¿Pero no me diréis al menos cómo se llama ese amigo mío que os acompaña?

-Se llama Gimeno, respondió la Princesa después de haber titubeado un instante: es natural de la villa Mendavia, en el reino de Navarra.

-¡Gimeno!... ¡De Mendavia! por mi honor os juro, señora, que ni le conozco, ni jamás he oído su nombre.

-¿Será posible, Dios mío, que por equivocación hayamos venido a una casa desconocida?

-¿Qué importa, señora? Habéis traspasado el puente de nuestro castillo, y sois ya para nosotros una amiga, una hermana, una persona sagrada. Habéis entrado en esta casa derramando favores a su dueño: cuando vine a este aposento mi corazón ulcerado se partía de dolor, y el dulce mirar de vuestros ojos, el eco blando de vuestro acento han ido apaciguando poco a poco los tormentos que me devoraban. Os he tenido en mi primer asombro por un ángel, por una santa, por uno de aquellos seres que Dios suele enviar a sus escogidos para guiar sus pasos: veo que sois de este mundo; pero veo también que hay ángeles en la tierra. Jamás, jamás podré olvidar el beneficio que me habéis hecho, calmando mis dolores. Venid, venid conmigo a los salones donde se ostenta la hermosura de tres reinos: venid a eclipsar a todas en gracia, en dignidad y en modestia. Voy a presentaros a mi madre y señora Doña Leonor de Navarra, Condesa de Fox y Princesa de Bearne.

-¡La Condesa de Fox! ¿Yo estoy en casa de la Condesa?, preguntó Doña Blanca con terror.

-Sí: ¿la conocéis, por ventura?

-¡Ah!, ¡cuán desgraciada soy si él también me engaña, si él como todos me vende! Cúmplase, Dios mío, tu voluntad.

La Princesa pronunció con doloroso abatimiento estas últimas palabras, y cayendo en el sillón alzando los ojos al cielo, conoció que la vista se le turbaba: lanzó después un débil gemido y quedó profundamente desmayada.

D. Gastón en pie delante de ella la contemplaba con asombro, con delirio.

Entró después Gimeno en el aposento, y ni el roce de su armadura, ni el estruendo de sus pasos pudo sacar al joven del éxtasis a que se había entregado, hasta que lanzándose el recién venido a sus brazos, le dijo con el acento más cariñoso:

-¡D. Gastón, amigo mío!

El hijo de la Condesa volviendo en sí al eco de aquella voz tan conocida le contestó entre confuso y alborozado:

-¡Floristán! ¡Floristán!...

CAPITULO VI

De cómo en casos de amor lo mismo que en los de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan a casa

En el primer momento en que el hijo de la Condesa de Fox reconoció a su buen amigo Floristán, no acertó a preguntarle sobre la venida de aquella mujer tan extrañamente vestida a su castillo; estaba muy distante de sospechar que nadie mejor que el afamado capitán hubiera podido satisfacer su ansiedad y responder a sus preguntas.

Vivamente preocupada su imaginación con el cuadro de tan peregrinas aventuras, profundamente removidos sus pensamientos, y mas aun los afectos de su corazón con las revelaciones y descubrimientos fatales de que era deudor, tanto a su propio instinto, como a la cruel franqueza de su madre, no sabía ni qué pensar ni qué decir, y dudaba hasta de que fuese verdad de lo que sus ojos veían.

Recordaba sin embargo una por una las palabras de la Condesa, que como saetas envenenadas, herían y envenenaban la parte más viva, más noble, más delicada de su corazón, que se sublevaba orgulloso e indignado al descubrimiento de aquellas tramas que se urdían a costa de su ventura; y aquellas ofertas y amenazas que pocos momentos antes le habían seducido y anonadado, le parecían ahora la más clara revelación de una intriga inventada sólo para satisfacer una ansia horrible de ambición que le causaba a la vez terror y desaliento. Ya no veía orgulloso abrirse delante de sus pasos el camino del trono; la púrpura y la corona que le habían deslumbrado en un acceso de venganza, contemplábalas ahora horrorizado, le aterraba su peso aun antes de poder ceñirlas, y no veía en ellas más que instrumentos de negra esclavitud, duras cadenas que para toda su vida le aprisionaban.

Penetraba sin embargo al mismo tiempo en el fondo de su alma, que no respiraba más que amor, entusiasmo, generosidad, hidalguía; buscaba allí la imagen de una mujer a quien estaba vinculada su existencia, a quien debía amar por deber; buscábala, pero en vano: sólo encontraba los gérmenes del odio violento, del altivo desdén, del desprecio que inspira a las almas nobles la arrogancia y la soberbia de los demás. Buscábala, y en vez de encontrar allí la sombra de una esposa querida que venía a compartir con él su cariño, y no a reclamar una parte en sus estados, veía con estremecimiento la imagen de otra mujer que se había presentado a sus ojos con el encanto y el misterio de una aparición celeste, de una mujer desconocida, cuya mirada dulce y bondadosa, cuyo melancólico y angelical semblante, cuyas desventuras, acrecentando el brillo de su hermosura con el abatimiento, daban todavía más relieve a los inmerecidos desaires que estaba recibiendo de su orgullosa y altiva consorte.

Comparó entonces su infelicidad real con una dicha a que su corazón irresistiblemente le impulsaba, muy fácil de concebir cuando la Providencia coloca bajo la protección de un alma de sentimientos elevados como el joven D. Gastón, la suerte de una mujer tan hermosa y tan infeliz como la Princesa de Viana.

Esa ventura era sin duda alguna un sueño, un efecto de la situación extraña en que se hallaba D. Gastón, menospreciado por una parte y haciéndose aborrecible a sus mismos ojos, y sorprendido por otra con la idea de un ser débil, desgraciado, que imploraba su amparo y su protección. ¡Cuán lisonjero, cuán dulce no era para el generoso mancebo poder cobijar a la sombra de su escudo a una mujer hermosa, perseguida tal vez, que se acogía tímidamente bajo su asilo! ¡Cuánto no contrastaba esta situación con aquella en que se encontraba anteriormente! De protegido pasaba a ser protector; de agente pasivo de una intriga horrorosa, en que tal vez habría necesidad de derramar sangre inocente de sus más cercanos deudos, pasaba a ser principal actor de una obra digna, laudable y generosa, como la de proteger la inocencia perseguida: idea consoladora siempre para el amor propio, a quien revela su grandeza y su importancia la demanda que se le hace de la defensa de su propia vida.

Mas ¡ay!, esa felicidad era un sueño para D. Gastón, cuyos labios, cubiertos apenas del bozo juvenil, jamás habían de abrevarse en la fuente de los consuelos y de las esperanzas, sino en la de las amarguras y desengaños.

Abismado en tales pensamientos iba cayendo su ánimo en marcado abatimiento cuando al volver la cabeza, como si buscara un sitio donde encontrar descanso, reparó en Floristán, de cuya entrada en el aposento ya no se acordaba: tan profundos eran su distracción y enajenamiento.

Cruzaban a la sazón por la mente del enamorado Gimeno ideas no muy compatibles con la nueva pasión de su amigo, pero algo más tranquilas y afortunadas; seguro como estaba de hallar fiel y amorosa correspondencia en el corazón de la hermosa villana de Mendavia. Donde el hijo de la Condesa encontraba un abismo sin fondo, erizado de obstáculos y de imposibles, veía Gimeno un gran triunfo conseguido por su constancia, en favor de aquella mujer a quien consagraba toda su vida, arrebatada del poder de infames raptos, y puesta en salvamento por el valor de su brazo en el castillo de un amigo. Para el hijo de la Condesa este amor era un nuevo tormento; para Gimeno un galardón. Mal debió reparar D. Gastón en la causa de la alegría de su amigo, cuando al verle de nuevo cerca de él y de la desconocida le dirigió su voz en estos términos:

-Floristán, amigo mío: os estaba esperando noche y día. ¿No me diréis si habrá alguien en mi castillo que me explique la aventura por que estoy pasando?

-¡Pues qué tenéis!, repuso Gimeno con aire de sorpresa, como quien al verse feliz no se atreve a sospechar que haya desgracias a su lado. ¿Qué tenéis?, decidme Don Gastón.

-¡Qué tengo!, ¡qué me falta!, debierais vos decir. Yo necesito de un amigo, yo quisiera que alguien me proporcionara...

-Pero mirad D. Gastón, mirad que soy vuestro amigo Floristán; tal vez yo pudiera ser ese alguien, del cual vos creéis necesitar...

-¡Ah, Floristán amigo, no sois vos, no, quien puede derramar sobre las heridas de mi corazón el bálsamo que necesitan! ¿Pudierais a lo menos darme alguna razón de esta aventura...? pero no, ¡vos nada sabéis!

-¿Qué aventura? ¡Pardiez! Explicaos, amigo mío. ¿Qué aventura es esa, que tanto parece acuitaros?

-¡Nada, nada! Yo bien decía, no sabéis una palabra de esto, continuó afligido D. Gastón, y volviendo en sí de pronto, y como si el interés le punzase fuertemente, y el deseo de salir de tan angustiada situación le hiciese ver las cosas de otro modo, exclamó con un tono de viva curiosidad, dirigiéndose al capitán: ¿Sabéis quién es esa hermosa desconocida?, ¿no me diréis quién la trajo aquí?...

Al oír estas dos preguntas, asaltóle a Gimeno una duda terrible que pronto había de quedar desvanecida. ¿Era el que las hacía, el poderoso dueño de un castillo, que antes de dar rienda a su generosidad quería saber sobre quién iban a recaer sus favores, y a cuál esforzado caballero debía premiar como amparador de la desgracia; o era además, el dueño de un corazón más grande que el castillo, dentro del cual no le embargaba para dar hospitalidad a un amor recién venido, el tenerle enteramente consagrado bajo solemne juramento a un amor grande, exigente, cual se debía a la augusta nieta de los Reyes de Francia?

Pero en medio de esta duda, y aunque de ella debía nacer alguna repugnancia en contestar, no dejó de decir Gimeno como maquinalmente.

-Tal vez lo sepa, tal vez...

Todo el que haya sido víctima de alguna pasión violenta podrá comprender el valor, que tan ambiguas palabras debían tener para el hijo de la Condesa.

Cuando el hombre se encuentra en un estado semejante; cuando luchando entre la duda y la esperanza, no halla un camino que le conduzca derechamente al término de sus deseos; cuando en medio de esta incertidumbre, viene una voz amiga que le dice, «quizá puedo darte un consejo», o un brazo que le impele a tomar cierta dirección; el alma cree, la pasión da seguridad a esa creencia, y el hombre sigue entonces lleno de confianza ese camino, que no es posible deje de conducirle al término anhelado.

Así se abrió el corazón de D. Gastón a la esperanza, no bien los labios de su amigo pronunciaron tan consoladoras palabras; y anticipándose a gozar de una dicha que sólo podía tener realidad en su imaginación ardiente y entusiasta, corrió con presteza a abrazar a su amigo, y a reclamar ansioso las noticias que le había ofrecido.

-¿Con que sabéis quién es esa mujer? ¿Con que sabéis también quién hasta mi castillo la ha acompañado?

-¿Quién os ha dicho tal cosa? Repuso fríamente el animoso paladín; y haciendo una pequeña pausa, como para notar el efecto que sus palabras producían en el semblante del afligido Príncipe, continuó entre sorprendido e indiferente: y aun cuando yo lo supiera ¿de qué pudieran servir semejantes noticias?

-¿De qué? ¡Ah!, ¿y sois vos quien lo dudáis?, ¡y sois mi amigo!...

-¡A fe de Floristán!, ¿pero qué tiene eso que ver, con esas preguntas, con esa ansiedad sobre todo, con ese vivo interés que manifestáis de que se os informe a todo trance?

-Tenéis razón, amigo mío; perdonad esta indiscreción... ¡qué sé yo!, estaba alucinado... creí que...

No sabía el pobre D. Gastón cómo disimular su inquietud, ni cómo recoger las velas que había empezado a extender lleno de la más viva confianza. En medio de su aturdimiento no dejaba de conocer que si su amigo ignoraba de todo punto la venida de aquella mujer a su castillo, inútil era su afán y perdidas las explicaciones que pudiera hacer para darle una idea de su situación desesperada y de la tormentosa pasión, que en mal hora había venido a acabar de descomponer sus exacerbados sentimientos. Así habíase ya resignado a devorar en silencio sus pesares, e iba a suplicar a su amigo que le dejase solo, cuando una nueva idea cruzó por su mente, y le hizo cambiar enteramente de propósito.

Es muy difícil de contener esa ansiedad que agita poderosamente el corazón de un joven de diez y ocho años, cuando un obstáculo insuperable se atraviesa entre su voluntad y el objeto de sus deseos. Llega un instante en que la misma nobleza de los esfuerzos, el mismo espíritu superior a la resistencia que el obstáculo opone, inspira ser más prudente y comedido, ceder tal vez... pero esos instantes duran poco; la docilidad no es prenda que se hermane muy bien con el fuego de una pasión que lo devora todo; y al fin y al cabo, sea como quiera comprimida la llama, aun a sabiendas del mismo que en darle pábulo y alimento se complace, al fin esa compresión, esa resistencia sólo sirven para que el ímpetu sea mayor, para que el incendio se ensanche y se derrame.

Más que un incendio, un volcán era en efecto, la pasión que a D. Gastón consumía. Aquel momento de indecisión, de retraimiento duró muy poco, o por mejor no duró más tiempo que aquel en que su agitación le permitió conocer esta debilidad. Si hasta entonces había creído que uno de sus amigos, el mayor amigo tal vez era D. Floristán, entonces vio en él a su único protector, a su ángel tutelar, en una palabra, al enviado de la divinidad para prestar a sus penas consuelo y alivio. Entonces su enajenamiento llegó a tal punto, que (parecerá increíble) llegándose a olvidar de la mujer divina por la cual iba a preguntarle, le dijo con un acento de entusiasmo que rayaba en frenesí.

-¡Todo me lo vais a decir, todo!

Floristán permaneció silencioso.

D. Gastón se tranquilizó.

El acceso había pasado: renovóse en su imaginación aquella idea hermosa, celestial, tranquila, pura como la misma virtud perseguida, cuyo más bello tipo parecía ser la religiosa, que continuaba desmayada a pocos pasos de los dos donceles.

Entrambos la miraron a un mismo tiempo y como guiados de un solo pensamiento.

-¿Quién es?, repitió D. Gastón, sin poder dar más treguas a su vivo anhelo de curiosidad.

-Quién pueda ser, yo no lo sé, repuso Floristán; pero lo que os puedo decir, y hasta referir menudamente, porque yo he asistido a ella, es la aventura a la cual se debe el que hasta vuestro castillo haya venido esa religiosa.

-Sepa yo lo que vos sabéis, que lo demás lo averiguaremos juntos.

-Venía yo con mi buen escudero por la llanura de Orthés, cuando a cosa de media legua del pueblo sentimos ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras hacia el camino de San Juan de Pie de Puerto. A poco rato descubrimos una litera, con grande acompañamiento de caballeros y de gente armada. Tan pronto como nos hallamos a corta distancia, una voz de mujer salió de la litera, diciendo: «Caballero, socorredme, que me llevan cautiva contra mi voluntad».

-Y vos, ¿qué hicisteis?

-¿Qué había de hacer?, poner lanza en ristre, afirmarme en los estribos, y enderezando mi trotón hacia el que al parecer de capitán de aquella gente hacía, decirle con tono firme y ademán resuelto: «O ponéis inmediatamente en libertad a esa doncella, o lo que fuere, o desde luego sois conmigo en singular batalla». La contestación no se hizo de esperar; el buen adalid cargó sobre mí con toda su pujanza, pero como en la embestida se ladease un tanto su caballo, que era mayor que un dromedario, le metí la lanza por un costado y le salió por el opuesto. Los demás, que tal vieron, se dispersaron cada cual por donde más en mientes les vino, y sólo alguno que otro mal intencionado se entretuvo en aporrear a mi buen escudero, a quien, concluida la aventura, encontré más molido que cibera.

-Pero ¿y la mujer, y la...?

-Tened paciencia, D. Gastón, que de ella iba a deciros ahora. La mujer era esa misma que tenéis presente, con los mismos hábitos con que la veis vestida.

-¿Pero no os dijo quién era, a dónde la conducían, por qué la violentaban?

-Ya os he dicho que nada sé respecto a su persona. En cuanto se terminó aquella aventura, diome las gracias y me pidió encarecidamente que la pusiese en seguridad, acompañándola hasta el castillo que más cercano estuviese. Yo así lo hice puntualmente, y hasta vuestro castillo la vine acompañando.

-¿Y vos os contentasteis con eso? ¿O fue porque no visteis bien su divino rostro y sus angelicales perfecciones?

Estas palabras, animadas por un fuego de entusiasmo que brotaba de los labios, de los ojos, de los ademanes mismos del hijo de la Condesa, eran dardos que debían penetrar muy hondamente en el lastimado corazón de Floristán. Así sólo se contentó con responder:

-¿Y qué más necesitaba saber? Había empezado a cumplir mi deber de caballero, sacándola del poder de malandrines; y no debía terminar con una ofensa, una aventura que tan bien había comenzado.

-¡Ah, bien se conoce que no la habéis visto, Floristán! ¡Si la hubierais encontrado como yo, desceñida la sien, corrido el velo, a la luz de esa temblorosa lámpara con los ojos elevados al cielo, pidiendo favor y amparo...! ¡Si la hubieseis visto como yo, envuelta en ese misterioso traje!... ¡Si hubierais oído la dulce voz, el candoroso acento con que pronuncia sus encantadoras palabras!... ¡Si hubierais sufrido por un solo momento el fuego de sus ojos, el elocuente lenguaje de sus apasionadas miradas!...

-¡Bien! Si la hubiera visto ¿qué?... repuso duramente el capitán, cansado ya de oír tantas alabanzas, y devorado a un mismo tiempo por la terrible pasión de los celos, y por el respeto que a la amistad debía.

-¡Si la hubierais visto como yo...! ¡Ah!... como yo la hubierais amado...

Floristán quedó como petrificado. La fuerza de estas últimas palabras, que apenas había podido escuchar claramente (tal era su turbación), comprimió de tal manera su existencia toda, que sólo por un instinto de prudencia y de circunspección, logró guardar silencio. Pasados algunos minutos había ya recobrado su serenidad, y pudo conocer todo el horror de su situación. D. Gastón seguía hablándole de su pasión, cada vez con mayor entusiasmo, y apretándole fuertemente la mano con sus manos, le comprimía muy más el corazón con sus palabras.

En aquel momento de terrible prueba, la religiosa volvió de su desmayo, y conociendo en un solo punto hasta dónde rayaba su desgracia, por lo mismo que tantos eran los que se interesaban de veras en hacerla feliz, exhaló un ¡ay! profundo que dejó enmudecidos a los dos mancebos.

-¿Quién sois, divina mujer?, fueron las primeras palabras con que rompió el silencio D. Gastón. Gimeno estaba como petrificado, pero queriendo apurar de una vez la amarga copa de su desventura y averiguar la sospecha terrible del rango superior de su Gimena, añadió también con voz en extremo conmovida:

-¿Quién sois? ¿Qué nombre es el vuestro?

Entrambos caballeros esperaban la respuesta con la mayor ansiedad...

La religiosa respondió con voz clara y con acento lleno de dignidad:

-Soy Doña Blanca, hija de Rey de Aragón y de Navarra.

CAPITULO VII

De cómo D. Gastón de Fox se hallaba entre la espada y la pared

-¡La Princesa de Viana!, exclamó Gimeno con respeto y con terror.

-¡Doña Blanca!, pronunció al mismo tiempo con desesperación y abatimiento el hijo de la Condesa.

La situación había cambiado completamente para los tres personajes de nuestra historia, que se encontraban en aquel aposento.

Gimeno, el Capitán de aventureros, el judío de Mendavia, que por el amor de una villana desconocida, e iluminado al mismo tiempo por la luz de la fe, había abjurado de la religión de sus padres; Gimeno, que por librar a la gentil labradora de un riesgo, se había puesto en inminente peligro de perder la vida; Gimeno, que por vengar una ofensa de esta mujer, que decía pertenecer a la clase más humilde y despreciada entonces en aquel reino,

no había titubeado en tomar las armas bajo un terrible salteador de caminos, para convertirse pronto en Capitán de aventureros; ese mismo Gimeno que acababa de salvarla otra vez por el arrojo de su ánimo y la pujanza de su brazo, de manos de sus más crueles y despiadados enemigos, acababa de medir con una sola palabra el profundo abismo que le separaba del objeto de sus ansias, del único anhelo de su corazón, de su idolatrada Gimena.

¡Ay!, entre la Princesa de Viana y el hijo de Samuel, entre la heredera legítima del trono de Navarra y el antiguo salteador de caminos, había la misma distancia, la misma imposibilidad de avenencia y reconciliación que entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, entre el polvo y las estrellas.

Alguna vez había sospechado el Capitán de aventureros, tanto por el porte distinguido de la villana, como por lo extraño de sus aventuras, que no pertenecía a la clase humilde y despreciable en que apareció primeramente a sus ojos: y por más que diese rienda suelta a su fantasía, nunca sus sospechas fueron más allá de tenerla por hija de algún hidalgo, ¿qué efecto pues no debía producir en su ánimo la súbita revelación de que aquella mujer a quien había requerido de amores, a quien había tratado de tú, era nada menos que la hija de un soberano; la que debía ser su Reina y Señora?

El hijo de la Condesa, de corazón ardiente y volcánico, que por vez primera acababa de sentir el amor con toda la violencia con que esta pasión se abriga en el alma virgen de un joven, que apenas ha pasado de los cinco lustros; D. Gastón, que envuelto en las redes de una intriga, había sido arrastrado al altar para dar su mano y enlazar su suerte con una mujer aborrecida; D. Gastón, que en un solo día llegó a comprender el precio inestimable de su libertad y de una pasión correspondida, habíase enamorado con delirio del primer objeto digno de su amor en que tropezaron sus ojos; acababa de saber también que la persona que tan hondo volcán había encendido en su corazón, era la enemiga de su familia, deuda suya inmediata, la hermana de su madre, de quien tantas veces había oído hablar, y a quien hoy por vez primera y de un modo tan extraño conocía.

Como si la Providencia, para refrenar los ímpetus de su corazón audaz, sabiendo que sus pasiones rompían y atropellaban fácilmente los diques que suelen contener a las almas y caracteres de otro temple, hubiese querido reforzar este dique con otro nuevo, robusto, insuperable; después de la fidelidad que debía a su esposa, le presentaba otra barrera, la del respeto que debía a la hermana de su madre.

Sin embargo, faltaba todavía otro nuevo obstáculo más invencible tal vez para un corazón leal, que todos los anteriores.

Parecía una lucha titánica, y los Dioses del Olimpo amagados por una pasión de gigante se complacían en echar montañas sobre montañas para sofocar el amor impío del mancebo.

-Sí, yo soy, repuso Doña Blanca al observar la profunda conmoción que sus primeras palabras habían producido: soy Doña Blanca de Navarra, la oveja miserable que, huyendo de las persecuciones del lobo, se ha refugiado en una caverna de tigres.

-¡Señora... perdón, perdón!, exclamó Floristán cayendo de rodillas delante de la Princesa y no atreviéndose a levantar los ojos para clavarlos en aquel regio semblante, que hasta entonces había profanado con sus miradas.

-Alzad, Gimeno, alzad, le contestó con dignidad la Princesa; y luego añadió con amarga sonrisa: no conviene que vean puesto de hinojos al amigo de la Condesa, al que será sin duda uno de sus más ardientes y celosos partidarios; uno de los que más sangre ha debido verter de nuestros defensores. No conviene que le vean delante de la mujer proscrita, perseguida, calumniada, y próxima tal vez a perecer a manos de sus enemigos.

Gimeno no se atrevía a pronunciar una sola palabra: hallaba justa la observación de la Princesa: él que tanto la quería, él que tantas veces había arriesgado la vida en su defensa, él era agramontés, y de los dos bandos en que se hallaba entonces dividido el reino de Navarra, pertenecía la bando enemigo de la Princesa, y para adquirir en poco tiempo la fama de terrible y valeroso que había adquirido en mil afanes ¡ay!, ¡cuántas víctimas había sacrificado, cuántos amigos, cuántos leales defensores de su amada habían perecido al filo de su espada!

Gimeno, confundido, anonadado, no tenía voz para replicar, ni aliento para levantarse del suelo.

Doña Blanca interpretó este silencio por la confesión de su conciencia.

-Y vos también, Gimeno, vos también habéis sido conmigo como los demás hombres, falso, traidor, desleal; habéis peleado con los hombres que me conducían para ganar el premio con que sin duda debe recompensar mi hermana al que me presente en su castillo.

Es preciso confesar que el dolor hace injustas a las almas más nobles y generosas.

Doña Blanca se hallaba en una de aquellas situaciones inexplicables, superior a los cálculos de nuestra fantasía, que no puede comprender un cúmulo de combinaciones extrañas, que hacen de los acontecimientos amontonados un intrincado laberinto. Su dolor era profundo, acerbo: por otra parte, veía inevitable su perdición, y alimentada hacía tanto tiempo por la amarga hiel de los desengaños, no era extraño que para salir de aquellas dudas creyese posible un desengaño más.

El Capitán de aventureros, abrumado por una sospecha tan injusta, herido en lo más vivo de su corazón, quiso recobrar su dignidad, se puso en pie con algún despecho; pero transcurrido apenas un solo momento, clavó sus ojos en la Princesa con inefable ternura; cruzó los brazos en el pecho, un raudal de lágrimas se le agolpaba a los ojos y con trémulo acento:

-¡Gimena, Gimena!, dijo; pero añadió de repente con voz humilde y respetuosa: ¡Señora, señora... no me habéis conocido!

Aquella mirada de Gimeno, aquel acento que partía del corazón, aquel recuerdo de sus pasados tiempos dio a entender a la Princesa la injusticia de sus reconvenciones.

-Sí, sí, lo comprendo; perdonadme, repuso Doña Blanca. Era imposible que en tan corto tiempo aquella alma pura, aquel corazón noble que conocí en Mendavia, en el estruendo

del combate y en el ejercicio de las armas se hubiese convertido en desleal, en cobarde y villano: era imposible que aquel corazón enamorado...

-Callad, callad, repuso Gimeno mirando con terror a su amigo, que al oír estas palabras levantó su frente inclinada hacia el suelo, y clavó en Gimeno unos ojos de furor sombrío.

-¿Con que la amabais?, ¿la amabais sin conocerla?, exclamó D. Gastón con voz de trueno. Pero luego recordando la delicadeza de su amigo en haberle ocultado esta pasión, añadió con resolución y reconocimiento: Doña Blanca, es cierto que os halláis en el alcázar de vuestros implacables enemigos; pero las leyes de la hospitalidad os hacen inviolable. Yo sabría dar mi vida por vos, antes que permitir se faltase al respeto de mi huésped. Sin conoceros os ha traído mi amigo Floristán al castillo mismo, adonde mi madre obedeciendo todavía a una voluntad superior os conducía para haceros renunciar a la corona: es fácil que la Condesa sepa muy pronto vuestro paradero, pero no temáis, estáis bajo mi amparo y debéis vivir libre de temores. Otros hay más temibles para mí, como que nacen de mi corazón; por eso creo lo más seguro que salgáis inmediatamente de este castillo y vayáis a demandar auxilio a un reino extranjero.

-Decidme una sola cosa D. Gastón. Hace dos años que me han tenido presa, sin comunicación alguna con el mundo: ya que tenéis la generosidad de dejarme partir y de librarme del furor de vuestra madre y hermana mía; decidme, ¿dónde está Carlos vuestro tío y mi hermano?, ¿dónde está el Príncipe de Viana? En él sólo encontraré refugio.

-Señora, respondió tristemente D. Gastón, el Príncipe de Viana hace un año que está gozando de Dios.

-¡Mi hermano, mi hermano Carlos! ¡Ah!, nada me importa ya morir.

En aquel momento se oyó el estruendo de las pisadas de algunas personas que venían aceleradamente.

-En el nombre de Dios, señora, huyamos pronto, le dijo Gimeno; vuestros enemigos se acercan.

-¡Mi pobre hermano!, repetía la Princesa con abatimiento.

-Sois heredera de la corona de Navarra, sois la Princesa de Viana, y es preciso que os conservéis para la felicidad de vuestro reino.

-Salid de aquí, señora, antes que mi madre os vea.

Las pisadas se iban aproximando; la voz de la Condesa dominaba el estruendo.

Las carcajadas insolentes de los que la acompañaban hacían conocer la seguridad de su triunfo.

El Capitán de aventureros se dirigió a la puerta para no permitir a nadie la entrada, y exclamó con serenidad:

-Ya es imposible que salgáis, si no os abro camino con mi espada. Venid, venid a mi lado, ya que tiene Gimeno costumbre de salvaros la vida.

D. Gastón adelantándose también hacia la puerta le dijo a su amigo.

-No, todavía le queda la esperanza de la fuga.

Echó el cerrojo a la puerta: cogió una capa y un sombrero que puso a la princesa sobre los hombros, para que saliese disfrazada. Entretanto la Condesa de Fox había llegado a la puerta del aposento, y daba golpes terribles llamando al mismo tiempo a su hijo.

Parecía imposible escapar; pero D. Gastón abriendo una puertecilla secreta que comunicaba por una escalera a una muralla del castillo, encaminó por ella a Floristán y a la Princesa, y mirándola por última vez, dijo a Doña Blanca con acento de ternura:

-Adiós, Princesa, acordaos de que en el castillo de Orthés no son todos enemigos vuestros.

-¡Gastón!, amado sobrino, hoy es la primera y última vez que nos vemos ¿no tienes un abrazo para tu tía?

-¡Ah!, exclamó D. Gastón precipitándose en su seno y estrechándola contra su pecho.

Así permanecieron algunos instantes.

Los golpes se redoblaban en la puerta. Los gritos de la Condesa eran cada vez más impetuosos.

Floristán estaba sufriendo mil tormentos.

Pero D. Gastón, que había gozado un momento de la felicidad suprema, al tiempo de desprenderse de los brazos de Doña Blanca parecía que el alma se le arrancaba del cuerpo.

Por un solo instante vaciló en su resolución: por un solo instante cruzó rápidamente por su imaginación la idea de la felicidad que podía disfrutar al lado de la Princesa; pero haciéndose superior a sí mismo repitió con acento dolorido:

-¡Adiós, adiós, para siempre!

La Princesa salió del aposento.

Floristán iba en pos de su amada, pero le detuvo de repente D. Gastón y le dijo con voz sorda y profundamente conmovida:

-Floristán, Floristán, cuando yo muera le dirás cuánto he sufrido al desprenderme de sus brazos.

El Capitán de aventureros le apretó las manos, y se dirigió tras de la Princesa.

Don Gastón cerró la puerta secreta al mismo tiempo que la principal caía desquiciada en el pavimento, empujada por los robustos hombros de Mosén Pierres de Peralta.

-Profundamente dormido estabais, D. Gastón, dijo la Condesa de Fox al entrar en el aposento, y dirigiendo en torno las penetrantes miradas del tigre que busca su presa; y a la verdad que tan profundo letargo puso en alarma mi corazón de madre.

-Y ha sido efecto de vuestra impaciencia, contestó D. Gastón de espaldas a la puerta y no atreviéndose a dar un solo paso: ¿ha sido efecto de vuestra inquietud el haber tomado por asalto mi morada?

-¿A qué otra causa puede atribuirse? Estos caballeros son testigos del sobresalto con que he sabido que permanecíais... solo... enteramente solo en una habitación tan sombría y retirada. -¿Teníais miedo de que me sucediese alguna desgracia, que habéis venido acompañada de tantos caballeros, y de caballeros armados, añadió D. Gastón señalando a Sancho de Erviti, que venía todavía cubierto con su armadura salpicada de su propia sangre.

-Como sois tan joven y tan inexperto, tengo siempre miedo de que en estas soledades sufra algún extravío tu buen corazón. Esta habitación, además, es muy sombría y desamparada; tiene, no debes dudarlo, comunicaciones peligrosas con la parte exterior del alcázar; y por eso, añadió la Condesa con una sonrisa altanera que contrastaba con la dulzura de su acento, para que no pudieseis vos temer peligro ninguno por un descuido fatal de los muchos malhechores que vagan por estas comarcas, he mandado echar una nueva llave a la puerta que está al fondo de la escalera.

-¡Cielos!

-¿De qué te asustas?

-¿Y quién tiene esa llave?

-Yo.

-¡Vos!

-¿En qué manos ha de estar más segura que en las de una madre?

-¡Ah!, lo conozco, lo sabéis todo, lo habéis escuchado todo. -Me asombran vuestras palabras y me hacéis sospechar, hijo mío, que os habéis visto amenazado en esa comunicación.

-No, por más que disimuléis lo sabéis todo, madre mía; pero también debéis saber los deberes de la hospitalidad.

Al decir estas palabras D. Gastón se aproximaba cada vez mas a la puertecilla secreta, queriendo poner un muro entre los fugitivos y sus perseguidores.

-Confieso que son un enigma tus palabras, hijo mío; pero el corazón de una madre, el instinto de su amor le anuncia alguna desventura. Abridme paso: quiero enterarme por mis propios ojos...

Doña Leonor dio algunos pasos hacia la puerta.

Gastón permaneció impasible.

-Abre paso: yo te lo mando.

-No, no os puedo obedecer.

-Abre inmediatamente, repuso la Condesa con imperio.

-Jamás, volvió a repetir D. Gastón.

-¡Hola, caballeros, servidores míos! ¡Apartad de ahí a un hijo desobediente...!

Don Gastón entonces desnudó la espada y replicó con entereza:

-Quien quiera que se atreva a dar un solo paso, habrá de medir su acero con el mío.

Todos los caballeros desnudaron sus espadas.

Doña Leonor se acordó entonces de que era madre y viendo amenazado a su hijo por tantos enemigos, clamó poniéndose delante del generoso mancebo.

-No hay necesidad de derramar una gota de sangre. La puerta del castillo es robusta, no se desquicia fácilmente... hay además centinelas por la parte de afuera... es imposible que los fugitivos escapen por la puerta falsa...

-Saldrán por la principal, exclamó Gimeno abriendo con estrépito y de par en par la puertecilla secreta. ¡Atrás! ¡Atrás, miserables, atrás!, volvió a clamar con voz rencorosa, blandiendo en alto su tremenda y resplandeciente espada.

CAPITULO VIII

De cómo el capitán de aventureros salio del Castillo de Orthés sin decir tus ni mus, y de cómo a su salida tropezó con una persona que le llamó muchas veces

Apenas el intrépido y valiente Floristán apareció en el umbral de la puerta, todos los caballeros retrocedieron un paso, sin ser dueños de reprimir aquel involuntario movimiento de temor y de sorpresa.

Su talla gigantesca, el temple de su armadura, el eco imponente de su voz, profundamente irritado, su arrojo, su decisión, y sobre todo la alta fama de sus formidables tajos y descomunales proezas, que resonaba muy más allá de los estrechos límites del menguado Reino de Navarra, justificaban aquel efecto súbito de su presencia.

Repuestos sin embargo los caballeros de la primera turbación, hubieran arremetido todos juntos o uno a uno contra el audaz aventurero impulsados por la voz de su honra mancillada en un solo instante de vacilación, si no viesen que el hijo de la Condesa de Fox se colocaba al lado del animoso paladín de la Princesa de Viana, y que éste apretándole fuertemente la mano con la suya revestida de hierro, le decía:

-¡Don Gastón!, dejadme solo: con la punta de mi espada he de abrirme paso por medio de esta turba de caballeros descomedidos, que se atreven a desnudar su acero contra el defensor de una dama.

-No, Floristán, le respondió D. Gastón con el rostro inflamado aún por el amor, y por la cólera: aunque sea vuestra exclusivamente la preza del combate, conmigo debéis partir los peligros.

-¿Los veis que no se atreven a levantar su espada porque está delante de mí el hijo de la Condesa? ¡Ea!, alejaos de aquí, D. Gastón, dejadme solo, y veréis cómo se precipitan sobre mí, como la jauría de lebreles sobre el jabalí de las montañas.

-Perdonad, amigo: los deberes de la hospitalidad me obligan a no abandonar la defensa de mi huésped.

-Lo que hacéis con eso D. Gastón es imposibilitarme la salida. Helos ahí inmóviles con los brazos extendidos como el roble de los Pirineos. ¡Ea pues!, o me dejáis, o les obligo a defenderse a cuchilladas.

-Más prudente me parece, Floristán, que nos aprovechemos de la circunstancia favorable del respeto y consideración que me tienen, y que escudados por mí salgáis vos y Doña Blanca de este alcázar inhospitalario.

Esta propuesta no la hizo D. Gastón en voz tan baja que dejase de llegar a oídos de la Condesa de Fox, la cual se alarmó vivamente por el aspecto que iba tomando aquella aventura.

Hallábase en un momento crítico de duda y de ansiedad.

Si permitía que los caballeros acometiesen al arrogante Capitán, eran pocas las probabilidades de buen éxito, tanto por la pujanza y valor desesperado del paladín, como por hallarse armado con todas las piezas del arnés, mientras que los demás, que no para combates, sino para fiestas y bodas estaban aderezados, vestían finas telas de lana y brocados de seda y oro. Estas probabilidades se disminuían aún con la defensa que su hijo D. Gastón prestaba a su amigo, y una madre sobre todo, no podía dar la señal de la arremetida para una lucha en que podía perecer su propio hijo.

Esto por una parte: por otra si Floristán se determinaba a seguir los consejos de su amigo, era indudable que a la sombra y protección de éste, la Princesa y él saldrían sin resistencia del alcázar.

No había tampoco esperanza, conociendo la hidalguía y resolución de su hijo de que con súplicas, o mandatos, o amenazas llegase a desistir de su tenaz empeño.

¿Qué había de hacer en este caso? Adoptando el primer camino exponía a un inminente riesgo la vida de D. Gastón, siendo fácil que los esfuerzos de los jóvenes amigos alcanzasen completo triunfo: resignándose a tomar el otro rumbo, se malograban en un instante tantos años de esperanzas ambiciosas.

Era en vano apelar a la ternura, o interponer su autoridad para con el hijo, que en pocas horas había descubierto un mundo de maldad y de crímenes, bajo el brillante aparato que le circundaba: era necesario poner en juego otros recursos; y sea dicho en honor al peligroso talento de la Condesa, ésta no tardó mucho tiempo en inventarlos.

-Hacéis muy bien caballeros, exclamó Doña Leonor con un gesto de orgullo, y dirigiendo al soslayo una mirada de desprecio al valiente Capitán de aventureros; hacéis muy bien en no querer medir vuestra noble espada con la de un villano mal nacido, de cuya ridícula arrogancia tenemos nosotros la culpa, por haberle consentido a nuestro lado.

-Señora, contestó tranquilamente Gimeno a los calculados insultos de la Condesa, sois mujer y vuestras palabras no me ofenden; pero si hay una lengua varonil que las repita, os juro que servirá de alimento a los perros de vuestra casa.

-Sin duda sabíais, continuó Doña Leonor sin contestarle, sin dirigirle una sola mirada, sin duda habéis llegado a saber, caballeros, que el famoso D. Floristán es el hijo de un miserable judío.

-¡De un judío!, exclamaron todos con horror.

-¡Hijo de un judío!, repitió Gastón mirando a su madre con más ira que respeto. Floristán, dijo luego a éste con resolución, desmentid esa calumnia, reveladle vuestro nombre.

-Sí, que la desmienta, que lo diga, que revele quién es, repitió aquella mujer en cuyo semblante se retrataba la satisfacción del ya previsto efecto que producían sus palabras.

-Hablad, Floristán, confundidlos con una palabra.

-No le llames, Floristán, que tal vez, como ése no es su nombre no quiera responderte, llámale Simón el hijo de Samuel Leví, judío de Mendavia; llámale Gimeno, con el que se bautizó después hace pocos años.

-¡Cristiano nuevo!, repitieron a una voz los caballeros.

-Sí, cristiano nuevo, pero tan bueno y tan honrado como cada uno de vosotros, exclamó por fin Gimeno ardiendo en ira, y más valiente que todos vosotros juntos.

-Sí, cristiano nuevo, repitió la Condesa con desdeñosa sonrisa, cristiano nuevo que para hacer penitencia de toda una vida de pecado mortal, mientras estuvo separado de la ley de Dios, se retira a las selvas de las Bardenas reales de Tudela y allí...

-¡Silencio!, gritó Floristán vertiendo rabia por los ojos, que como brasas se divisaban al través de los hierros calados de su visera.

-Y allí substituyó...

-Silencio por Dios, tornó a gritar el Capitán de aventureros, en voz menos arrogante.

-No, no me haréis callar, llegó la hora de revelarlo todo...

-¡Oh! Perdón, perdón... Señora!, dijo Floristán cayendo de rodillas delante de la Condesa.

-¡Levántate miserable!, no quiero que el bandido, el sucesor del famoso salteador Sancho de Rota, llegue a tocar las orlas de mi vestido.

-¡Salteador de caminos!

-¡Bandido!

-¡Sucesor de Sancho de Rota!

Estas exclamaciones que salieron de boca de todos con espanto, de la de los caballeros, de la de su amigo... y hasta de los labios de la Princesa de Viana, acabaron de aniquilarle.

Alzóse del suelo; envainó su espada, y cruzó los brazos con desesperación.

No tenía ni fuerzas, ni resolución, ni valor para marchar... no pensaba en nada: la afrenta había llegado a su colmo, y estaba a punto de caer muerto de rabia y de vergüenza.

Doña Leonor tenía a sus pies la expirante víctima; pero era una hiena que tenía la complacencia de cebarse en los cadáveres.

-¡Ahí le tenéis...! éste que se ha dado a conocer con el nombre de Floristán el día en que se vendió al servicio del Rey de Navarra, vivió mucho tiempo capitaneando a los bandidos de las Bardenas... Vos, Mosén Pierres, ¿no lamentáis todavía el saqueo de vuestra villa de Milagro?, ¿no escucháis el gemido de los sacerdotes del Señor asesinados al pie del altar, los gritos de las mujeres violadas, de los niños estrellados...?

-¡Oh! No me recordéis sucesos tan espantosos.

-Pues ahí tenéis al Capitán de aquella cuadrilla de asesinos.

-¡Señora!, exclamó Gimeno queriendo disculparse; mas el peso de la acusación era tan enorme que lo abrumaba, y no tuvo aliento para añadir una sola palabra.

-Vos, Marqués, ¿habéis olvidado el incendio de los campos de Tafalla...?

-¡Oh!, jamás.

-Pues ése que quería medir con vos su acero es el que mandaba la bandada de salvajes que en aquella confusión saquearon a las granjas de los labradores, y sus ganados y rebaños.

-¡D. Gastón, D. Gastón, defendedme!, exclamó Gimeno con la voz casi ronca y desmayada.

-¡Apártate, miserable!, le dijo su amigo volviéndole las espaldas.

-¡Doña Blanca!

La Princesa no levantó la frente al escuchar la voz de su querido.

Ya no tenía Gimeno adonde volver los ojos.

Dirigióse a la puerta de la habitación con paso firme y arrogante: parecía su continente el de un hombre tranquilo y sereno; pero dentro de la celada se ocultaba un semblante pálido como la cera y por el que resbalaban dos lágrimas de vergüenza.

Abriéronse paso los caballeros, alejándose de él, a su tránsito, como de un apestado, y salió del alcázar sin que nadie le dijese una sola palabra.

La Princesa de Viana quedó en poder de sus más encarnizados enemigos.

Las pisadas del caballo de Gimeno resonaban en los robustos tablones del puente levadizo con sordo y temeroso estruendo, y cuanta más prisa, cuanta más ansia mostraba el jinete en huir de aquel infernal castillo, tanta más lentitud, y resistencia oponía el asustado bridón para dar un solo paso.

Hundía Gimeno las punzantes espuelas de hierro que siempre se retiraban de los ijares bañadas en sangre. Relinchaba el caballo siniestramente, y encabritándose daba a entender que, maguer cansado por todo un día de jornada, no le faltaban fuerzas suficientes para dar con el despiadado jinete en tierra, si éste fuese menos diestro y robusto que el capitán de las Bardenas.

Aquella ocasión no era la más oportuna para que Gimeno se detuviese a investigar las causas de la pesadez de su caballo; la espantosa afrenta que acababa de sufrir embotaba sus sentidos, sus ideas y sus pensamientos, y se hallaba envuelto en una especie de atmósfera de vergüenza, de rabia y desesperación que le circundaba zumbándole en los oídos, como el agua en los del náufrago que perece bajo las olas.

Creó sin embargo un solo instante que el horror de una noche oscura y tempestuosa, y el sentimiento de abandonar el descanso y abundantes piensos del castillo, eran motivos más que suficientes para alejarse con pena de aquel albergue, donde al pobre caballo no le habían llamado judío, ni salteador de caminos como a su dueño.

No dejaba de ser en efecto duro y terrible eso de emprender un viaje indeterminado, en una noche tenebrosa, escuchando a lo lejos el ronco bramido de la tempestad, y sin más luz que la de siniestros y súbitos relámpagos que surcaban el cielo iluminando rápidamente la tierra silenciosa y muda de espanto; pero el bridón del Capitán de aventureros acostumbrado a pasar días y noches a la intemperie y en incansable fatiga, no debía mostrarse ahora tan cobarde ni reacio, después de dos horas de descanso: algún motivo particular debía existir que hiciese verosímil su extraña conducta. Floristán sin detenerse en su averiguación aflojó las riendas, dejándole seguir al paso que quisiese y por el camino que se le antojase. Para Gimeno todos eran iguales, todos le eran indiferentes, con tal que le alejasen del alcázar, teatro de su ignominia.

La tempestad entre tanto redoblaba sus furores y el caballo marchaba con mucha irregularidad: unas veces seguía con suavidad y con calma, y de repente se paraba y se

estremecía como si una persona se le acercase. Sintióse luego el sordo ruido de gruesas y repentinas gotas de lluvia que iban avanzando rápidamente. El caballo había pasado ya el antiguo puente de piedra del Gave: a la luz de los relámpagos podía distinguirse un país desierto, cuando en medio de los truenos resonó una voz femenil ronca y agitada:

-¿Simón?

El caballero nada escuchó: la voz de la persona que le llamaba debió sin duda confundirse con el bramido de la tempestad.

-¿Simón? ¿Simón?

Por esta vez si el jinete no pudo oír aquellos acentos, cuando menos debió percibirlos el caballo, que se quedó inmóvil como una estatua ecuestre, temblando ligeramente de los pies a la cabeza, y anegado en sudor frío.

-¡Simón, Simón!

Por fin, aquellas palabras llegaron a oídos del caballero: pero al escuchar el nombre con que su padre le llamaba en sus primeros años, cuando su razón no había sido iluminada por la luz de la fe, al escuchar su nombre de judío en medio de los rayos y de los truenos, y después de la horrible escena que le había cubierto de oprobio, creyó que el cielo le maldecía, después que la tierra le había abominado.

-Simón, hijo de Samuel, hijo de Natán, ¿qué tienes que no respondes a mi voz?

Gimeno, al escuchar el nombre de su padre y de su abuelo en aquellas regiones donde su genealogía debía ser absolutamente desconocida, se confirmó cada vez más en que era una voz celestial la que le llamaba.

Hubo un instante en que dudó de la verdad de la fe cristiana, y creyó que Dios le pedía cuenta por haber abandonado la religión de sus padres.

-¿Simón?

-¿Quién me llama?

-Soy yo, ¿no has oído nunca mi voz?

-No conozco la voz de los espíritus.

-No soy espíritu, no; soy una pobre mujer que viene siguiéndote desde el castillo.

-¿Qué quieres?, ¿limosna?, no tengo ni una moneda, ni un pedazo de pan que partir contigo. Si estás cansada monta en mi caballo y yo le llevaré de las riendas.

-De nada necesito.

-Ni yo tampoco, dijo el caballero con desesperación: estamos iguales.

-No, contestó la voz, tú tienes necesidad de mí, tienes necesidad de cualquiera, tienes necesidad de muchas cosas, y vengo a darte cuanto necesitas.

-Apártate: la lluvia cae a torrentes, quiero guarecerme en un albergue.

-Pues bien, estás a la puerta del mío.

-Déjame marchar: quiero estar solo; quiero buscar un escudero y andar errando por el mundo buscando las guerras y los combates, donde apagar la sed de sangre que me devora.

-Entra, Simón, entra en esta choza, donde hallarás el escudero que te acompañe.

-¡El escudero!, ¿le tienes tú por ventura?

-Sí, aquí te tengo a Fermín, cuyas heridas estoy curando.

-¡Cielos! ¿Quién eres tú?

-Quien ha sido testigo de tu afrenta.

-¡Gran Dios!

-Quien puede hacer que confundas a tus enemigos.

-Sí, con mi acero.

-No, con tu mirada.

-¿Qué decís?

-Quien puede sentarte sobre un trono.

-¡Oh!, sin duda está demente, exclamó Gimeno con desdeñoso acento.

-Quien puede hacerte dueño de la mujer que adoras.

-¡Gimena!

-Quien puede hacerte su esposo.

-¡Oh! Delira, infeliz, delira.

-Quien puede vengarte de todos tus enemigos.

-¡Basta, basta!, no te burles de mí.

-No, no me burlo, nada exagero: descende flor y nata de los valientes caballeros; en esta choza encontrarás un roble ardiendo en el hogar para secar tus miembros arrecidos, un lecho regalado, y abundante pienso para tu caballo.

-¿Pero quién eres tú para hacerme tales promesas?

Un rayo que vino a estallar con viva lumbre cerca de la cabaña, iluminó a los ojos de Gimeno el rostro de una anciana pobremente vestida.

El caballero, creyéndolo todo una superchería, quiso proseguir su camino sin curarse de la lluvia ni de la tempestad, cuando escuchó la voz de su escudero Fermín, que habiéndole sentido le llamaba desde el interior de la choza.

-Señor, señor, ¡voto a Cribas! Entre su merced por aquí dentro si quiere ser tratado a cuerpo de Rey.

Al escuchar Floristán la voz de su escudero no vaciló en echar pie a tierra: el caballo relinchó alegremente, y el alazán de Fermín respondió desde adentro con otro relincho no menos satisfactorio.

Al poco tiempo un mismo techo cobijaba a los tres personajes y a las dos cabalgaduras.

CAPITULO IX

Donde una judía acaba de contar la historia que dejó interrumpida cierto cristiano

Nada había exagerado la misteriosa anciana al pintar a Gimeno la hermosa lumbre de su chimenea.

Era ésta grande, espaciosa y ocupaba el pavimento de una habitación estrecha. Sendos escaños de nogal extendíanse por el frente, y a entrambos lados, y en medio ardía un haz de leña, cuya llama clara y brillante, iluminaba las denegridas paredes de la cocina.

En uno de aquellos bancos y al amor de la lumbre estaban sentados el malhumorado guerrero, que a pesar de todas las instancias de la anciana y de hallarse empapado en agua, no había querido quitarse ninguna pieza de su armadura, y en el escaño que con el suyo formaba un ángulo recto la vieja, sentada también, le contemplaba con ojos de cariño y de curiosidad.

El escudero Fermín, tendido en un lecho tan duro como pobre, en una habitación inmediata a la cocina, después de haberse incorporado en él para abrazar a su amo, quería que éste le diese más conversación de lo que su mal humor le permitía; pero la vieja, aconsejando al herido mucho silencio y reposo se llevó a Gimeno al hogar, donde tenía que hacerle las más importantes y extrañas revelaciones.

-Has conseguido ya cuanto querías, dijo el guerrero con alguna aspereza a la anciana hospitalaria: heme ya dentro de tu casa, atraído como el pájaro por el reclamo de tus descomunales y disparatadas ofertas. ¿Qué me quieres?

-Que me escuches.

-Si has presenciado o has sabido cuanto me acaba de suceder en el castillo, ya supondrás que mi situación no es muy holgada para entretenerme en oír impertinencias.

-¡Simón! Con mucha dureza y poca cortesía tratas a una amiga de tu padre.

-¡De mi padre!, exclamó Gimeno cubriéndose por un instante con el carmín de la vergüenza.

-Sí, de tu padre ¿Jamás le has oído el nombre de su amiga? ¿Es posible que fuese tan ingrato que nunca en sus hogares haya resonado el nombre de Raquel?

-¡Raquel! ¡Señora! ¿Sois vos?, exclamó el guerrero poniéndose de pie, y tomándola respetuosamente la mano.

-Sí: yo soy Raquel, reputada aquí por hechicera; yo soy Raquel que siempre te ha querido con el cariño de madre, la que te abandonó desde el momento en que abrazaste la religión de nuestros enemigos, y la que sin embargo no ha podido ser indiferente al oprobio con que te han cubierto, y ha sentido renacer en su pecho el antiguo afecto y ha resuelto vengarte elevándote sobre todos los que te persiguen.

-¡Ah!, ¡Señora!, cuando el corazón de un joven acaba de sufrir los primeros desengaños, es muy grato el encontrar ilusiones que sustituyan a las que ha perdido. Acabo de perder un ángel que adoraba, un amigo en quien creía; pero si encuentro en vos una madre, este hallazgo me hará menos insoportable el vacío que me circunda. En esto sólo se cifran mis deseos; aquí mueren ya mis esperanzas: las promesas que me hacéis no son más que sueños que pueden distraer un momento la imaginación de un niño.

-Simón, exclamó la vieja con firme acento: no son sueños.

-Pues qué, ¿tal vez con vuestras hechicerías pudierais conseguir...? Advertir, Raquel, que soy cristiano y que mi religión rechaza semejantes medios.

-No es por encantamiento; no es por malas artes, como debes tú subir al trono al par de la mujer que te ama. Escucha.

Gimeno aproximándose cada vez más a la anciana preparóse a oír con silencio religioso.

Raquel continuó en estos términos:

-Uno de los señores más poderosos de la tierra amaba a una mujer, a quien, si él excedía en grandeza, nadie podía igualar en hermosura. Esta mujer tenía otro amante tanto más celoso cuanto menos era por ella correspondido: vivía la dama en un arrabal de Nápoles, donde el dichoso galán solía verla todas las noches, a hurto y recato del mundo entero, que ignoraba estos amores. Yo sola los conocía: yo sola supe que la hermosa dama estaba próxima a ser madre; pero el amante desdeñado llegó también a sospecharlo y una noche después que la infeliz dio a luz un hermoso niño, llamaron a la puerta con golpes apresurados. Todos los de la casa suponíamos que fuese el padre, que en alas de su impaciencia venía a estrechar contra su seno al hijo recién nacido; cuando apareció en el umbral de la puerta el celoso y aborrecido amante, que subiendo apresuradamente a las habitaciones interiores, loco de celos y de furor al saber la verdad del caso, atravesó con su daga a la madre desventurada, que después de sus acerbos dolores apenas había tenido tiempo de estampar un beso en los labios de su hijo.

-¡Cielos!, ¡qué horror!

-El bárbaro no quiso perdonar tampoco a la inocente criatura, y con el hierro teñido en la sangre humeante de la madre, fue a traspasar al hijo; pero echándome yo encima y desviando el golpe, por fortuna sólo pudo alcanzarle ligeramente en uno de sus brazos.

-¡Gran Dios!, exclamó Gimeno, poniendo involuntariamente la mano cerca del hombro izquierdo.

-¿Qué haces?

-Ayudadme, Señora, a desnudar este brazo: creo que debo tener aquí una cicatriz...

-La he visto muchas veces, contestó Raquel sonriéndose cariñosamente.

-¡Oh! continuad, continuad, por Dios esa historia.

-En los momentos de rabia, y de furor, cualquier pequeño obstáculo que se atravesase suele contener el crimen, suele atajar el curso de la desgracia; así fue que mi cuerpo interpuesto entre el acero del homicida y el inocente niño bastó para salvar a éste la vida, cuando con un solo golpe pudiera haber hecho dos víctimas a un mismo tiempo. Horrorizado el asesino de sus atentados huyó apresuradamente, dejando anegado en su propia sangre el cuerpo de la madre, que en los esfuerzos para conservar la vida y en las convulsiones de la agonía saltó del lecho viniendo a expirar en medio del aposento. Esperaba yo que de un instante a otro apareciese el padre demandándome a voz en grito por su amante idolatrada: era yo hebrea, y los demás cristianos: el padre ignoraba hasta la existencia de otro rival, las sospechas del asesinato podían recaer sobre mí; todos los de nuestra religión hemos solido ser tratados bárbaramente por los cristianos; me horrorizaba la idea del tormento y sentía que se me despegaban las carnes al presumir que después de horribles padecimientos podía expirar en una hoguera; tomé pues, al recién nacido entre mis brazos: recogí la daga del asesino, los papeles y cartas de la madre, sus alhajas, todo cuanto pudiera en fin justificarme, probar el origen y nacimiento del niño, y asegurar su vida y la mía. En aquella misma noche tuve facilidad de embarcarme en una galera que salía para Barcelona: allí encontré a mi hermana Sara, casada con un judío llamado Samuel Leví que había venido desde Navarra para asuntos del comercio, y manifestándome entrambos que hacía muchos años que estaban casados sin sucesión, siendo la esterilidad la nota más infame para los judíos, me suplicó le concediese aquel niño el cual pasaría por hijo suyo, cuando transcurrido algún tiempo se restituyese a Navarra con su mujer. Juzgué que no había medio más a propósito para encubrir el rapto todo el tiempo que me pareciese conveniente. Cediendo pues a esta consideración, y a sus dádivas y galardones, consentí en desprenderme del niño, para que Samuel y su mujer lo cuidasen como hijo. Tenía también un verdadero placer en que aquella criatura que había nacido para ser enemiga de nuestra religión, fuere instruida y educada en ella por mis hermanos. Frecuentemente iba a verla en sus primeros años y a cerciorarme de su felicidad, y como ésta fuese completa, no quise turbarla con importunas revelaciones. Creció el niño; hízose gallardo mozo, y como si un destino fatal pesase sobre su frente, el que había nacido para ser cristiano, se convirtió a esta religión apenas pudo disponer libremente de su persona: desde entonces lo abandoné, desde entonces abandoné a sus padres.

-¡Cielos!, exclamó Gimeno que había escuchado a la hebrea con la más viva ansiedad, ¿pero ese niño soy yo?

-Tú lo dices.

-¿Quién es mi padre? ¿Quién fue mi madre?

-Tu madre se llamaba Catalina Marini.

-¿Y mi padre, quién es mi padre?

-Tu padre se llamaba Alfonso el *Magnánimo*, Rey de Nápoles y de Aragón.

-¡Gran Dios!, ¡hijo de un Rey! ¿Y lo habéis callado tanto tiempo? ¿Dónde, dónde están esos papeles? ¿Dónde están esas pruebas? Dádmelas al punto; vengan pronto: son míos, a mí me pertenecen.

-Esos papeles no están en mi poder.

-¿Quién los tiene?

-Doña Leonor de Fox.

-¿La Condesa?

-Sí.

-¡Mi mortal enemiga! ¡Necio de mí, que he creído un solo instante en mi dicha, cuando está vedada para mi corazón! ¿Pero cómo me habéis desposeído de mis títulos de mi nombre, de mi familia? ¡Oh! ¡pronto, pronto, esos papeles! exclamó Gimeno cogiendo a Raquel por la garganta: ¡Volvedme al punto lo que me habéis robado, o habréis de perecer a mis manos!

-¡Apártate, insensato!, exclamó con amargura y calma la judía, no pagues con un crimen inútil el servicio de haberte salvado la vida exponiendo la mía. Yo te abandoné, te aborrecí desde el momento en que te hiciste cristiano, desde el momento en que pasaste al bando de nuestros eternos perseguidores. Tenía yo estrechas relaciones con la Condesa, llegó ésta a traslucir algo acerca de los documentos que conservaba; me los pidió con ahínco; me ofreció por ellos tesoros inmensos, y en un momento de codicia y de despecho, puse todos los papeles en sus manos. Pero hoy te he visto, y mi antiguo cariño se ha despertado al ver la iniquidad de la Condesa, y al ver tu oprobio y tu vergüenza. ¡Simón, hijo mío!, todo el prestigio de que gozo entre la crédula muchedumbre, todas las riquezas que he estado amontonando hace tantos años, están destinadas a recobrar tu honra, a confundir para siempre a tus enemigos. Mañana partirás a las Bardenas donde has dejado tu compañía de aventureros, y si consigues que muden de bandera y se vuelvan contra el partido beamontés, vienes con ellos al castillo, libértas a la Princesa de Viana; yo estaré dentro y os proporcionaré la entrada. Doña Blanca es la Reina legítima de Navarra: arrancamos a la Condesa tus papeles; pruebas con ellos ser hijo de un Rey, con la ayuda de tu brazo la sientas en el trono de Pamplona y después...

-¡Oh! basta, basta: ahora mismo voy a partir.

-Sé prudente, Gimeno: descansa esta noche; deja reposar a tu caballo; conviene obrar con toda mesura; el hijo de un Monarca no es el Capitán de aventureros.

CAPITULO X

De cómo el capitán de aventureros entendía muy poco en achaque de arengas

Cuatro días después de estos últimos acontecimientos el Capitán y su escudero llegaron a las selvas de las Bardenas.

En el fondo de un pequeño valle circundado de peñascos y atravesado por un arroyo, habían establecido los aventureros su campamento, no formado por blancas tiendas de campaña, sino por chozas construidas repentinamente con ramas de árboles y hojarasca, con tanto gusto y primor como pudiera hacerlas el salvaje de más rudo entendimiento.

Estaban a la sazón muy ocupados en degollar todo un rebaño de carneros, que atravesados en rústicas estacas se asaban luego a campo raso. Desliaban otros robustos pellejos de vino de Peralta, que probablemente habían adquirido al mismo precio que la carne, y no lejos de cada rancho se alzaban sendos rimeros de pan blanquísimo, dando a sospechar por sus variadas formas, que habían pertenecido a distintos dueños, a quienes nuestros aventureros habían ahorrado el trabajo de comerlo.

Un enjambre de mendigos pululaba pidiendo limosna entre los soldados, los cuales solían dársela con más largueza y caridad que algunas personas ricas que en el mundo pasan por honradas, y un hormiguero de chicuelos tan hambrientos como rotos, no teniendo sin duda la paciencia necesaria para esperar la respuesta cuando imploraban su caridad, tomaban buenamente lo que les hacía falta echando a correr con un pan o con una pierna de carnero, como un gato a los desvanes después de haber espumado las tajadas de la olla.

Los soldados que no se ocupaban del importante servicio de los ranchos, solían descansar de sus fatigas tirando a la barra no muy lejos de la lumbre, menos sin duda alguna por el calor que pudiera proporcionarles, como por el olor del asado que trascendía admirablemente por todo el campamento.

Después de clavar los ojos los jugadores donde la barra había hincado la punta, los volvían instintivamente hacia el asador; quienes por calcular por el color de la víctima el tiempo que podría faltar para consumarse el sacrificio, y quienes por una razonable dosis de temor y desconfianza de que aquellos de sus compañeros que no estaban entretenidos en ejercicios gimnásticos, hiciesen desaparecer la vianda en un abrir y cerrar de ojos, dando sepultura a los muertos en sus estómagos por hacer siquiera alguna obra de misericordia.

Otros, más aficionados a la vida sedentaria, se entretenían jugando a los dados: algunos cantaban al son de una mala guitarra; estos otros disputaban, aquéllos reñían, y todos

armaban tal estruendo y algarabía, que resonaban en las aldeas inmediatas como los aullidos del lobo en el redil cercano.

De repente cesó este rumor: se suspendieron los juegos; se aplazaron las disputas; se olvidaron los asados, no sin peligro de su buena sazón y condimento, y en todo el valle no resonó mas que una voz que decía:

¡El Capitán!, ¡ya viene el Capitán!

Todos corrieron a su encuentro.

Apareció en efecto Floristán caballero en su morcillo, y después de haberles saludado familiarmente conforme se le acercaban, llamando a cada cual por su nombre, y después de haberse informado de su segundo, que había quedado haciendo de jefe durante su ausencia, de las novedades ocurridas, como hombre que no tiene mucho tiempo que perder, se apresuró a decirles que quería comunicarles un negocio importante, para lo cual le suplicaba le prestasen oído atento.

Formó un ancho círculo la compañía de aventureros en cuyo centro habían quedado solos el Capitán y su escudero, montados siempre en sus entrañables cabalgaduras.

Tosió Gimeno tres veces; alzó cuanto pudo la visera desde su casco, que ya tenía levantada; se puso encarnado, y luego amarillo, y después verde, llevando trazas de reflejar en su rostro todos los matrices del iris y se afirmó en los estribos, descansando sobre su lanza; señales todas, según la feliz expresión de las crónicas de aquellos tiempos, *de su poca práctica parlamentaria*, y con voz hueca, aunque no muy firme, exclamó por fin:

-¡Compañeros!, no hace mucho tiempo que éramos salteadores de caminos, llevábamos una vida de mil demonios: agitada, llena de sobresaltos, llena de inquietudes, llena de privaciones, llena de... llena de...

-Rompa vuestra merced, gritaron unos.

-¿A dónde irá a parar?, decían otros.

-¿Estamos en cuaresma?, preguntaban aquéllos.

-Pues sabes tú, observaba el de más allá, ¿sabes tú que, respetando la opinión del Capitán, aquella vida no me parecía tan mala?

-¡Qué vida!, ¿la de bandidos?

-Es claro, le respondía, entonces todo era nuestro y ahora no tenemos más que lo que el Rey nos da.

El amor propio de autor podía ofuscar a Gimeno hasta el punto de confundir aquellos murmullos con los rumores de aprobación que suelen resonar en las asambleas al final de algunos períodos; pero Fermín que los estaban observando con imparcialidad, quedó muy descontento del exordio, y no pudo menos de decir al caballero por lo bajo:

-Señor, pocas palabras y al alma.

-¿Que quieres, impertinente?, le dijo en áspero tono el Capitán.

-Déjese vuestra merced de retóricas, y hábleles como Dios manda.

-Pero ¿cómo manda Dios que les hable, charlatán?

-Señor, Dios manda que hable cualquiera de modo que se le entienda.

-Ahora lo veremos.

Y extendiendo el brazo el Capitán de aventureros impuso silencio a la muchedumbre, y exclamó con enérgica franqueza:

-Compañeros, en resumidas cuentas, quería decir que de ladrones nos hicimos Agramonteses, y en esto ganamos mucho para con Dios: ¡qué diablos!, ¿no podemos proseguir ganando en paz, en tranquilidad, en buena opinión y fama, pasando a ser de Agramonteses Beamonteses; es decir, de partidarios de un Rey tiránico y usurpador, a defensores de una Princesa inocente, a quien de derecho pertenece la corona de Navarra? ¿No sabéis que el sucesor legítimo de Carlos el noble, era su nieto el Príncipe de Viana, y que muerto el Príncipe el cetro debe pasar a manos de su hermana Doña Blanca?

Los murmullos con que fueron acogidas estas palabras dieron a conocer al caballero, que su auditorio no estaba dispuesto para recibir una lección tan profunda de derecho público constitucional.

Los soldados se quedaron en ayunas acerca del discurso; pero no querían quedarse ayunos de carne, de pan y vino, y volvían con impaciencia los ojos al asador diciendo entre sí:

-Manosargas, ¿no sientes cierto olorcillo a quemado?

-¡Toma si lo siento!, como que se está poniendo la carne como el carbón!

-¡Lástima de reses! Si dura mucho la plática...

-Oyes, Milhombres, decía el otro ¿quién ha recogido el dinero del juego?

-Allí quedó sobre el atambor.

-Mira que no se haga noche.

-Esto lleva trazas de durar todo el día y ¡voto al diablo! si sé a que vienen al caso estas arengas.

-Compañeros, gritó el Capitán por tercera vez con un arranque ciceroniano, ¿qué es esto? ¿qué es lo que están viendo mis ojos? ¿Desdeñáis seguir a vuestro Capitán?

¿No queréis pelear bajo mi bandera? cuando yo voy a defender a la Princesa, ¿dejaréis solo al que tantas veces os ha llevado a la victoria? Cuando yo me paso al bando de Beaumont, ¿seguiréis siendo vosotros Agramonteses?

-Señor Capitán, exclamaron unos, dejémonos de Beamonteses y Agramonteses; volvamos a ser ladrones mondos y lirondos, y seguiremos a vuestra merced al cabo del mundo. ¿Qué se nos da a nosotros ni por el Rey ni por la Princesa?

-¡Sí, sí, bandidos!, gritaron todos; ¡bandidos y no soldados!

Íbase poniendo aquello de mala data y tenía trazas de acabar de no muy buena manera, si el escudero Fermín que estuvo dando marcadas muestras de impaciencia y desagrado, tomando a su cargo el enmendar la plana al caballero, no hubiese exclamado:

-¡Silencio, muchachos!, ¿de qué se trata?, ¿a qué vienen esos aspavientos?, ¿sabéis lo que quiere decir el Capitán? Pues en cuanto lo sepáis os habéis de chupar los dedos tras del bando Beaumontés. El Capitán quiere que si ahora gritamos viva el Rey D. Juan II porque nos da para todos veinte mil florines, gitemos en adelante viva Doña Blanca, porque el Capitán nos ofrece cuarenta mil.

-¡Cuarenta mil florines!, exclamaron con asombro los bandidos. ¿Es eso cierto, señor Capitán?

-Eso es lo cierto, contestó Gimeno, comprometido ya por la oferta de Fermín, y no pudiendo menos de rendir un tributo de admiración a la elocuencia de su escudero.

-¿Lo promete vuestra merced?

-Lo prometo.

-¡Pues acabáramos con mil pares de demonios! hubiera dicho eso vuestra merced desde el principio y se ahorrara de muchas palabras.

-¡Viva nuestro Capitán!

-¡Viva Doña Blanca!

-Ea, pues, no perder tiempo, gritó Gimeno alborozado, vais a venir conmigo: vais a pasar por montes y breñas hasta el Principado de Bearn; allí entraremos disfrazados, y con todo sigilo; el día menos pensado hemos de asaltar un castillo para libertar a la Princesa que gime cautiva dentro de sus muros.

-Señor, le dijo Fermín, la señora Princesa ya podrá esperar siquiera a que la tropa coma su rancho.

La observación del escudero fue recibida con visibles muestras de asentimiento que resonaron en todos los extremos del campo.

Fermín no pudo menos de sonreírse al ver subir como la espuma su popularidad y la fama de su elocuencia.

El Capitán les concedió dos horas para comer y levantar el campo, y a las dos horas y media no había en aquel valle más que alguna docena de mendigos que andaban husmeando y recogiendo los restos del banquete.

CAPITULO XI

De cómo Doña Blanca de Navarra se entretenía en el castillo de Orthés y de las visitas que allí tenía

Volvamos ahora a la Princesa de Viana, a quien dejamos en poder de la implacable Condesa de Fox, que por medios tan infames la había separado del Capitán de aventureros, cuya elevada cuna, según hemos dicho, no le era conocida.

Anonadada Doña Blanca por aquel terrible golpe, dejóse conducir maquinalmente por Doña Leonor, que la presentó con el hábito de religiosa en medio del sarao, haciendo creer a todos que había renunciado no sólo a la corona de Navarra, sino también a las pompas mundanales. Pero cuando la Princesa, conociendo esta superchería, quiso revelar a todos los concurrentes que aquel hábito se le había hecho vestir a la fuerza, que jamás sus labios, ni menos su corazón habían pronunciado voto alguno; cuando quiso ponerse el traje que le correspondía y protestar contra la violencia de sus enemigos, Doña Leonor la condujo a un aposento retirado, y dejándola en él, cerró las puertas asegurándolas con llaves y candados.

Tornó después serena y tranquila a los salones del convite manifestando a los que habían notado la desaparición de la Princesa, que no permitiéndole la austeridad de su nueva vida participar del bullicio y deleites de los festines, se había retirado a pedir al cielo concediese la mayor ventura a los desposados, cuyo enlace habla querido autorizar con su presencia, dando al mismo tiempo una prueba irrecusable de su reconciliación con su hermana.

Los pocos caballeros que conocían la verdad del hecho, estaban interesados en ocultarla, y de esta manera, y merced a tanta hipocresía, a tanta audacia y a tanta maldad, la Condesa de Fox había conseguido cuanto quería. A los ojos del mundo, su hermana había renunciado la corona, y para hacer real esta aparente renuncia tenía en prisiones a la Princesa.

Algunas semanas han pasado después de estos acontecimientos.

Doña Blanca de Navarra vestida ya en traje seglar permanece desde entonces encerrada en un estrecho aposento de la torre del castillo, cuya desmesurada elevación, dobles rejas de hierro y robustos muros desvanecían toda esperanza de fuga.

Solía asomarse a la estrecha ventana de su prisión, fijos siempre los ojos en el camino de Navarra, esperando ver ennegrecida la línea blanca que se destacaba en medio de las montañas, por los tercios Beamonteses que habiendo defendido los derechos al trono de Carlos su malogrado hermano, era de presumir viniesen a libertarla de aquel triste calabozo.

Esperaba también que un gallardo caballero, armado de todas armas y calada la visera para ser desconocido, rondase el alcázar procurando adquirir noticias de la prisionera.

En la exaltación de sus ilusiones creía ver y distinguir al arrogante Gimeno vagando al pie de las murallas; y no pocas veces el silbo de los vientos, el susurro de las auras y el aleteo de las aves, le parecían los acentos de su amante, que a media voz la llamaba desde el profundo abismo de la tierra.

A tantas ilusiones desvanecidas, a tantas esperanzas frustradas, sucedía luego un amargo desaliento; y siempre fija en la defendida ventana clavaba en el cielo sus ojos, turbios con el raudal perenne de sus lágrimas, y al cruzar una blanquísima paloma por el espacio, creía ver el alma de su Gimeno sacrificado bárbaramente por sus enemigos, el alma enamorada del paladín que le decía: «Ven, apresúrate a morir: sólo en el cielo podemos ser afortunados».

Otras veces se persuadía de que el Capitán la había olvidado para siempre, y que para siempre la abandonaba al rigor de su estrella. Entonces Doña Blanca no podía sufrir la luz, ni la vista de la campiña, ni el ambiente que del mundo libre penetraba: retirábase de la ventana, sepultábase en el rincón más oscuro del reducido aposento, desdeñaba el escaso alimento que se le ofrecía, y no había para ella más consuelo que la triste esperanza de una muerte cercana.

Así pasaba las eternas horas de su prisión, alternando en estos pensamientos que alguna vez solían ser interrumpidos por las importunas visitas de la Condesa.

Cierta noche creyó distinguir a la claridad de la luna un guerrero de altivo continente, que con los brazos cruzados y melancólico ademán, observaba las saeteras y góticas ventanas de la torre. Aunque tantas veces se había presentado a sus ojos tan engañosa como querida imagen, no vaciló un instante en agitar un lienzo blanco sacando su mano por las rejas. Nadie sabe cuán elásticas son las esperanzas de un prisionero: parece que han llegado a su término; creemos imposible que se puedan prolongar; los desengaños vienen unos en pos de otros, de día en día, de hora en hora, y la esperanza siempre sobrevive; y cada vez que se abre la puerta y percibimos el ruido de los cerrojos, se nos figura ser causado por la mano bienhechora de nuestro libertador.

Le pareció a la Princesa que el caballero se postraba de hinojos, y que alzando las manos al cielo las ponía después sobre su corazón, y luego sobre la cruz de su espada, como si jurase defender a la cautiva, y arrancarla de sus prisiones; alejándose lentamente con paso tímido, siguiendo a un bulto que se le había aproximado.

Aquella noche, sólo después que la luna fue a sepultar su argentado disco en los mares cantábricos, quedando la tierra en completa oscuridad, pudo la Princesa retirarse de la ventana, no para dormir, sino para entregarse embebecida a dulces pensamientos.

Al amanecer tornó a colocarse en el sitio de costumbre: sus miradas querían encontrar en todas partes al desconocido de la noche anterior, y al cabo de muchas horas de inútiles pesquisas sintió el ruido de los candados de la puerta del aposento.

Apartóse de la ventana: dio algunos pasos hacia adelante, creyendo firmemente que aparecería el guerrero en el umbral, pero no pudo menos de lanzar un suspiro cuando vio entrar a una dama de altivo y desdeñoso continente.

Era su hermana la Condesa de Fox que por última vez venía a proponerla firmase la renuncia al trono, so pena de privarla hasta del consuelo de asomarse a la ventana, el único que hasta entonces había podido dulcificar un tanto sus amargas penas.

La resistencia de Blanca fue como siempre enérgica y vigorosa: en la misma irritación de la Condesa, en su misma cruel determinación traslucía la verdad de sus sospechas, y nunca se creyó menos distante de su libertad que cuando tan bárbaramente debía ser tratada.

Rasgó Doña Blanca el pergamino que su hermana le presentaba para que firmase la renuncia; pero no pudo menos de estremecerse, cuando al salir Leonor del aposento le dijo con amarga sonrisa:

-¡Oh!, te veo muy orgullosa, porque tienes un amante a quien idolatras, esperas deberle nuevamente tu salvación. ¡Oh!, ya no debes temblar por ti... tiembla también por tu amante idolatrado.

Las penas y las angustias de la Princesa se redoblaron con estas amenazas: creyó firmemente que el guerrero de la noche anterior era Gimeno, y que al hacer alguna tentativa para salvarla había caído en manos de la Condesa.

Agitada por estos pensamientos no sintió abrir una puerta perfectamente disimulada en la pared, por la cual entró un caballero de elevada estatura y embozado hasta los ojos en una capa de color oscuro.

Al verle Doña Blanca no dudó que fuese Gimeno, y con el acento alegre a un tiempo y asombrada exclamó:

-¿Gimeno?

El embozado permaneció inmóvil.

-¿Gimeno?, prosiguió la Princesa creyendo que el silencio del caballero denotaba resentimiento por la conducta por ella observada el día de su afrenta. ¿Es posible que después de tantos días de separación, después de los martirios que he sufrido no me hayas de perdonar un solo instante de falta de valor? ¿Es posible que no tengas una mirada de ternura y de compasión para la pobre Gimena...?

-¡Basta, señora, basta!, no desgarréis mi corazón con vuestras palabras, dijo el embozado con ira reconcentrada y arrojando la capa al suelo.

-¿Gastón?, exclamó la Princesa con terror.

Era en efecto el hijo de la Condesa, que por primera vez aparecía a los ojos de Doña Blanca, después de aquella noche terrible en que la conoció para su daño.

-Ya lo veis: no es vuestro Gimeno, repuso el caballero con amarga sonrisa, no es el Capitán de forajidos; no es el judío de Mendavia.

-¿También vos venís a insultarme? ¿También vos venís a deleitaros en los tormentos de una mujer?

-Señora, por piedad, conteneos: destrozáis mi corazón con sospechas humillantes: yo he nacido para amaros, y si supierais...

-Nada quiero saber, contestó con energía la Princesa. Los mármoles de estas bóvedas deben caer sobre otros al resonar tan sacrílegos amores.

-¡Ah! no busco amores, exclamó Gastón con profunda melancolía; el amor se seca a mi aliento pestilente, como las flores a los vientos abrasados del estío: yo le he buscado como quien busca las perlas en el centro de un vértigo furioso, como quien busca un tesoro en las entrañas de un volcán inflamado.

-Huid de aquí: temo que un rayo se desprenda de la mano de Dios...

-¿Y qué?, ¿merezco que se estrelle contra mi frente? Desde el momento que os vi, estoy luchando con esta pasión infernal, y nadie ha podido apartarme de en torno de este aposento adonde un destino irresistible me arrastraba. Horas enteras he permanecido delante de esa puerta, escuchando el grito de mi insensata pasión que me decía: ¡adelante! y obedeciendo a la voz de mi conciencia que me gritaba: ¡detente!

-¡Desgraciado!

-¡Señora, cuál de las dos ha sido obedecida! ¡Ah! Si sabéis amar, sabréis apreciar mi resistencia: una madre cruel os dirá tal vez que la ambición era una furia que se abrigaba en mis entrañas: víctima soy de la ambición pero no de la mía. ¡Señora!, ¿por qué fatalidad no os he visto nunca hasta el siguiente día de estar unido a otra mujer con lazos indisolubles?

-Bien lo veis, es inevitable vuestra suerte; pero si sabéis sofocar esa pasión dentro del pecho, os espera una corona inmarcesible.

-Sí, Doña Blanca, sí, no penséis que he sido fuerte tantos días para ser débil un solo instante. ¿Cómo pudiera presentarse a vuestros ojos el que tanto os ama, sino para deshacer con sus manos la obra de la iniquidad que han labrado las manos de su madre?

-¡Gastón!, ¡amigo mío!, exclamó Doña Blanca con reconocimiento: ¿podré esperar de vos...?

-Al menos, decía yo, al menos que no me aborrezca: que la memoria que de mí le quede en los días de su felicidad, pueda hacerle derramar una lágrima para un desdichado. Éste es el objeto de mi venida; os veo por última vez en mi vida; vos que amáis, sabréis el valor que tienen estas palabras. ¡Adiós, Doña Blanca, adiós para siempre!

-¿Pues qué, me dejáis abandonada y sola?

-No: yo, que os adoro con delirio, os dejo con el que os ama.

Dijo D. Gastón, y tornándose a embozar en la capa abrió la puerta secreta, desde la cual se precipitó Gimeno a los brazos de la Princesa.

A los pocos momentos se apartó Gimeno de sus brazos.

D. Gastón había desaparecido.

CAPITULO XII

En que se manifiesta que al capitán de aventureros no se le pudrían los secretos en el cuerpo

Grande fue el gozo de los amantes cuando por un impulso maquinal se estrecharon mutuamente; y sin temor de ser desmentidos podemos asegurar, que en aquellos momentos supremos, ni Doña Blanca se acordó que tenía en sus brazos al hijo de un judío, ni Gimeno de que abrazaba a una Princesa.

Un silencio profundo reinaba bajo las bóvedas de la cárcel, interrumpido sólo por algunos suspiros y sollozos que iban taladrando el corazón del celoso mancebo Don Gastón de Fox, que tras de la puerta los estaba escuchando. Pero el desdichado amante no podía presumir que en medio de aquellos deliquios amorosos recordase Doña Blanca su nombre con gratitud, creyendo con fundamento que a él era deudora de la dicha que disfrutaba, y esperando secretamente que quien tan blando se mostraba para abrir las puertas a un rival, no las cerraría cuando salir quisiese por ellas, la que tanto quería y respetaba.

Después de mutuas exclamaciones, en las que el nombre de Gimeno y de Gimena era por entrambos dulcemente repetido, el enajenamiento dio lugar a la razón y ésta a la circunspección y a la modestia, y aun diremos también al rubor y a la vergüenza.

Nunca sin embargo el Capitán de aventureros había andado tan atrevido con la señora de sus pensamientos, y bien a las claras se veía el influjo que la revelación de la anciana Raquel ejercía en su ánimo, como quiera que, fuere por falta de pruebas o por hacerlas del cariño de su amada, hubiese resuelto ocultar a la Princesa el esplendor de su regia cuna.

-Perdonad, señora, perdonad, exclamó Gimeno, y estas son las primeras palabras textuales que han conservado las crónicas de aquel tiempo: no merezco tocar el polvo que huellan vuestras plantas, y sin embargo me habéis elevado hasta vuestros brazos.

-Sí, contestó Doña Blanca, encendiéndose con el delicado carmín del rubor; ambos hemos cometido una falta... ¡pero será la postrera! ¿Qué quieres? añadió después con el acento digno de la majestad y de la inocencia desgraciada, ¿qué quieres, que buscas aquí?

-¡Morir con vos, señora, morir o salvaros?

-¡Morir!, dijo la Princesa con espanto, me haces temblar. ¿Qué nuevos peligros me amenazan?, ¿quién te ha conducido a mi aposento? ¿Es un amigo que quiere proporcionarme un defensor, o es un enemigo que nos ha hecho caer en este lazo para mejor perdersos?

La Princesa recordaba entonces las amenazas de su hermana cuando tuvo la imprudencia de revelarle que tenía un amante, y se estremeció visiblemente. Quería sin embargo manifestarse serena, pero a su despecho Floristán escuchaba los latidos de su corazón agitado.

-Amigo o enemigo, tendrá que dejaros salir de esta prisión, porque vuestra vida está tan peligrosamente amenazada que mi único temor era de llegar tarde para salvaros. Sabed, señora, que vuestra hermana os está preparando la muerte.

-¡Cielos!, ¿mi hermana?, exclamó con terror la prisionera retrocediendo algunos pasos: ¡no puede ser!... ¿Mi hermana misma?, ¡es imposible!

Y como a pesar suyo, cada vez que repetía: ¡es imposible!, su imaginación se lo presentaba como más fácil, su peligro más inminente, y el miedo y el horror se apoderaban de su corazón.

-No, no es imposible, señora. Desde el momento mismo en que conocí vuestra regia dignidad, maldije a la suerte que me había colocado en un bando contrario al vuestro y resolví que mi espada siguiese en adelante los impulsos de mi corazón... Mas perdonad, señora... este lenguaje... este recuerdo...

Doña Blanca no se atrevió a animarle con una palabra; pero le animó con una mirada que descendió a su corazón como un licor balsámico y espirituoso que fortalece nuestro cuerpo lánguido y desmayado.

-Me hice Beamontés, señora, prosiguió el aventurero; porque los Beamonteses hacen la guerra al Rey vuestro padre, y a vuestra hermana la Condesa. Me puse en relaciones con el Conde de Lerín, con el gran Prior de San Juan, con D. Carlos de Artieda y con los principales caudillos de este bando; ellos me han revelado crímenes horribles perpetrados por los que os tienen en su poder. Su ambición no tiene límites, y los que han herido de muerte a vuestro malogrado hermano el Príncipe D. Carlos, porque era un obstáculo para la posesión tranquila de la corona de Navarra, los que no han respetado un varón tan insigne que contaba con ejércitos numerosos, menos respetarán a una infeliz mujer que ha recogido con la herencia del hermano los odios de toda la familia.

-¡Dios mío, Dios mío!, exclamó la Princesa pálida como la muerte, con que mi pobre hermano Carlos...

-Ha muerto envenenado.

-¡Envenenado!

-Por vuestro mismo padre, por vuestra misma hermana.

-¡Oh! no es... ¡imposible!... ¡me engañas!

-¿No lo creéis?

-No lo puedo creer.

-Pues bien, creed a vuestro mismo hermano.

-¿A mi hermano?, ¡pues qué!...

-Vuestro hermano os ha escrito esta carta que tengo el honor de poner en vuestras manos.

Y sacando el Capitán de su escarcela un pergamino enrollado, se lo entregó respetuosamente a Doña Blanca, que leyó con la mayor agitación las siguientes palabras.

«Hermana querida: Te dejo heredera de todos mis derechos

y con ellos tal vez de todas mis desgracias. Guárdate principalmente de los que más deben amarte, si no por conservar una existencia que tampoco lo merece, cuando menos por evitarles el horrendo crimen que cometen con tu desgraciado hermano».

«CARLOS».

«Barcelona 23 de septiembre de 1461, día de Santa Tecla, especial abogada de la buena muerte».

-¡Pobre hermano mío!, exclamó la Princesa con débil y dolorido acento, que vino a expirar delante del pergamino que puso respetuosamente en los labios; y quedó sumergida en el silencio del dolor.

Pero luego añadió de repente temblando de pies a cabeza, mirando a todas partes con inquietud y desasosiego.

-Entonces es preciso que huyamos de aquí a todo trance: el pan que coma, el agua que beba, el aire que respire puede estar emponzoñado. ¡Y habré de morir, Dios mío!, prosiguió con abatimiento. ¡Yo que no he hecho mal a nadie, moriré sin haber disfrutado un solo día de ventura!

-Salvaros es el único objeto de mi venida, le dijo Floristán con firme acento.

-¡Ah!... ¡siempre tú!, exclamó la Princesa, dirigiendo al Capitán una mirada más que de gratitud.

-Aquí tenéis, añadió Gimeno, aquí tenéis mis vestidos; disfrazada con ellos, embozada en esta capa, atravesad esa puerta a favor de la noche y dejaos conducir por la persona que me ha traído hasta aquí: la escalera es oscura, angosta, pendiente, no despleguéis vuestros labios, y estad segura de que no seréis reconocida. A la puerta del castillo encontraréis dos hombres embozados, decidles al oído estas palabras: «hasta que la encuentre»; son la divisa de mi escudo, nada temáis, fiaos de ellos... son dos amigos de confianza, os llevarán hasta una choza donde vive una judía reputada por hechicera. Allí encontraréis parte de mis soldados, ellos os servirán de escolta para entrar en Navarra, y gritando el apellido podéis levantar a todo el reino, y sentaros en el trono para el que habéis nacido.

-¿Y vos?, exclamó la Princesa, que en la relación de Gimeno estaba aguardando que hiciese referencia a sí propio.

-Nada temáis por mí, repuso con el acento de la mayor tranquilidad el generoso mancebo. Seguid exactamente las instrucciones que os he dado, y si lográis poner el pie fuera del castillo, podéis ya consideraros como Reina de Navarra.

-¿Pero vos?, tornó a exclamar Doña Blanca, a quien la idea de un brillante porvenir no podía hacerla olvidar lo presente.

-Os repito, señora, que no tengáis cuidado por mí: yo muy pronto seré libre, respondió Gimeno con una sonrisa melancólica. Ahora permitidme, añadió poniéndose de hinojos, permitidme que sea el primero en rendiros pleito homenaje, y en saludaros como mi Reina y señora.

-¿Pero vos en dónde os quedáis?, ¿qué hacéis?, ¿por qué no me seguís?

-Por ahora es imposible, más tarde... ¿quién sabe si podré salir como vos?

-¿Con que entonces os quedáis aquí?

-Es preciso.

-¿En poder de vuestros enemigos?

-El que me ha conducido a este sitio no puede dejar salir a dos personas. Una de ellas debe quedar en prisión ¿y es posible que siendo vos la Reina legítima de Navarra, siendo vos las esperanzas de un pueblo entero, no queráis aceptar este sacrificio del último de vuestros súbditos?

¿Es posible que cuando la muerte os amenaza tan de cerca?...

-¡Oh!, exclamó la Princesa poniéndose la mano delante de los ojos, como si quisiese apartar de sí la espantosa imagen de su muerte.

Aquel horror duró un solo instante, porque luego añadió con resolución.

-Gimeno, no salgo sin vos de este castillo: la muerte que a mí me amenaza os hiere a vos de seguro en el instante mismo en que mi implacable hermana sepa que me habéis puesto en libertad.

-¿Y qué importa, señora, mi muerte, que importa la vida de un oscuro aventurero, del hijo de un miserable judío, del Capitán de los bandidos de las Bardenas, con tantos crímenes manchados.

-Jamás creí en esos crímenes, contestó la Princesa; un corazón tan noble como el vuestro es imposible que los haya cometido, yo que os conozco os justifico. Vos, mancebo oscuro, habéis formado por breves días parte de esa gavilla de salteadores para convertirla después en compañía de soldados. Teníais ambición de mando y no era posible satisfacerla de otro modo. Hijo sois de un judío; pero vuestro corazón es noble, vuestros hechos de cristiano. Me habéis salvado muchas veces la vida, y el único crimen

de que tendría que acusarme sería el de haberos dejado expuesto, en pago de tantos sacrificios, a una muerte segura.

-Pero es imposible que salgamos todos.

-Yo sufriré el rigor de mi destino.

-Jamás, jamás: o vos os salváis o perecemos juntos: lo juro, señora, en vuestro nombre, lo juro en el nombre de Dios, repuso Gimeno poniendo sus manos sobre la cruz de su espada.

-¡Silencio!, repuso sobresaltada la Princesa, recoged por Dios vuestras palabras.

-Me ratifico en ellas.

-Son vuestra sentencia de muerte.

-¿Para qué quiero la vida, si no me sirve para defender la vuestra?

-Pues bien, a tanto heroísmo, a tanta abnegación, a tanto sacrificio es necesario corresponder con otro.

-¿Qué intentáis hacer?

-¿Decidme, Gimeno, cómo habéis venido aquí?

-Ayer llegué disfrazado con algunos de mis más fieles y valientes soldados a la choza de esa anciana judía que me ha visto nacer y se ha decidido a protegerme. Ella me dijo en qué parte del castillo os tenían prisionera, y apenas la noche cubrió la tierra de tinieblas vine a colocarme al pie de las murallas, y aun creí distingueros en la reja. Estaba yo reflexionando en los medios de ponerlos en libertad, o por la astucia o por la fuerza, cuando se acercó a mí un hombre embozado que me dijo con voz alterada.

-¿Queréis ver a la Princesa?

-Sí.

-Venid mañana a estas mismas horas.

-El mensaje era sospechoso, prosiguió Gimeno, pero me prometían veros. ¿Y qué no debía yo arrostrar por esta dicha? Esa misma persona me ha conducido hasta aquí con el mayor silencio y al entrar me ha cogido la mano, y me ha parecido que una ascua de hierro me la estrujaba.

-Gimeno, repuso la Princesa, esa persona desconocida no puede equivocarse, nos conoce muy bien a los dos... Es Don Gastón, el hijo de la Condesa.

-¡Él, Dios mío!, ¡mi rival!, exclamó Floristán con todo el rencor de los celos y olvidándose de que hablaba a su Reina, ¡él!... ¿y salía de este aposento?

-Sí, es vuestro rival que ha tenido bastante generosidad para permitirnos la entrada: no seáis injusto con él, porque a él le debemos la dicha de vernos. Es D. Gastón, a quien yo firmaré la renuncia a la corona de Navarra, a quien yo juraré mudar de nombre, vivir eternamente desconocida, pasar por muerta a los ojos del mundo, con tal que nos dejen un rincón, un sitio retirado donde vivir contigo, Gimeno mío, contigo que serás mi esposo, mi amparo, las delicias del resto de mi vida, tan feliz, tan tranquila y sosegada, como inquieta y azarosa ha sido hasta el presente.

En aquel momento se oyó un ruido extraño cerca de la puerta, como el rugido mal reprimido de una fiera en lo hondo de una caverna.

-¡Blanca, Blanca!, exclamó Gimeno con una expresión de gozo inefable. ¿Me amáis todavía?, ¡a mí que soy a los ojos de todos un vil gusano de la tierra! ¡Basta!, ¡ya puedo morir! Mi suerte será envidiada de todos los hombres. Este es un abismo de felicidad, es el colmo de la ventura.

-¡Gimeno!

-Sí, sí, dejadme morir por vos. Ya no me matarán mis enemigos... ¡el exceso de la dicha ahogará mi existencia! ¡Que vengan, ya no los temo! Marchad, señora, marchad. El eco dulce de vuestras palabras estará resonando en mis oídos, y no sentiré los pasos de la muerte cuando con la punta del cuchillo penetre hasta mi corazón.

-¡Gimeno!, apenas salí de la infancia fui Reina de Castilla, bajé del trono repudiada por mi marido, he tocado muy de cerca esa ilusión de la Corona para conocer que es un fantasma vano como todos los demás. Desde entonces he sido perseguida, calumniada, y no me ha bastado el no abrigar nunca un mal pensamiento, ni un solo deseo de venganza, para conseguir un instante de reposo y ponerme al abrigo de mis perseguidores. Si he de reinar, quiero reinar contigo; pero como esto es imposible, como tu nacimiento te impide sentarte en un trono, como no puedes igualarte a la nieta de cien Reyes, yo renunciaré mis derechos, yo mudaré de nombre, yo me volveré a llamar Gimena, como allá en mi humilde cabaña de Mendavia y me igualaré a ti.

-¿Y si yo no fuese el hijo de un judío?, exclamó Gimeno que en su alborozo iba a descubrir el misterio de su nacimiento. ¿Si yo fuese, como vos, hijo de un Rey ilustre?...

-Entonces, añadió la Princesa súbitamente, tu serías el Rey de Navarra, y no habría fuerzas humanas que me obligasen a renunciar una Corona que debía ceñir tus sienes. Pero estos son sueños; pensemos en la realidad.

-¡Sí, son sueños!... repuso Floristán tristemente.

La energía con que pronunció estas palabras la Princesa le hizo conocer que era imposible hacerla variar de resolución. Si Doña Blanca llegaba a saber que Gimeno era el hijo bastardo del Rey de Nápoles, no firmaba la renuncia y no salía de la prisión. Era necesario, pues, hacer el sacrificio de callar para siempre el secreto de su origen, y el que podía ennoblecerse con una sola palabra, se resignaba a pasar toda su vida humillado delante de la mujer que adoraba.

-¡Sueños, sueños, prosiguió Gimeno con profunda tristeza, y por lo mismo no debo permitir que vos hagáis por un miserable como yo sacrificio tan inmenso!

-¿Pues qué, dijo Doña Blanca, clavando en él una mirada de amor irresistible, no me sacrificarías tú cien tronos, cien vidas que tuvieses?

-Sí.

-¿Le llamarías tú sacrificio, si con él labrases la dicha de la persona que adorabas?

-¡Ah!, no.

-¿Pues entonces?...

-Sí, sí, Gimena mía: vivamos el uno para el otro, huyamos del mundo, ninguna de sus pompas, ninguna de sus vanidades hace falta a nuestra ventura: seamos felices en una retirada cabaña, en un valle escondido, donde Dios sólo sea testigo de nuestra felicidad. Nosotros pasaremos los días amándole y bendiciéndole, porque nos ha permitido amarnos, labrando nuestros pequeños campos, descansando a la sombra de los árboles o en tu regazo, enjugándonos el sudor de nuestra frente, seremos envidia de las aves que nos escuchen, del arroyuelo que nos vea, del cielo mismo que nos esté contemplando.

-Sí, exclamó la Princesa con entusiasmo. Ahora mismo voy a firmar la renuncia.

-¡Deteneos!, exclamó detrás de la puerta una voz de trueno.

-Los dos amantes quedaron sobrecogidos de terror.

-Un momento después entró Don Gastón de Fox, pálido, desencajado: sus ojos brotaban llamas en la oscuridad: era el tibio reflejo del volcán de celos y de furor que rugía dentro de su pecho.

La Princesa lanzó un grito inarticulado.

-¿Quién se atreve a interrumpirnos, exclamó Floristán con rabia y echando mano a su espada?

-¡Floristán!, por Dios, que has abusado de mi bondad, exclamó el hijo de la Condesa con un acento de cólera reconcentrada: ¡conducirte a los brazos de tu querida!, ¡yo!, ¡un rival!

-Quiero salir de aquí con esta señora; o me dais la llave o me la tomo, dijo el Capitán de aventureros acabando de desnudar su formidable espada.

-Señora... la... la mujer de un judío.

-¡Miserable, defiéndete!

-Silencio, villano, contestó D. Gastón con desprecio; y volviéndose a la Princesa prosiguió. ¿Pensabais que mi sufrimiento era un abismo sin fondo que jamás pudiera llenarse? ¡Infelices, ha rebotado ya! ¡Oh!, ¡un amor tan inmenso!... ¡yo os oía, yo os veía!... ¡los deliciosos trasportes de los bienaventurados vistos desde el infierno! ¡Si al

menos creyendo a mi rival un caballero desconocido, os hubierais abandonado a sus brazos, entonces aún pudiera haber cumplido mi propósito de conducir aquí al amante para que saliese con su querida, para que gozasen entrambos de libertad; pero abandonarse a un judío!... ¡a un bandido!...

-Don Gastón, pocas palabras: abrí la puerta o abro yo. Después de mataros os arrancaré la llave que traéis con vos: ea, defendeos.

-Jamás mancharé mi espada con la sangre de un hebreo; para vos tengo verdugos que os cuelguen de mis almenas.

-Defendeos, no me obligues a ser un vil asesino.

-¡Hola!, muchachos, gritó D. Gastón: venid y arrojad a este miserable por la ventana.

-Infame, defiéndete del hijo del Rey D. Alfonso V de Aragón y que después de tu muerte ha de ser Rey de Navarra.

-¿Vos?, exclamó con alborozo Doña Blanca.

-¿Tú?, repitió con rabia D. Gastón, ¿y quién me lo asegura?

-Pregúntaselo a tu madre que tiene en su poder las pruebas de mi nacimiento.

-Pues bien, aquí no podemos reñir: acudirá la gente en mi auxilio, y de todas maneras seréis perdido. Salgamos al campo, la llave la llevo en mi pecho; si me matáis, podréis volver a libertar a la Princesa y seréis eternamente felices.

-Pocos minutos después salían del castillo los dos caballeros.

CAPITULO XIII

Donde se prueba lo conveniente que es tomar el fresco, cuando los ánimos están acalorados

Al salir los antiguos amigos por la puerta falsa del Alcázar, sintieron una impresión de frío, desagradable aun para el curtido semblante del Capitán de aventureros, que hacía dos años estaba sufriendo los rigores de la intemperie.

La luna era clara, serena y apacible: la atmósfera diáfana y pura; y las estrellas brillaban como diamantes engarzados en el manto imperial de una noche majestuosa.

En el silencio del reposo, escuchábase el rumor de las transparentes olas del Gabe, luchando con el frío de la noche que tal vez quería imponerles sus prisiones de hielo, y a la par del murmullo resonaban también los pasos apresurados del centinela que trataba de neutralizar con el ejercicio el efecto de las escarchas: percibíase el roce de sus armas, y el melancólico susurro de aquel antiguo romance bearnés que a media voz salía de sus labios:

La haut sur la montagne
Un malheureux berger...

Largo trecho descendieron juntos entrambos caballeros sin escuchar otro ruido que el de la voz de sus resentimientos: ni una palabra, ni una mirada se dirigieron, y como las líneas paralelas de un camino, parecían seguir siempre adelante sin tener entre sí el menor contacto.

No sabemos hasta dónde hubieran continuado su viaje de aquella manera tan entretenida, y bajo la influencia de una atmósfera tan suave y templada, si andando, andando no se hubiesen tropezado de manos a boca con un pequeño obstáculo que les impedía seguir adelante. Este obstáculo no era más que el río por aquella parte bastante profundo, para que a nuestros caballeros se les antojase vadearle.

-Ea, dijo D. Gastón, no necesitamos ir más lejos.

-Más cerca podíamos habernos detenido, respondió Gimeno.

-Entonces, ¿por qué no os habéis parado?

-No me acordaba de que tenía que mataros.

-Ni yo tampoco.

-Ea, pues todavía es tiempo.

-¡En guardia!

Y en medio de la oscuridad del sitio frondoso y solitario, brillaron los aceros al reflejo de la luna como los relámpagos siniestros en medio de una nube tormentosa.

Ninguno de entrambos caballeros había sido ingenuo, ninguno había expresado francamente su pensamiento. No era cierto ni aun verosímil siquiera que hubiesen olvidado un solo momento el objeto que les había hecho salir del castillo, pero mientras más se alejaban de aquella morada fatal más se calmaban los violentos latidos de su corazón, y renovándose los antiguos recuerdos de amistad y de cariño, más repugnancia sentían en tener que volver contra su pecho aquellas mismas espadas que en otro tiempo les habían servido mutuamente de escudo.

-Ea, pues riñamos, dijo el Capitán con el acero desenvainado y que parecía pesarle cien veces más que de costumbre.

-Riñamos, respondió distraído D. Gastón que estaba sosteniendo en su corazón una lucha terrible.

-¿Está convenido en que si os mato o si os venzo, ha de ser mía la llave de la prisión?

-Convenido, repitió el hijo de la Condesa clavando en el suelo la punta de su espada.

-Pues bien, ¿dónde tenéis esa llave?

-¿Para qué queréis saberlo?

-Para no perder tiempo en andarla buscando sobre vuestro cadáver.

-Esa llave está en mi mano, dijo Gastón con voz profunda, y esa llave debe estar en poder vuestro, añadió un momento después, alargando el brazo hacia su amigo Floristán.

-¿Qué queréis?, dijo éste con asombro.

-Tomadla, repuso Gastón, éste es un peso que me abrumaba: dueño sois ya de la libertad de la Princesa. Ahora podemos combatir.

-Ahora no reñiremos, exclamó Floristán envainando su acero. No seáis generoso a medias D. Gastón: la Princesa espera con la mayor ansiedad el resultado de esta lucha, de un instante quizá depende su salvación y su libertad. Dejadme arrancar a Doña Blanca del castillo, y os empeño después mi palabra de caballero de estar a vuestra disposición en cualquier momento que tenga la honra de ser llamado por vos.

-Decid, Floristán, repuso el de Fox, sin responder directamente a su amigo: me habéis dicho que erais hijo del magnánimo Rey D. Alonso...

-Sí, hijo bastardo.

-Me habéis dicho que mi madre poseía las pruebas de vuestro nacimiento.

-Os he dicho la verdad. ¿Pero qué intentáis hacer?

-Escuchadme, Floristán, y no detengamos más nuestros pasos hasta llegar al castillo. Hace cerca de dos años que caminando yo hacia Calahorra con una pequeña partida de las tropas del Rey mi abuelo, caí de manos a boca en una emboscada de bandidos que eran el terror de las Bardenas reales de Tudela. Me defendí desesperadamente; casi todos mis escuderos perecieron en la refriega, pero habiéndome conocido los salteadores, ponían el mayor empeño en cogerme vivo, con la intención de tenerme en rehenes, y pedir luego un inmenso caudal por mi rescate: cuando rendido ya, exhausto de aliento y de sangre iba a pasar por la ignominiosa afrenta de rendir mi espada, que acababa de desnudar por la vez primera a un salteador de caminos, apareció un joven montado en un arrogante caballo, vestido de labrador, y sin más armas defensivas ni ofensivas, que una lanza; aquel hombre venido milagrosamente se puso a mi lado y arremetió con el famoso Capitán de los bandidos, Sancho de Rota, terror de Navarra entera, bestia feroz, a quien nadie había domeñado. El bandido cayó revuelto en su propia sangre, y exhaló su alma entre blasfemias. Toda su gente se dispersó por las montañas, y yo quedé solo con mi libertador, a quien desde entonces juré una amistad eterna y darle parte en todas las venturas y placeres de mi vida. Aquel hombre sois vos, Floristán, a quien yo en el delirio y ceguedad de mis celos he abandonado villanamente, he pagado con baldón la existencia que le debo. Floristán, una acción tan generosa no tiene recompensa justa en este mundo; pero si os debo la vida, quiero que vos me debáis la honra y la felicidad. Id, sacad de sus prisiones a la Princesa, que yo entre tanto arrancaré a mi madre las pruebas de vuestro

nacimiento, y os ayudaré con mi espada si fuere menester para sentaros un día en el trono de Navarra.

-Calló D. Gastón, y el Capitán de aventureros, permaneció largo rato silencioso, pero apretando cordialmente la mano de su amigo, le dijo con profundo y conmovido acento.

-Don Gastón, os perdono y confío en vuestra promesa. Henos ya cerca del castillo, subamos cada uno por su lado: dentro de una hora en casa de la judía Raquel: vos con las pruebas de mi ilustre cuna, yo con la Princesa de Viana.

Y ambos amigos, volviéndose otro apretón de manos, se alejaron cada uno por su lado.

CAPITULO XIV

No firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas

Mientras tenían una terminación tan venturosa las pasajeras discordias de los dos amigos, otra no menos feliz se preparaba al parecer entre las dos hermanas.

Había quedado Doña Blanca en la más viva inquietud por el resultado del sangriento duelo a que marchaban decididos entrambos caballeros, y vertiendo mares de lágrimas, rogaba a Dios puesta de hinojos, y en oración ferviente evitase una catástrofe, y singularmente si ésta había de caer sobre la vida de su amante idolatrado; cuando fue interrumpida por el ruido de los cerrojos, y poco tiempo después por la presencia de la Condesa, su hermana.

-Notábase en el semblante de ésta, una palidez y una agitación desacostumbradas; pero su sonrisa era más dulce y amable que nunca, y las palabras que salieron de sus labios trémulos, en medio de un acento particular que nunca en ella se había observado, rebosaban, afabilidad y mansedumbre.

-Blanca, le dijo al entrar a la Princesa, no extrañes verme en tu habitación a horas tan desusadas: vuelve a mí tu bello semblante, no rehúses una mirada a tu hermana, cuando sólo el afán de hacerte venturosa, guía sus pasos a este sitio.

-¡Venturosa!, ¡hacerme vos venturosa!, exclamó Doña Blanca. No: rechazo la felicidad si viene de vuestra mano, añadió la Princesa con altivo desdén.

-Muy amargas son tus palabras, hermana mía, replicó Doña Leonor, mas por acerbas que sean no lograrán que cambie de propósito.

-Ni las vuestras del mío.

-No importa.

La de Fox se mordió los labios de despecho, pero reprimiéndose después de una corta pausa, dijo revistiéndose con aquella sonrisa que doraba por encima sus labios.

-Derecho tienes, hermana mía, para replicarme con tanta aspereza; yo también le tengo sin embargo para insistir en que me escuches.

-Tienes razón: estoy encarcelada, sierva tuya soy: puedes hacer de mí lo que se te antoje.

-¡Ingrata!, replicó Doña Leonor, acabo de hacer un descubrimiento importante para tu dicha, me apresuro a proporcionártela y ¿con tanto rigor me recibes? Blanca, prosiguió la Condesa, amas a un hombre a quien hemos creído todos de la más baja esfera ¿cuál debe ser tu gozo, cuando llegues a saber que este hombre es digno de ti por su nacimiento?...

-No he necesitado saberlo para amarle.

-Para amarle no, querida hermana, porque el corazón es libre, la voluntad es ciega y no está en nuestras manos disponer de las afecciones: pero si no necesitas saber quién es para amarle, tienes menester de ennoblecerle para confesar que le amas; porque tu amor que ahora es un baldón que pesa sobre tu frente, será después una aureola que te circunde de gloria y de felicidad.

-Sí, lo conozco, sé que tienes en tu poder las pruebas de su excelso origen, sé que teniéndolas le has calumniado villanamente. ¿Pero a qué precio quieres entregárselas?

-A ninguno: helas aquí, de todas ellas se desprende una verdad innegable. Floristán es hijo de Alfonso V de Aragón: ya puedes hacer públicos tus amores, ya puedes unírte para siempre al objeto de tu cariño...

-¡Ah!

-Tú, que siempre has sido tan desventurada puedes esperar tranquilamente un porvenir brillante: con estos papeles te doy también la libertad. Salid, almas tiernas enamoradas, salid a respirar en la atmósfera de las delicias; el espacio es vuestro, el tiempo es vuestro, y vuestra es también la fortuna.

-¡Hermana! ¡hermana mía!, dijo al fin con tierna efusión, deslumbrada la Princesa. No me hagas concebir lisonjeras esperanzas si no han de ser realizadas: no me hagas sentir placeres infinitos que harán mucho más amargas las horas de mi infortunio. ¡No me engañes por Dios!, ¡en nombre de nuestro padre, en nombre de tu hijo querido, no me engañes! Repíteme que soy libre, repíteme que Floristán es descendiente de Reyes y que en estos papeles están las pruebas de su alcurnia.

-Sí, te lo repito, hermana mía, te lo repito, y te pido perdón por lo mucho que has padecido por mi causa.

-Pues bien, ¿qué quieres en recompensa?, habla, responde: ¿quieres mi vida?, te la doy por una hora de felicidad. ¿Quieres mi corona?, dispuesta estoy a cedértela.

-Tu vida es muy preciosa para mí, respondió la Condesa, tu vida próspera y dilatada será el bálsamo que cicatrice las heridas abiertas por el remordimiento: la corona... la corona, querida hermana, todavía no ciñe tus sienes, sería preciso derramar torrentes de sangre infernal para que llegases a sentarte en el trono. Evitemos, pues, a nuestra patria tantas desventuras: renuncia a tus derechos, escribe a los caudillos de tu bando para que desistan

de un empeño tan temerario, para ti querida hermana los goces de la vida doméstica, la luz brillante de los amores, el perfume de las virtudes, el homenaje, el respeto de los buenos, una reputación sin mancha, una dicha sin término: para mí los azares, las inquietudes que se anidan en el trono, el fúmero esplendor que le circunda, las turbulencias, las agitaciones de la vida pública, y como único descanso, como único gesto de la bondad del cielo la vida de mi hijo, su elevación, su grandeza y el aprecio y el amor de mi hermana.

-Sí, sí, exclamó alborozada la Princesa, de buen grado te cedo el último puesto: extiende, extiende cuando quieras la renuncia de todos mis derechos, ¿quieres más, Leonor querida?

-Sí, quiero más, respondió la Condesa con la voz sombría y apagada, quiero lo que nunca he conseguido, un abrazo de mi hermana.

-¡Leonor, Leonor!, exclamó la Princesa precipitándose a sus brazos.

-Y las dos hermanas permanecieron largo rato de aquella manera. Doña Blanca sollozando con efusión, derramando lágrimas de ternura. Doña Leonor con los ojos enjutos, inquietos, y el semblante cada vez más pálido y contraído.

-¡Oh!, este día va a llevarme al colmo de mis deseos, dijo la Condesa: desde hoy alianza eterna entre las dos hermanas, alianza eterna que vamos a jurar las dos bebiendo entrambas en la copa de oro de nuestros Padres.

-¡Oh!, ¿la tienes en tu poder, querida mía?, preguntó la Princesa con placer.

-Sí, ya sabes cuánto amor he merecido al Rey nuestro padre... Esta joya era un vaso donde han celebrado sus glorias y sus triunfos nuestros antepasados... es un mueble hereditario que el Rey próximo a desaparecer del mundo ha querido que yo comenzase después de sus días. Ninguno que prometa una cosa, después de haber bebido en ella puede faltar a sus palabras, so pena de sufrir todo linaje de calamidades...

La Princesa recordó entonces la terrible carta de su malogrado hermano Carlos, y las prevenciones del Capitán de aventureros y no pudo menos de estremecerse, preguntando a la Condesa con cierto sobresalto:

-Y beberás tú de la misma copa; ¿no es verdad?

-Por supuesto, respondió Leonor con una sonrisa un tanto maliciosa. Es condición precisa que los dos que hacen alianza partan entre sí el licor, como han de partir su alma, su vida y su corazón.

-¡Oh! Bien, bien: la amistad que nos juremos hará sin duda sonreír de gozo a nuestros abuelos que han acercado a ella sus venerables labios... Las generaciones pasadas se despertarán del olvido para solemnizar nuestra reconciliación. Venga, pues, ese símbolo de unión y de alianza, y tornemos a ser hermanas de corazón, como lo somos por naturaleza.

Salió Doña Leonor sonriendo con aire triunfador, pero no tranquila: el brocado de oro de su vestido temblaba continuamente reproduciendo los violentos latidos de su agitado seno.

Al poco tiempo volvió a entrar precedida de un paje, que habiendo escanciado un vino generoso se alejó respetuosamente.

-¡Unión y amistad eterna!, dijo Doña Leonor con voz serena y acercando la honda copa a sus estremecidos labios.

La Princesa observó que había bebido casi la mitad del licor y cayendo a los pies de su hermana le dijo sollozando:

-¡Perdón, hermana mía, perdón!

-¿Qué tienes?, dijo Doña Leonor levantando a su hermana con una mano y vertiendo con la otra en la copa de oro un licor rojizo que se encerraba en un anillo.

-¡Perdón!

-¡Blanca, dime por Dios lo que te pasa! ¿Qué arrebatos son éstos?, ¿qué te sucede?

-Leonor, te lo confieso, hubo un instante en que sospechaba de ti... la muerte de mi hermano Carlos... las voces que han corrido... tu enemistad... me hicieron dudar de la sinceridad de tu arrepentimiento, y aun creí que éste fuese un lazo tendido para perderme.

-¿Para perderte?, ¿con qué objeto?, ¿de qué manera?

-Sí, lo diré de una vez... creí... ¡perdón, hermana mía!, creí que esta copa pudiese estar emponzoñada...

-¡Cielos! ¡Qué horror! ¿Envenenada? ¿Pues no has visto que me he bebido la mitad? ¿Envenenada y no has apartado de mis labios ese licor fatal? repetía con el terror más bien fingido y con el sobresalto más verdadero del mundo la Condesa.

-No, no: son aprensiones... temores nimios... excesivos, y para que te tranquilices yo misma voy a beber el resto conforme a la práctica de nuestra familia. A la eterna reconciliación de dos hermanas que han de amarse de hoy en adelante por lo que han dejado de quererse hasta aquí. ¡Hermana mía! porque Dios te bendiga, y bendiga tus hijos; porque te sientes en el trono de Navarra, y te sucedan tus hijos queridos... porque Dios te dé toda la felicidad de que a mí me ha privado y se olvide de tus culpas, como yo me olvido y perdono los agravios que me has hecho.

Y diciendo estas palabras Doña Blanca, bebió mucha parte del vino contenido en la copa; pero sin apurarlo. La palidez del semblante de su hermana, era entonces casi cadavérica: su agitación febril y convulsiva, quería apartar los ojos de la copa, pero se sentía arrastrada como a pesar suyo a fijar en ella sus espantados ojos. Si en aquel momento hubiese clavado los suyos Doña Blanca, hubiera quizá llegado a traslucir un horrible crimen; pero ésta, tranquila, con la sonrisa de la inocencia, dijo a su hermana, saboreando aún el balsámico licor.

-¡Henos aquí ya para siempre amigas, para siempre hermanas!...

-¡Para siempre!, repitió Leonor con voz sombría.

-Pero hay un acontecimiento, prosiguió la Princesa, que pudiera alterar algún tanto nuestra reciente amistad. D. Gastón y Gimeno han entrado en este aposento, por esta puerta falsa, y han vuelto a salir de él para un duelo.

-¡Cielos!, ¡mi hijo!

-Aquel de los dos que quede vencedor ha de volver por la misma escalera, y aunque tengo esperanza de que los dos amigos se habrán acordado de que lo eran en el momento del combate, si la fatalidad hiciese...

Doña Leonor se levantó de su asiento dando un salto como si fuera un tigre: quiso hablar, pero su voz rugía, hasta que por fin pudo articular estas palabras.

-¡Mi hijo, mi hijo!

En aquel momento se oyeron pasos apresurados en la escalera: las dos hermanas clavaron los ojos en la puerta, ansiosas de ver quién aparecía: su sangre había dejado de circular, su corazón no latía, y el alma entera estaba en sus miradas.

-Abrióse de repente la puerta y entró Gimeno solo... ¡absolutamente solo!

Doña Leonor nada dijo, nada preguntó: muda y silenciosa como la muerte, pero terrible como ella, salió fuera de la habitación, y cada una de sus miradas era un rayo de venganza.

CAPITULO XV

De cómo el capitán de aventureros al conocer el crimen de Doña Leonor de Fox, quisohacer una de las suyas, y de cómo se lo impidió la Princesa.

El corazón del hombre es demasiado egoísta, para no sentir los primeros impulsos de placer, aunque sea adquirido a costa de ajenas desventuras: así fue que la Princesa lanzó un grito de alegría al ver entrar en su aposento al Capitán de aventureros, olvidándose por algunos instantes de que su existencia podía ser únicamente debida a la muerte del hijo de la Condesa.

Preciso es sin embargo confesar en honra de su buen natural, que aquellos impulsos duraron pocos instantes.

-¿Y D. Gastón? ¿Qué habéis hecho de vuestro amigo?, preguntó con ahínco Doña Blanca.

-Tranquilizaos, señora, se apresuró a contestar el caballero, Dios ha mejorado nuestras horas. Vais a ser libre, vamos a ser felices, y esta ventura no se ha labrado con la desgracia de nadie.

-¿Será posible? ¿Ni aun siquiera le habréis herido?, replicó la Princesa, clavando en Gimeno sus ojos que rebosaban tanto júbilo como cariño, y un cariño por cierto cual nunca hasta entonces le había manifestado.

-Sí; no hemos tenido necesidad de cruzar nuestras espadas. Al desnudarlas nos hemos acordado de que éramos amigos, y lejos de anhelar mi muerte, D. Gastón se ha empeñado en arrancar a su madre las pruebas de mi nacimiento, para hacer más dulce y grata mi existencia futura.

-¡Bendigamos a Dios, Gimeno, porque el Señor nos bendice! Mientras tú te reconciliabas con tu amigo, yo estrechaba en mis brazos a mi hermana.

-¡A la Condesa!

-Sí, ¿por qué te muestras receloso? Ella misma debe traer aquí muy pronto los papeles que D. Gastón te ha ofrecido.

-¡Princesa, huyamos pronto de este alcázar!... yo no sé lo que sospecho, no sé lo que temo, pero... no aguardemos la vuelta de vuestra hermana.

-¿Y has de perder las pruebas porque anhelabas?

-¡Qué importa! yo sólo quiero salvarte: véate yo libre, fuera de estas paredes, lejos de esta atmósfera pestilencial y después me acordaré de mí: volveré por esos papeles tan necesarios para que pueda amarte públicamente y sin rebozo.

-Pero ¿qué temes, Gimeno mío, qué temes cuando las dos hermanas nos hemos jurado alianza y amistad eterna, bebiendo entrambas en esa copa en que han celebrado sus pactos tantas generaciones?

-¡Blanca!, exclamó asustado el Capitán, ¿has acercado tus labios a la bebida preparada por los que han emponzoñado a tu hermano?

-Sí, pero la Condesa antes había bebido de ese mismo licor.

-¡Antes!

-Sí, antes.

-¿Y quién sabe si después...?, ¿quién sabe si esa mujer es dueña de algún contra veneno?, ¿quién sabe...? ¡Oh!, qué duda tan horrible, pero... no importa: nuestra suerte será igual, añadió Gimeno disponiéndose a beber el resto del líquido que contenía la copa.

-¿Qué vas a hacer?, ¡insensato!, exclamó la Princesa asiéndole el brazo con entrambas manos.

-¿Por qué me detienes?, le dijo el Capitán.

-¡Y si es un veneno!

-¡Ah!, ¡esa pregunta te la debías haber hecho a ti misma!...

-Mi vida no es la tuya, replicó la Princesa, que con un pequeño esfuerzo vertió en el pavimento todo el licor que contenía el vaso.

El Capitán de aventureros, arrojando lejos de sí la copa vacía, cruzó los brazos contemplando de un modo indefinible a la Princesa.

-¡Qué prueba de amor tan grande!, pensaba, ser menos precavida, menos recelosa para consigo misma, que no cuando se trata de mi vida. ¡Oh!, ¿y es posible que tanto amor tanta belleza, tanta felicidad me hayan de sonreír un solo momento para desaparecer al punto eternamente convirtiéndose en humo mi ventura? ¡Ah! ¡no, exclamó alzando la voz y queriendo sobreponerse a sus propios instintos y pensamientos, reina y señora mía, alma de mi alma, luz de mis ojos y consuelo de mi corazón; es imposible que el cielo sea tan cruel y despiadado con quien ha sabido conservarse al través de tantas calamidades, con un alma pura como la de los ángeles!... Es imposible que te prepare la misma suerte que a tu malogrado hermano, y que las manos que han condimentado la ponzoña con que terminó sus días, sean las mismas que corten el hilo de la existencia más digna de lástima que de envidia. No, no es un veneno el que has bebido... lo veo yo en tus ojos... lo veo en tu semblante sereno y apacible, iluminado por el sol de la felicidad... tú no sientes desazón alguna... en tus entrañas no arde otro fuego que el del amor... ven, amante mía, esposa mía, ven a mis brazos, sienta yo los latidos sosegados de tu pecho, y salgamos de estos lugares que excitan nuestra confusión y sobresaltos.

La Princesa se acercó tímida y ruborosa a los brazos de Gimeno, como fascinada por el eco de su voz, y por el brillo de sus miradas.

El enamorado caballero asió una de sus manos, y no pudo menos de estremecerse al sentirla fría como el mármol, y bañada por cierto sudor de muerte.

-¡Blanca!, ¡señora mía!, ¿qué tienes?, háblame. ¿Qué pena te devora? No claves por Dios en mí esos ojos tan tristes, esas miradas tan llenas de amor y de melancolía. Salgamos de este recinto.

-No... ¿para qué?, exclamó por fin con débil voz la Princesa.

-¿Para qué?, ¡y eres tú quien lo preguntas, querida mía! Para respirar el aire de la libertad, para romper estas prisiones, doradas ahora con la reconciliación aparente de su hermana, para vivir el uno para el otro.

-No, no. Esperemos que la Condesa traiga los papeles que me ha ofrecido, las pruebas de tu nacimiento, quiero verlas en poder tuyo, quiero ver tu altiva sonrisa, cuando con ellas en la mano puedas decir a mí hermana: «soy el hijo de un Rey, y merezco ser amado por una Princesa».

-Huyamos de aquí, Gimena, replicó con ahínco el caballero, mis títulos de gloria y de orgullo no son esos, son el decir: yo, villano, yo, descendiente de un hebreo, he sido amado por una Reina, por la mujer más hermosa y más sublime de cuantas existen en el universo mundo. Ven, Blanca, ven: tantas emociones han robado el color a tus mejillas, han desfallecido tus fuerzas, ven, apóyate en mis brazos, salgamos pronto del alcázar... Se me figura que fuera del castillo, ni la muerte misma sería temible para mí!...

-Gimeno, le dijo la Princesa con un acento penetrante de profunda tristeza, ¿sentirías mi muerte?, ¿sentirías verme expirar?

-¡Cielos!, exclamó el Capitán con rostro desenchajado. ¿Qué significan tus preguntas? ¿Qué me quieren decir tus miradas?

-¡Gimeno, Gimeno!, exclamó la Princesa dejándose caer en los brazos de su amante. No puedo más... yo me abraso... ¡agua!... ¡una gota de agua por Dios!

El semblante angelical de Doña Blanca estaba contraído violentamente, sus ojos que parecían saltársele de las órbitas, expresaban sus agudos tormentos, que por su violencia eran superiores a los terribles esfuerzos que había hecho para ocultarlos.

Gimeno quiso hablar, y le faltó el aliento; quería pensar en lo que le estaba pasando, y en su alma no se encontraba una idea, un pensamiento. Parecía que sus ojos estaban envueltos en una niebla espesa, zumbaban en torno suyo discordes y extraños sonidos, y únicamente en su corazón sentía un peso enorme, un dolor agudo que le punzaba sin cesar.

A tan súbita paralización de los sentidos, sucedió luego una reacción terrible, la ira, el deseo de venganza renacieron en su pecho, ahogábanle cada vez más, y no pudiendo contenerse, levantó su frente, tendió sus miradas en derredor, y fijándose en la puerta que conducía al interior del alcázar, quiso sin duda hablar porque sus labios se entreabrieron dejando sólo escapar un rugido capaz de infundir espanto al ánimo más esforzado.

Entretanto la desventurada Princesa seguía pidiendo una gota de agua, esforzando su lastimero acento. El Capitán entonces se acordó de que la Condesa había bebido en la misma copa de su hermana, y que forzosamente debía poseer algún brebaje que neutralizase los malignos efectos de la ponzoña. Este débil rayo de esperanza acabó de darle vida, fuerza y resolución, y depositando la dulce carga que sustentaba en un sillón cercano, se dirigió a la puerta con ánimo de buscar a la Condesa, y de grado o por fuerza hacerla entregar la bebida salvadora.

La puerta estaba cerrada.

-Miserables, exclamó sacudiendo violentamente las hojas que no cedieron un punto al tremendo empuje.

-¡Oh!, dijo el Capitán encaminándose hacia la ventana del aposento. Os habéis engañado si pensáis libraros de mi furor. El hijo del Rey de Nápoles tornará a ser el bandido de las montañas: ¡*Navarra por Doña Blanca!*, exclamó con voz de trueno asomándose a la reja, y los ecos que se multiplicaban en los ángulos y sinuosidades del castillo resonaron algún tiempo, ¡*Doña Blanca, Doña Blanca!*

-¡Qué has hecho, le dijo ésta con voz más débil que el último de los ecos que a la sazón repetía su nombre.

-Salvarte... o vengarte, respondió Gimeno con voz todavía alterada, y volviendo a asir una de sus heladas manos. Escucha... yo quería de grado o por fuerza, con astucia o con violencia arrancarte del poder de tu cruel hermana... tenía encelados en torno de este

castillo mis antiguos camaradas, que a la voz de *Navarra por Doña Blanca*, debían salir de sus guaridas, despojarse de sus disfraces, y apoderarse del alcázar y de la persona de tu hermana...

-¡Ah!, ¿pero qué vas a conseguir?

-La Condesa ha bebido en tu misma copa... debe poseer algún remedio eficaz contra el veneno; pues de lo contrario, porque tú perezieses, ella no se había de exponer a la muerte... Si mis soldados se apoderan de Doña Leonor... ¡oh! entonces, ¡entonces ya estás salvada! De lo contrario, tu muerte no será menos cierta, menos horrible que la suya. Alienta, bien mío, prosiguió Gimeno queriendo con sus palabras atajar el curso del daño interior que estaba sufriendo la Princesa, alienta... ¿no escuchas esos rumores? ¿No sientes esos gritos? Ese ruido de espadas... ese alboroto... ¡Oh!, ellos son, ellos son vida mía... ¡Mis valientes!, ¡tus salvadores!... ¿No los oyes?

-Sí, sí... repetía la Princesa procurando sonreírse.

-¡Oh!, ¡que no estuviese yo entre ellos para guiarlos... para apoderarme de esa mujer... para arrancarla ese bálsamo de vida... Esa puerta, exclamaba el Capitán con desesperación. Pero... ya se acercan... ¿No sientes sus pisadas?... ¿El ruido cercano?... ¿No los oyes pronunciar mi nombre?... ¡Sí, yo soy!, yo soy, gritaba el caballero acercándose a la puerta... ¡Vuestro Capitán!... ¡Aquí, valientes, aquí!

A estas voces, la respuesta fue muda, pero eficaz: dos o tres hachazos resonaron de repente en la puerta del aposento, que haciéndose astillas dio entrada al escudero Fermín, y media docena de bandidos guiados por la judía Raquel.

Renunciemos a pintar el gozo del Capitán de aventureros, cuando se vio entre los suyos y con el paso franco hasta las habitaciones de la Condesa. Ya se creía feliz, dueño del licor porque tanto anhelaba.

-¡Blanca! ¡Blanca!, le dijo a la Princesa, ¿cómo te sientes?...

-¡Oh! mejor... mejor... la esperanza me reanima... me da nuevas fuerzas...

-Pues bien, te dejo con esta anciana por cortos instantes...

-Sí... por cortos instantes...

-Vuelvo pronto para salvarte...

-¡Pronto!, ¡pronto!, repuso la Princesa con voz dolorida...

-¡Adiós, Blanca!

-Adiós Gimeno... dame tu mano...

-¡Dios mío!, si tal fuese este nuestro postrer momento...

-¡No: Dios es bondadoso... adiós... te amo... siempre te amo!

El Capitán de aventureros imprimió un beso en la mano de Blanca, que de marfil parecía, y ésta le dio las gracias con una triste y dulcísima mirada, y con un adiós por entrambos a un tiempo repetido, salió Gimeno del aposento encargando a Raquel cuidase de la Princesa.

Por algún tiempo anduvo recorriendo los ánditos y galerías, y en todas partes hallaba señales de horrible devastación: los bandidos, dueños del castillo, se cuidaban más del saqueo, que de asegurar la victoria. En una torre del alcázar se resistía sin embargo el hijo de la Condesa; pero ésta no había podido seguirle, y estaba en poder de los aventureros que se precipitaban a sus aposentos, donde creían encontrar más objetos en que saciar su codicia.

-Guiado por sus alaridos y por los ayes y sollozos de Doña Leonor, se presentó Gimeno en medio de la turba despiadada que se retiró respetuosamente al ver a su Capitán.

Como el tigre a su presa, se abalanzó resueltamente hacia Leonor, que al verle leyó en su semblante su sentencia de muerte. Ninguna duda le quedó del objeto de su venida: las llamas de sus ojos se lo revelaron.

-¡Piedad!, ¡compasión de mí! Salvadme: ¡es vuestro cuanto poseo!, exclamó la Condesa cayendo de rodillas delante del Capitán.

-¡Sí, piedad, compasión!..., ¡olvido eterno si salváis a vuestra hermana a quien habéis envenenado!

Los mismos bandidos dieron un paso atrás al escuchar estas palabras que fueron acogidas con murmullos de horror.

Esta reprobación general de aquella gente desalmada hizo enmudecer a la Condesa, quitándola hasta la fuerza de levantar los párpados.

-¿Podéis salvarla?, le preguntó Gimeno.

-Soy inocente... yo misma he bebido en su copa, se aventuró a replicar la de Fox.

-¡Su vida o la vuestra!, repuso el Capitán con energía.

-Vive... ¿vive aún?

-Sí.

-Tengo un licor precioso contra toda clase de venenos.

-¿Dónde?

-Lo llevo siempre conmigo.

-¡Gran Dios! Venid, venid: todo os lo perdono... la vida de la Princesa nada más quiero.

Y asiéndola del brazo, la sacó del aposento llevándola apresuradamente al cuarto de Doña Blanca.

-Si me volvéis a la Princesa... íbale diciendo el caballero... mi vida... mi espada... todo, todo es vuestro; pero si no... Doña Leonor... el crimen es horrendo, y pide al cielo pronta y terrible venganza.

En esto llegaron al dintel de la puerta.

-¡Blanca! ¡Blanca!, gritó Gimeno entrando... ¡alienta... somos felices... estás salvada!

Un silencio profundo reinaba en la habitación. Raquel permanecía de pie apoyada en el sillón de la Princesa.

-¡Blanca!... ¡querida mía!..., responde, ¿no me escuchas?, te traigo la vida...

La Princesa no hizo movimiento alguno.

Gimeno la tomó una mano: tenía toda la frialdad, toda la rigidez de la muerte. Su rostro permanecía pálido, inflexible como el mármol.

-¡Oh! ¡Muerta!, exclamó el Capitán lanzando un gemido desgarrador y cruzando los brazos con desesperación.

La Condesa hizo entonces un movimiento para huir, cuya acción, sacando a Gimeno de su estupor, encendió en su pecho un volcán de furor y de venganza.

-¡Miserable!, ¡detente!, exclamó con ronca voz... mira tu víctima... mírala... ¡Es tu hermana!, ¡sí, tu hermana! Ahora te está acusando delante del Supremo Juez... ve tú, ve a responder a sus cargos... ¡ve a escuchar tu sentencia!

Y apretando su garganta con entrambas sus robustas manos, sin duda Doña Leonor hubiese expiado en aquel instante el horrendo fratricidio, si la judía Raquel no hubiese exclamado entregándole su pergamino.

-Simón, Simón, antes de matarla... toma.

Gimeno sin soltar a la Condesa se apoderó del pergamino y leyó las siguientes líneas escritas por la mano trémula de Doña Blanca.

-«Dejo por heredero y sucesor de todos mis bienes, de todos mis derechos a la corona de Navarra a D. Gimeno de Nápoles y de Aragón, hijo bastardo de mi tío D. Alfonso, y le ruego perdone a mi hermana y a todos mis enemigos como yo los perdono».

BLANCA.

Gimeno rechazó entonces con una mezcla de horror y compasión a la Condesa, y acercando a sus labios el escrito de su amada cayó de rodillas delante de su cadáver.

Así permaneció largo rato sumergido en una especie de letargo, durante el cual la Condesa salió del aposento; su hijo D. Gastón viendo a los aventureros desbandados y entretenidos en el pillaje, hizo una salida de la torre donde se había encerrado y pudo ahuyentar a los bandidos y apoderarse de los restantes que fueron colgados de las almenas del castillo.

Gimeno, acometido por los soldados de la Condesa, sin bríos, sin aliento para resistirse, rompió su espada, pareciéndole que se entregaba a sus verdugos.

No fue así. D. Gastón se contentó con ponerle fuera del castillo ignominiosamente, y el hijo del Rey de Nápoles, el heredero del trono de Navarra, el Capitán de los aventureros de las Bardenas, se encontró sin sus títulos, sin sus soldados, sin su amigo, y sobre todo... sin su adorada Princesa...

-¡Solo, solo en el mundo!, exclamaba al traspasar el puente del Gabe.

-¡Solo! ¡Ingrato! ¿Y no te acuerdas de tu madre?, le dijo una voz roncajosa, pero suavizada un tanto por la ternura.

Gimeno volvió el rostro y vio a Raquel que le tendía la mano.

Aceptándola el caballero, se encaminaron juntos a la choza de la judía.

CAPITULO XVI

En que se da fin a la historia lastimosa de la Princesa de Viana

Poco tiempo después de los sucesos que llevamos referidos, abandonó el Príncipe D. Gastón de Fox el Alcázar de Orthés, donde continuamente le turbaba la imaginación y amargaba la memoria el recuerdo de lo acontecido.

Su madre tuvo también que partir del Bearn para la corte de Pamplona, pues habiéndose ausentado de Navarra el Rey D. Juan II, dejó a la Condesa por gobernadora durante su ausencia: D. Gastón siguió a su madre a la corte, pero en balde quiso entregarse al bullicio, festejos y diversiones propias de sus años y de su ilustre cuna; la imagen de Doña Blanca le sorprendía en medio de sus fugaces trasportes y mucho más cuando fatigado quería buscar amparo y solaz en el regazo de su madre. La blanca mano con que ésta halagaba los rubios y adobados cabellos de su hijo, parecíale teñida en la sangre de la Princesa, y huía despavorido del seno maternal. En los suspiros de su madre creía escuchar los gemidos de su víctima, y convencido al fin de que su presencia le era intolerable, dirigióse al vecino reino de Francia, ansioso por tomar parte en la guerra civil llamada del *bien público* que estalló entre Luis el Onceno y Carlos Duque de Guyena y de Berri, su hermano. ¡Amargo desconsuelo para una madre que idolatraba en su hijo, verle alejarse de su lado por el afán de olvidarla y de encontrar en su ausencia menos desventura!

No era esta la única que le reservaba el cielo en castigo de su maldad.

La guerra civil de Francia terminóse el año 1469 con la reconciliación de los dos hermanos. D. Gastón había hecho en ella proezas inauditas: la desesperación le llevaba a la temeridad, y ésta le salvaba de los peligros. Ya el recuerdo de lo sucedido en el castillo de Orthés llegaba a su alma con un eco tan débil, que apenas podía oírse en el estruendo de los combates, y entre los himnos de la victoria. Triunfante, glorioso, abrumado de laureles, y sobre todo cicatrizadas ya las heridas de su corazón, creía estar en disposición

de poder soportar la presencia de su madre, y hallándose en Liburna quiso despedirse de sus antiguos compañeros de armas y admiradores, tomando parte en los torneos que se celebraban en aquella ciudad por la pacificación de Francia.

Gallardo, gentil, valiente y adiestrado en el manejo de todas armas, él se llevó la preza y los aplausos de la muchedumbre de príncipes y caballeros que le vieron derribar uno por uno a todos sus contrarios: los navarros sobre todo mostrábanse ufanos y envanecidos de tener tal Príncipe que debía ser alzado sobre el escudo de sus ricoshomes, para renovar los venturosos tiempos de Carlos *El Noble*.

El último día de las fiestas y torneos, paseábase Don Gastón delante de su tienda que se alzaba en un extremo de la estacada, sin que hubiese nadie que con él se atreviese a medir las armas: los que habían sido derrotados juraban de no exponerse dos veces a la misma afrenta, y los que vieron a los más valientes y esforzados caudillos vencidos por el ilustre Príncipe, no querían tampoco aumentar con sus armas los trofeos del vencedor.

La inmensa concurrencia que asistía a la fiesta, íbase ya cansando, conforme el sol declinaba, de aguardar por tanto tiempo algún animoso paladín, tan arrogante, o tan poco sabedor de lo que pasaba, que se lanzase al medio de la arena para combatir al invicto Príncipe de Navarra. Los jóvenes encarecían la destreza y el valor del mantenedor del campo: los viejos murmuraban de la falta de bríos en los mancebos de aquel tiempo; las mujeres se hacían lenguas para ponderar el triunfo del de Fox, y sus ojos enclavados en el arrogante Príncipe, que con los brazos cruzados seguía paseándose impaciente delante de su tienda, sus ojos, repetimos, decían y encarecían mucho mas que sus lenguas.

Iba a expirar el término prefijado para el combate, cuando el son de los timbales y clarines, anunció la presencia de un competidor.

Entró éste en la estacada entre vítores y aclamaciones, y todos se preguntaban quién podía ser el temerario que no temía arrostrar la mengua del vencimiento.

Nadie le conocía.

Con el cuento de su lanza dio tres golpes en el escudo del Príncipe, y montando éste a caballo comenzó la lid. Era ésta como en tales fiestas se acostumbra de armas corteses y embotadas, y por lo regular no podía acaecer a los contendientes daño más grave que la vergüenza y confusión de la derrota. La liza fue de consiguiente en un principio más bien de ostentación y destreza que de coraje: íbanse acalorando sin embargo los combatientes e irritándose mutuamente con palabras y exclamaciones, que se confundían con el ruido de los golpes y lanzadas sobre el arnés y los broqueles. Pero en una de estas exclamaciones debiósele escapar al desconocido una expresión que dejó paralizado al hijo de la Condesa.

Cuando el recién venido le vio como una estatua ecuestre enclavado en su bridón, desdeñando aprovecharse de aquella circunstancia favorable, contuvo también el caballo morcillo que cabalgaba, y tornó a la cuja su lanza.

No duró muchos instantes aquella suspensión, que los concurrentes no supieron a qué atribuir.

De repente exclamó el Príncipe con ronco y conmovido acento:

-¡A muerte!

-¡A muerte!, replicó el desconocido con una voz sombría.

Arremetiéronse entrambos con igual furia, y cerraron el uno contra el otro con tal donaire, que más que de parar los golpes, se cuidaban de herir al adversario.

D. Gastón arrojó lejos de sí el escudo, y apenas habría llegado al suelo, cuando el de su contrario volaba también por los aires.

Otra vez se embistieron con mayor ahínco, o digámoslo de una ez con mayor rabia; pero esta segunda embestida fue tan inútil como la primera: ninguno perdió un momento los estribos: ninguno sufrió un golpe que le hiciese vacilar un solo instante. Por un movimiento espontáneo arrojaron entrambos los inmensos y ponderosos lanzones, y echaron mano a las espadas. La muchedumbre contemplaba aquel combate tan encarnizado, y tan igualmente sostenido sin atreverse a respirar siquiera, comenzando a sospechar que allí se trataba de alguna cosa más que de ganar la prez del torneo, y de humillar al contrario.

Tremendos eran los tajos y mandobles que sacudían entrambos caballeros: los mazos de un batán no les igualaban en celeridad y estruendo. La armadura de entrambos era sin embargo de un temple tan fino, que apenas le hacían mella tan rudos golpes; antes bien, la espada de D. Gastón saltó en mil pedazos al caer con un tremendo mandoble sobre el casco del caballero desconocido, que así se movió por eso como si fuese una roca.

El Príncipe quedó desarmado, y fácil hubiera sido a su rival aprovecharse de la falsa posición en que quedaba después de aquel movimiento; pero lejos de hacerlo así, tiró su espada, y haciendo una seña a su escudero, mandóle que recogiese las lanzas, y entregando primero a Don Gastón la suya, él se apoderó de la otra.

El temor iba apoderándose ya de los concurrentes al contemplar tanto encarnizamiento y de todas partes salían exclamaciones para que cesase el combate, y la prez se repartiese a los dos campeones.

Tan acalorados estaban éstos que ni oían siquiera semejantes voces, y enristrando lanzas y clavando las espuelas en los ijares de los caballos que jadeaban vertiendo arroyos de sudor, por la vez tercera se acometieron con furia descomunal.

Cansado el desconocido de descargar golpes inútiles en la coraza de su contrario que de diamante fino parecía en lo brillante y tersa, dirigió la punta de su lanza a la visera del casco, y tan briosa fue la embestida que penetrando el hierro de punta roma por la rejilla, fue a dar en la noble frente del Príncipe que con espantoso estruendo vino a tierra, partida la cabeza en dos pedazos. La lanza del desconocido hízose astillas; pero él no se movió de los arzones como si en la silla le hubiesen enclavado.

La concurrencia no recelando catástrofe ninguna más lastimosa que la humillación y caída del Príncipe de Navarra, aplaudía al vencedor, con el mismo entusiasmo que algunos momentos antes ensalzaba al vencido.

Las damas vertían pomos de azahar y ramilletes de flores sobre el caballero que fue llamado por la Reina del orneo para recibir de sus manos la prez con tanta gloria adquirida.

El desconocido sin embargo rehusó aceptarla, y aprovechándose de la confusión y montando en otro caballo, se alejó a todo escape con su escudero del sitio del torneo sin haber levantado la visera.

Entonces los ojos de la multitud se volvieron hacia el que yacía por tierra derribado.

Sus escuderos se apresuraron a quitarle el yelmo. Hiciéronlo así, y al descubrir su rostro lanzaron un grito de dolor, que fue repetido por todos los concurrentes.

D. Gastón de Fox había muerto.

La curiosidad de las gentes subió entonces de punto por conocer al autor de tal estrago. Acudieron al heraldo que permanecía en la puerta de la estacada, por la cual nadie podía penetrar sin descubrir su nombre; pero el heraldo respondía a todos encogiéndose de hombros.

-Me ha dicho que se llama D. Gimeno de Nápoles... yo no sé más.

-¡D. Gimeno de Nápoles!... ¡D. Gimeno de Nápoles! repetían los preguntones... No le conocemos... Seguramente, debe ser un nombre supuesto.

Considérese cuál sería el dolor de Doña Leonor de Fox al tener noticia de tamaña desventura. Por la elevación y engrandecimiento de su hijo hasta los crímenes había arrostrado: amábale como una tigre a sus cachorros, y cuando sin él se vio, los alaridos que lanzaba resonaron en todo el reino.

Para él había ambicionado sentarse en el trono; mas, sin embargo, no le ocupó con repugnancia, cuando en 1479 murió su anciano padre D. Juan II. Verdad es que la corona que ceñía sus sienes, le había costado la vida de sus dos hermanos Carlos y Blanca; pero al fin reinaba.

No podía, es verdad, hacer partícipe de sus glorias al hijo querido de sus entrañas; pero reinaba por fin, palabra consoladora para quien jamás ha tenido otro afán ni pensamiento.

Sin embargo, el día mismo de su coronación: el 28 de enero del año referido, al volver en triunfo del templo acertó a ver desde su carroza entre la multitud, que la vitoreaba una anciana miserable, que sin hacer caso de las monedas de oro que llovían desde los coches, y en torno suyo, tenía clavados sus ojos con aire de compasión en el semblante de la Reina.

Leonor conoció a Raquel, y en medio de sus triunfos, no pudo menos de estremecerse al recordar su profecía: impaciente por conseguir lo que tanto anhelaba, quiso que la hebrea le revelase su porvenir. *¡Reina serás*, le respondió, *Reina por quince días!*

La idea de la muerte para todos pavorosa, y mucho más para los criminales, apoderóse tenazmente de la imaginación de Doña Leonor. Resolvióse evitar todo linaje de

diversiones: mandó cesar los festines, y suspender los saraos sustituyendo las rogativas y deprecaciones públicas por la salud de la Reina al bullicio y regocijo de las fiestas reales.

Encerrada en su palacio de Tudela, rodeada de médicos judíos los más famosos en su profesión, acosada por los remordimientos, ora maldiciendo su fortuna, ora dirigiendo preces y oraciones al Señor, quería que los primeros quince días de su reinado pasasen en un sueño. Conforme el plazo fatal iba transcurriendo, se acrecentaba su ansiedad y sobresalto, y la vida miserable que pasaba después de haber ceñido la corona, parecía ser el purgatorio de sus crímenes.

Sin embargo, fuese efecto de la Divina Providencia, más bien resultado de sus mismos temores supersticiosos, a los trece días de su reinado cayó gravemente enferma. Resistió cuanto pudo el mal, y no queriendo ceder por lo mismo que lo creía irremediable, rehusaba entrar en el lecho, de donde no debía levantarse nunca. Pero la misma resistencia no sirvió más que para aumentar la dolencia de la enfermedad. Postrada ya en cama aquella mujer tan arrogante y dominadora se dio por vencida, y acosada por los más vivos remordimientos, mandó llamar a un religioso de Tudela que pasaba en opinión de santo por sus austeridades y penitencias.

Doña Leonor deshecha en lágrimas de arrepentimiento, le contó su horrendo fratricidio, que el religioso escuchó con severidad, pero sin aspereza.

-Señora, tenéis otro pecado que confesar, le dijo con voz grave y sosegada.

-Padre..., padre, respondió la Reina sollozando... todavía otro que jamás ha salido de mis labios...

-Dios es tan infinitamente justo como misericordioso, y las manchas más negras del alma permite que se borren con una lágrima de verdadero arrepentimiento.

-Padre, repuso Doña Leonor; la corona que por tan breves días he llevado, no es mía... no me pertenece.

-Entonces será preciso que restituyáis a su legítimo dueño lo que injustamente habéis poseído.

-Mi hermana Doña Blanca dejó heredero al hijo del Rey de Nápoles D. Alfonso V que llevaba los nombres de Gimeno y de Floristán; pero como yo poseía los documentos que acreditaban el nacimiento de este Príncipe, y no podía justificarlo de otra manera, el testamento de mi hermana ha sido nulo y de ningún valor.

-Pues bien, debéis llamar a ese caballero, y entregarle los papeles que acreditan su origen, y con ellos y con el testamento de Doña Blanca que debe poseer, hará valer sus derechos a la corona de Navarra.

-Padre, hace muchos años que ignoro el paradero del Príncipe, y os lo confieso, si lo hubiera sabido no sería el fratricidio el único sangriento crimen que tendría que llorar.

-Sin embargo, la justicia de Dios es inflexible: si no sabéis el paradero de Gimeno, debéis publicar que la corona le pertenece, para que él o sus hijos, si los tiene, reclamen lo que es suyo.

-¿Y mi familia, padre?, ¿y mis nietos que han nacido para reyes, que se han criado cerca del trono con esperanzas de ocuparlo?...

-Vos que sabíais cuán injustas eran estas esperanzas, no debíais habérselas hecho concebir. Ahora la justicia divina exige la restitución de lo que malamente habéis obtenido.

-Pues bien, padre, exclamó la Reina haciendo un esfuerzo, a vos os doy el encargo de buscar a Gimeno y entregarle estos papeles.

-¿Dónde están?, preguntó el monje con voz alterada.

-Aquí... tomadlos, dijo Leonor sacándolos debajo de la almohada.

El religioso apoderóse de ellos, y después de pasar sus ojos por encima con grave admiración de la Reina los hizo pedazos.

-¿Qué hacéis? ¡Dios mío!, ¡imposibilitáis mi perdón?

-Esperad, señora: no he concluido todavía.

Y sacando del pecho un pergamino, le puso delante de los espantosos ojos de Doña Leonor.

Era el testamento de la Princesa Doña Blanca de Navarra.

El religioso lo hizo también pedazos.

-¡Dios mío! ¿Quién sois vos?, exclamó la Reina.

-¿No me conocéis, Doña Leonor?, respondió el religioso echando atrás su capucha.

-¡Gimeno!

-Sí, Gimeno que en pago de las ignominias y perjuicios que de vos ha sufrido, viene a traeros la honra y la paz en la tierra y el perdón en el cielo. Yo he renunciado el mundo y sus pompas y vanidades, y hago trizas estos papeles con la misma indiferencia que si en ellos no hubiese letra ninguna.

-¡Gimeno, Gimeno!, ¿qué he de hacer por vos en pago de tantos consuelos, de tantos beneficios?

-Cuando comparezcáis en presencia de vuestro Supremo Juez, si cerca del trono del Altísimo encontráis un ángel que se llamó en el mundo hermana vuestra, decidle que Gimeno ansía por reunirse a ella por toda una eternidad, y que ruegue a Dios apresure el día en que salga del cautiverio de este mundo.

Al decir estas palabras, dos lágrimas resbalaban por las maceradas mejillas del religioso.

Pronunció después la absolución extendiendo la mano sobre la regia frente de la moribunda, diciendo:

-¡Así os perdone Dios, como yo os perdono!

Asomaba la aurora del décimo quinto día del reinado de Doña Leonor, última aurora de su mísera existencia.